UNA NOVELA DE MISTERIO HISTÓRICO ACOGEDOR DE LOS AÑOS 20 DE PUREREAD

ASESINATO EN LA COCHERA DE LA MANSIÓN



LOS MISTERIOS DE LADY ASHCOMBE

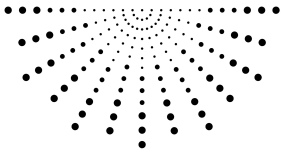
FELICITY PENN

ASESINATO EN LA COCHERA DE LA MANSIÓN

UN MISTERIO HISTÓRICO DE ÉPOCA EN LA INGLATERRA DE LOS AÑOS VEINTE

LOS MISTERIOS DE LADY ASHCOMBE

LIBRO CUATRO



FELICITY PENN

PUREREAD.COM

Copyright © 2026 PureRead Ltd

www.pureread.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo por escrito.

Nota del editor: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. En ocasiones se utilizan localidades y nombres públicos con fines ambientales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con negocios, empresas, eventos, instituciones o localidades es pura coincidencia.

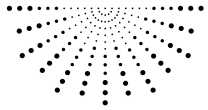
ÍNDICE

1. Perlas y llaves
2. Aceite en las perlas
3. El acelerador estrangulado
4. Un prado de motores e intención
5. La reunión de motores
6. El hombre que no estaba allí
7. Las puertas cerradas
8. La lista de enemigos
9. El peso del libro de cuentas
10. Líneas convergentes
11. El momento antes
12. Agotamiento mortal
13. Crudo y mortal
14. Presencia
15. La conclusión obvia
16. Conclusiones torpes
17. Al borde de lo que sabían
18. La investigación práctica
19. El secreto del rival
20. Lo que tenía que ganar
21. Quedan dos nombres
22. Orientación
23. El segundo descubrimiento de Pip
24. Una declaración de guerra
25. Lo que se requiere
26. Justicia y misericordia
27. La revelación de la edad dorada
28. El trabajo que queda
29. El ritmo adecuado
30. Justicia redentora
31. A su debido tiempo

32. Las autoridades competentes
33. Actuar con justicia

1

PERLAS Y LLAVES



Hacía mucho que Cecily había llegado a la conclusión de que el inconveniente de las bujías era que resultaban engañosamente pequeñas para algo de una importancia tan desproporcionada. Estaba tendida boca arriba sobre el piso de piedra fresca de la cochera, con su mejor falda de tweed verde bosque bien metida bajo las rodillas, la cabeza y ambos brazos desaparecidos bajo el chasis delantero del De Dion-Bouton, como si el automóvil se la hubiera tragado de la cintura para arriba. En algún punto por encima de su codo izquierdo, un pequeño río de aceite de motor avanzaba con paciente determinación hacia su segunda mejor blusa. Lo había notado varios minutos antes y había decidido, con el pragmatismo de una mujer que alguna vez había vendado heridas bajo fuego de artillería, que por el momento había asuntos más graves que exigían su atención.

—Cilindro número tres —anunció, sin dirigirse a nadie en particular, con la voz un poco amortiguada por el compartimiento del motor—. Sabía que eras tú.

Desde algún lugar cerca de las puertas de la cochera llegó el sonido de alguien escarbando con decisión, seguido de una lluvia de tierra removida y luego de un silencio que, en la experiencia de Cecily, era considerablemente más alarmante que cualquier cantidad de ruido.

—Pip —dijo, sin salir de debajo del automóvil—, sea lo que sea que hayas encontrado, devuélvelo a su lugar.

Un estornudo alegre fue la única respuesta.

Estaba despierta desde las 5:15, no por ansiedad, aunque de eso había de sobra, sino por la simple imposibilidad de quedarse quieta cuando había motores que poner a punto, banderines que colgar y aproximadamente tres docenas de automóviles antiguos previstos para el césped de abajo antes del almuerzo.

El rally de automóviles antiguos de Ashcombe había sido idea suya, organización suya y, si no lograba recaudar fondos suficientes, presumiblemente también recaería sobre ella la culpa. Ya había hecho las paces con eso. Con lo que todavía no las había hecho era con la peculiar renuencia del De Dion a mantener un ralentí parejo, problema que ya había diagnosticado, vuelto a diagnosticar y que en ese momento diagnosticaba por tercera vez, con la concentrada determinación de quien había leído tres volúmenes distintos sobre motores de combustión interna y se negaba a dejarse derrotar por ninguno.

La cochera en sí era, en opinión de Cecily —una opinión que se guardaba muy bien de expresar delante de la señora Fotheringill—, la mejor habitación de toda la finca, aunque la señora Fotheringill tenía ideas muy firmes sobre la primacía del salón. Olía a aceite de motor, a paja limpia y a esa tibieza metálica particular de la maquinaria bien cuidada. La luz de primavera caía en largas columnas pálidas a través de las ventanas altas, iluminando la geografía ordenada del taller de Miles Penrose. Había llaves dispuestas por tamaño a lo largo de la pared del fondo, con una pulcritud que rozaba lo eclesiástico; latas de grasa y pulimento alineadas en los estantes como soldados obedientes; y, al fondo del espacio, bajo una lona, la silueta curva del Bentley que Miles restauraba despacio —podría decirse que con esmero, pacientemente, reverentemente— hasta devolverle algo parecido a su antigua gloria.

Cecily le había preguntado una vez cuánto tiempo tomaría.

Miles había considerado la pregunta con su gravedad habitual y había dicho:

—Lo que haga falta.

Esa respuesta le había resultado, por razones que no había examinado de cerca, bastante reconfortante.

—Milady.

La voz llegó desde las puertas de la cochera. Cecily oyó el sonido familiar de unas botas sobre la piedra. Reconoció el paso, apenas más marcado en el pie izquierdo, allí donde una herida de guerra había dejado el fantasma de sí misma en su manera de andar. Se dio cuenta de que ese sonido le resultaba ahora tan familiar como el tic-tac del reloj de caja larga del vestíbulo.

—Miles.

No salió de debajo del automóvil. Seguía pendiente el asunto del cilindro número tres.

—No mire los parterres.

Una pausa.

—Ya he mirado los parterres, milady.

—Ah.

—Ha cavado una zanja bastante considerable junto al muro del huerto.

—Le dije que lo devolviera a su lugar.

—Parece que no lo hizo.

Otra pausa, y pudo oírlo ponerse en cuclillas cerca de la parte delantera del automóvil y percibir el leve cambio en la calidad de la luz.

—Ha traído a la cochera lo que sea que encontró.

Cecily por fin logró salir del compartimiento del motor, maniobra que requirió cierto desgarbo por el que agradeció que nadie la estuviera fotografiando, y se sentó en el piso del taller para ver a Pip, sentado a unos dos pies de distancia, mirándola con una expresión de absoluta inocencia moral que solo los terriers Jack Russell y los embaucadores consumados eran capaces de mantener. Llevaba su collar de cuero marrón con pequeños herrajes de latón, que le daba un aire de respetabilidad completamente reñido con el hecho de que tenía una bujía en la boca. Estaba muy complacido consigo mismo por ello.

—Eso —dijo Cecily—, no es un palo.

La cola de Pip se movió en un arco amplio y generoso.

—Eso es un componente de un motor de combustión interna, y llevo cuarenta minutos buscándolo.

Le tendió la mano. Pip examinó la bujía, examinó a Cecily, examinó sus opciones y luego, con aire de filántropo que hace una generosa donación, la dejó caer en su palma.

Estaba, advirtió ella, completamente cubierta de tierra.

Alzó la vista hacia Miles. Miles estaba mirando a Pip. Su expresión no había cambiado, pero había algo alrededor de sus ojos que Cecily había aprendido, al cabo de dos años de cuidadosa observación, a identificar como el esfuerzo por contener la risa.

—Podrías haber dicho algo —le dijo.

—He descubierto, milady —dijo Miles, enderezándose y tomando un trapo limpio del estante— que decirle a Pip que no haga algo rara vez mejora la situación.

—Es un punto válido.

Aceptó el trapo y empezó a limpiar la bujía.

—El martes pasado desenterró los almácigos premiados de arvejilla de olor de la señora Fotheringill, y el martes anterior de algún modo sacó un kipper de la despensa y lo metió en el sombrero de plumas de Lady Fenella. Empiezo a creer que lo hace a propósito.

—El kipper estuvo en el sombrero tres horas antes de que alguien lo encontrara —dijo Miles, y esta vez la diversión se oyó en su voz, una calidez tranquila bajo el tono parejo.

Cecily sonrió de oreja a oreja. No pudo evitarlo.

Se puso de pie, sacudiéndose el polvo de piedra de la falda, y volvió a colocar la bujía. El De Dion era, en su opinión meditada, el mejor automóvil de la finca. Un veterano de 1903, lleno de carácter y opiniones propias, que exigía atención constante y la recompensaba con generosidad. Además, Cecily sentía, en privado, que era una especie de alma afín, construida en una época en que todo el mundo decía que aquello no podía funcionar, y que aun así seguía en marcha.

—Hay que revisar la cadena de distribución antes de esta tarde —dijo, tomando su propio juego de llaves del banco de trabajo—. Y creo que el flotador del carburador está un poco alto.

Miles se colocó a su lado para mirar el motor, lo bastante cerca para que ella pudiera ver el leve rastro de aceite ya en sus nudillos, la forma cuidadosa en que mantenía una distancia profesional.

—Lo noté ayer. Ajusté la válvula de aguja, pero quizá haga falta otro cuarto de vuelta.

Le lanzó una mirada de reojo.

—¿Quieres que...?

—Lo haré yo —dijo ella, extendiendo ya la mano.

—Por supuesto.

Hizo una pausa.

—La cámara del flotador está...

—Sé dónde está la cuba, Miles.

—Sí, milady.

Aquella calidez otra vez, contenida y silenciosa, como un fuego detrás de una buena reja de hierro.

—Así es.

Trabajaron un rato en un silencio cómodo. Cecily hizo el ajuste con los dedos y Miles le pasó la llave correcta antes de que ella terminara siquiera de pensar en pedírsela. Había llegado a entender que eso era lo que más apreciaba de las horas en la cochera. Allí no tenía que representar ningún papel, ni medir con cuidado la impresión que daba, ni calcular qué debía o no debía saber una dama de su posición. Miles sencillamente trabajaba a su lado como lo haría con cualquier colega competente, ofreciéndole su conocimiento cuando hacía falta y guardándoselo cuando ella era perfectamente capaz por sí sola.

Y eso le parecía, aunque le habría costado muchísimo admitirlo ante nadie, incluso ante sí misma, algo verdaderamente maravilloso.

—Cotter's Row —dijo, sin levantar la vista del motor— es la razón de que todo esto importe. Por si te lo preguntabas.

—No me lo preguntaba, milady. Lo has mencionado.

—La señora Perkins le dijo a la señora Fotheringill que el viejo señor Perkins durmió bajo un paraguas el martes pasado.

Giró la llave con quizá un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria.

—En su propio dormitorio. Porque el techo deja pasar la lluvia directamente sobre su almohada, y él tiene ochenta y un años, y creció en esa casa, y su padre creció en esa casa, y merecen algo mejor que dormir bajo un paraguas en su propio hogar.

Miles guardó silencio un momento.

—Sí, lo merecen —dijo sencillamente.

—El rally debería recaudar lo suficiente para retecharlas, siempre que tengamos una asistencia razonable, buen clima y que nadie haga nada catastrófico.

Se enderezó y lo miró.

—Le he pedido ayuda a Dios tanto con el clima como con la ausencia de catástrofes.

—Una precaución sensata.

—Según mi experiencia, tiene un sentido del humor bastante robusto para estas cosas, así que mantengo la petición con cierta cautela.

Se limpió las manos con el trapo.

—Pero el salmista dice que Él sostiene a todos los que caen y levanta a todos los abatidos. Salmo 145, por si el canónigo Bott pregunta, así que elijo confiar en el orden de las cosas.

Miles la miró un momento, una de esas miradas particulares suyas que ella no lograba clasificar del todo, serena y reflexiva y con algo para lo que todavía no encontraba la palabra adecuada. Luego volvió la atención al motor.

—Ahora el carburador debería estar bien —dijo—. Querrás ponerla en marcha y revisarla antes de que lleguen los primeros.

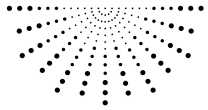
—Sí.

Le dio unas palmadas al capó del De Dion con afecto genuino.

—Vamos, vieja. Hoy pórtate bien.

2

ACEITE EN LAS PERLAS



Un carraspeo teatral desde la dirección de las puertas de la cochera anunció a Lady Fenella Crowthorne antes de que hiciera falta cualquier otra señal.

Estaba de pie en el umbral. Su postura dejaba muy claro que no pensaba adentrarse más en un espacio que olía a aceite y a sentido práctico, con una bata de mañana de seda azul joya intensa que no era en absoluto adecuada para un martes en una cochera de los Cotswolds y que resultaba magnífica precisamente por eso. Duchess, su gata persa plateada, descansaba sobre su brazo izquierdo con la indolente autoridad de un animal que, hacía mucho, había decidido que los seres humanos existían para su comodidad y conveniencia. En la mano derecha, Lady Fenella sostenía un vaso alto que contenía lo que ella describía como su reconstituyente matutino y lo que la señora Fotheringill describía, entre dientes y a prudente distancia, como una verdadera lástima a estas horas.

Recorrió con la mirada la cochera. Recorrió con la mirada a Cecily. Recorrió con la mirada el De Dion-Bouton. Su expresión combinaba el sufrimiento de una santa, el juicio de una magistrada y la ligera alarma de alguien que, inesperadamente, se ha encontrado en una fiesta de la clase equivocada.

—Cecily —dijo—, tienes aceite de motor en las perlas.

Cecily bajó la vista. En efecto, había una pequeña mancha de aceite de motor en sus perlas.

—Sí —admitió—. Lo noté.

—Y lo dejaste ahí.

—He estado ocupada.

Lady Fenella alzó su vaso con un gesto que parecía abarcar toda la era moderna.

—En mis tiempos —dijo—, las damas se adornaban con flores. Ocasionalmente, con un broche encantador. Tu abuela una vez llevó un colibrí, aunque ahí pusimos el límite.

—Y, sin embargo —dijo Cecily con amabilidad—, las flores no ayudan a volver a techar Cotter's Row.

—No —concedió Fenella, con el aire de quien hace una concesión importante—, no lo hacen.

Bajó dos escalones hacia la cochera, una concesión considerable, y lanzó una mirada crítica a los preparativos visibles a través de las puertas abiertas. Al otro lado del patio, el césped bajo ya empezaba a transformarse. A lo largo del seto del fondo estaban montando mesas de caballete cubiertas con manteles blancos; dos de los muchachos del jardín colgaban banderines color crema y verde entre los castaños; y los primeros automóviles ya avanzaban con cautela por la avenida de la finca, con los herrajes de latón brillando en la luz de la mañana avanzada.

Duchess observó toda aquella actividad con gran atención y luego apartó la cara con una contundencia que insinuaba una profunda ofensa personal.

—Ruidosos armatostes modernos —dijo Fenella, satisfecha de coincidir con la gata.

—Son automóviles antiguos, Fenella. La mayoría son más viejos que yo.

—Todo —declaró Lady Fenella con aire grandilocuente— es ruidoso si tiene motor, bocina y un conductor que se cree más importante que la gente que lo rodea.

Bebió un sorbo de su reconstituyente.

—Esa ha sido mi experiencia con los automóviles y con los hombres por igual.

Miles, en el banco de trabajo, hizo un sonido quedo que, en un hombre menos disciplinado, habría sido una risa.

Fenella lo miró.

—Señor Penrose —dijo, con ese tono aprobatorio que reservaba para la gente a la que consideraba sensata—, usted me da la razón.

—No me atrevería a comentar, milady —dijo Miles.

—Excelente respuesta. Siempre me ha gustado usted.

Volvió a mirar a Cecily.

—Observaré todo desde la terraza, donde Duchess y yo podremos mantener una distancia civilizada del bullicio. Le pedí a Hartley que sacara las buenas sillas de mimbre.

—Muy prudente —dijo Cecily—. Haré que también le lleve un programa.

Fenella hizo una pausa. Cuando volvió la mirada hacia Cecily, la armadura teatral cayó por un instante, y su gran porte se dejó a un lado como una estola de piel al final de una velada larga. Lo que quedó fue algo más sereno, y bastante más real. Sus ojos eran cálidos y muy firmes.

—El proyecto de las casas, querida —dijo—. Lo lograrás. Siempre lo logras.

—Eso pienso hacer —dijo Cecily.

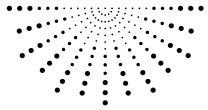
Hubo entre ellas un instante de auténtico sentimiento, el lenguaje tácito de dos mujeres que se entendían mucho mejor de lo que por lo general admitían.

Luego Fenella acomodó de nuevo a Duchess en el brazo, recuperó sus maneras con la misma eficacia con que las había dejado a un lado y desfiló de vuelta hacia la casa con la majestad de un galeón a toda vela.

Cecily la vio alejarse con una pequeña sonrisa afectuosa.

3

EL ACELERADOR ESTRANGULADO



El canónigo Bott llegó a las once y veinte.

Apareció por un costado de la cochera con paso ligeramente agitado, el alzacuello algo torcido y su pequeño cuaderno de cuero ya en la mano. Llevaba la expresión de un hombre dedicado a algo profundamente inocente, con la sincera esperanza de que nadie le preguntara al respecto. Bott era alto, delgado y poseedor de una ligera encorvadura permanente, como si hubiera pasado décadas agachándose bajo dinteles bajos y nunca se hubiera enderezado del todo. Su cabello castaño claro estaba levemente desordenado. Sonrió a Cecily con la calidez habitual de un hombre al que genuinamente le agradaban las personas y que con frecuencia estaba aterrado por ellas.

—¡Lady Cecily! Espléndido. Ocasión espléndida.

Contempló los preparativos con una sonrisa radiante. Pensé que podría ofrecer una bendición. Para él, ah. Para el rally. Seguridad en los caminos, buena camaradería y demás.

—Es muy amable, canónigo —dijo Cecily—. ¿Se quedará para la tarde?

—Oh, yo...

Echó un vistazo a su cuaderno con fingida despreocupación. Pensé que podría tomar algunas notas. Para un sermón. Sobre, ah. Los peligros de la maquinaria moderna. Monóxido de carbono, ya sabe —la miró con una expresión de elaborada inocencia—. Asunto terrible. Completamente invisible. Uno podría no darse cuenta hasta que ya fuera... —se pasó un dedo expresivamente por la garganta, y de inmediato pareció horrorizado consigo mismo por haberlo hecho —. Es decir, desde una perspectiva pastoral, uno debe estar al tanto de estos...

—Canónigo Bott —dijo Cecily con amabilidad—, ¿cómo le va a Silas Bellweather?

El canónigo Bott se sonrojó levemente. Silas Bellweather era el seudónimo bajo el cual el canónigo Alistair Bott de la parroquia de Little Codding y pueblos circundantes publicaba en secreto novelas de misterio sensacionalistas, un hecho conocido por aproximadamente todas las personas en Little Codding y reconocido formalmente por aproximadamente ninguna de ellas, siendo el fingimiento colectivo una de esas ficciones sociales que funcionaban como una forma muy particular de afecto comunitario.

—No sé quién... —empezó.

—La cuestión del monóxido de carbono —dijo Cecily con suavidad—. ¿Es para «El vicario de la perdición» o para la nueva?

La resistencia del canónigo Bott se derrumbó por completo. Abrió su cuaderno con visible alivio.

—La nueva. La llamo «El acelerador estrangulado». Título provisional, naturalmente. Hay un método bastante ingenioso que involucra el escape de un automóvil. Quiero que los detalles sean absolutamente correctos. El público lector, según mi experiencia, es muy exigente con la precisión técnica.

—Un público meticuloso —coincidió Cecily.

—Ahora bien, si alguien fuera a, hipotéticamente, introducir monóxido de carbono en un vehículo sellado, las preguntas clave serían el sellado, la fuente y el...

Desde algún punto del camino más allá de los muros de la finca, uno de los automóviles visitantes eligió ese preciso momento para fallar.

El sonido fue agudo, enorme y completamente inesperado.

Técnicamente, el canónigo Bott no despegó del suelo. Pero estuvo muy cerca. Su cuaderno salió volando hacia arriba, se aferró al marco de la puerta de la cochera con ambas manos y emitió un sonido entre jadeo e himno truncado antes de recobrarse. Enderezándose el alzacuello con considerable dignidad, recuperó el cuaderno de donde había aterrizado en los adoquines.

—Perfectamente bien —dijo—. Simplemente la acústica.

—Por supuesto —dijo Cecily, con gran seriedad.

Miles se había vuelto hacia el banco de trabajo y parecía concentrarse con devoción en el estante del medio.

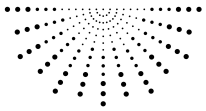
—Bien.

El canónigo Bott se alisó las solapas. Ahora, como decía. «El acelerador estrangulado». Si uno fuera a interferir con un múltiple de escape...

—Le daré un informe completo después del rally —prometió Cecily, lo cual lo dejó completamente satisfecho. Sonrió radiante, hizo tres notas adicionales en su cuaderno y luego se volvió hacia el De Dion con una expresión de solicitud pastoral perfectamente genuina. La bendición que ofreció fue breve, sincera y completamente sin ironía. Que también resultara discretamente cómico no le restaba valor, pensó Cecily. El canónigo Bott —había observado hacía mucho— lograba ser a la vez sincero y absurdo sin que una cosa socavara la otra, lo cual era, sospechaba, una cualidad bastante útil en un hombre de Dios.

4

UN PRADO DE MOTORES E INTENCIÓN



A primeras horas de la tarde, el césped bajo de Ashcombe Hall se había convertido en algo francamente extraordinario.

Cecily estaba en la puerta de la cochera y observaba cómo ocurría con esa sensación tan particular, mitad satisfacción, mitad incredulidad, que nace al ver que un plan funciona en la práctica. Treinta y un automóviles antiguos estaban dispuestos sobre el prado en filas relucientes: Rolls-Royces, Wolseleys, Darracqs y varios cuyos fabricantes, estaba bastante segura, hacía mucho que habían dejado de existir; todos pulidos con un esmero que sugería que sus dueños se tomaban el asunto muy en serio. El olor del aceite de motor caliente y la hierba fresca se mezclaban en el aire primaveral. Risas y conversaciones llegaban desde las mesas donde los visitantes ya estaban tomando asiento. En algún lugar, cerca del seto de carpes, un gramófono tocaba algo alegre y un poco demasiado rápido.

Los banderines chasqueaban con la brisa ligera. La señora Fotheringill había montado un servicio de té y refrigerios de una ambición tan magnífica que, al parecer, había requerido reclutar tanto a las doncellas como al mozo de botas, y relucía bajo los castaños como una declaración de intenciones muy seria.

El viejo señor Perkins, de Cotter's Row, estaba sentado en la primera fila con su esposa, y ambos miraban alrededor con esa expresión abierta y agradecida de quienes no esperaban algo así y se sentían conmovidos por ello. Cecily se había asegurado discretamente de que el programa los incluyera como invitados de honor. La señora Fotheringill le había señalado que aquello era del todo irregular, y Cecily había dicho que lo sabía, y aun así se había hecho.

Se limpió las manos con el trapo del taller. Los buenos guantes de conducir los llevaba metidos en el bolsillo del abrigo para la presentación. El aire limpio de Oxfordshire le arrancó una sonrisa. El De Dion traqueteaba suavemente a su espalda, calentándose bien. La cadena de distribución estaba bien. El carburador estaba bien. Todo estaba, de manera improbable, saliendo bastante bien.

—Esta tarde va a funcionar de maravilla —dijo Miles, acercándose para ponerse a su lado, no demasiado cerca, pero sí lo bastante como para que ella notara la serena firmeza de su presencia junto a la suya.

—Siempre lo hace cuando lo han atendido como es debido.

Cecily lo miró de soslayo.

—Gracias. Por esta mañana.

Miles la miró con fijeza.

—No tiene nada que agradecerme, milady.

—En realidad, sí —se limitó a decir. Él no insistió.

La comprensión pasó entre ambos en el silencio cómodo que, a lo largo de dos años, se había convertido en su lenguaje particular.

Pip se materializó desde debajo del De Dion, con los herrajes de latón del collar brillando a la luz. Examinó la escena ante él con el aire crítico de un general en miniatura que evalúa sus opciones, y luego echó a trotar hacia el prado con decidido propósito.

—Pip —lo llamó Cecily.

Se detuvo y volvió la cabeza para mirarla por encima de un hombro.

—Pórtate bien —dijo ella.

La cola trazó un rápido círculo que denotaba un entusiasmo absoluto y nula intención de obedecer, y desapareció entre la multitud.

Cecily volvió la vista al prado. Automóviles relucientes. Los banderines y las risas. Los Perkins en primera fila. Algo se asentó cálidamente en su pecho. Esa satisfacción íntima de haber logrado algo tangible en un mundo donde tantas cosas parecían no tener arreglo.

Sea sobre nosotros la hermosura del Señor nuestro Dios, y afirma sobre nosotros la obra de nuestras manos; sí, afirma la obra de nuestras manos. Salmo 90:17. Las palabras llegaron como solía llegarle la Escritura: en silencio, y exactamente a tiempo.

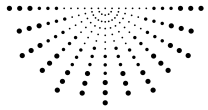
Había hecho cuanto había podido para ser útil con ese fin aquel día. El resto ya no estaba en sus manos.

Enderezó los hombros, se guardó el trapo en el bolsillo del abrigo junto con los buenos guantes y salió a recibir a sus invitados.

¿Qué podía salir mal?

5

LA REUNIÓN DE MOTORES



Para las doce y media, el césped bajo de Ashcombe Hall había alcanzado algo que Cecily solo podía describir como un magnífico caos organizado, con un fuerte énfasis en lo magnífico y un esfuerzo callado y casi heroico en lo organizado.

Treinta y un automóviles antiguos se alineaban en hileras relucientes sobre el césped, con los herrajes de latón atrapando la luz y devolviéndola a puñados alegres. Había Rolls-Royce de venerable antigüedad y considerable carácter, un par de Wolseley que parecían competir entre sí por la dignidad, un Darracq que claramente había sido lustrado por alguien de devoción absoluta y —ocupando la esquina más apartada con el orgullo modesto de un veterano curtido — un Panhard et Levassor de 1901 que, según se decía, había llegado desde Cirencester por sus propios medios, afirmación que su dueño repetía a cada nuevo conocido con la serena satisfacción de un hombre que ha sobrevivido a algo espectacular.

Cecily se movía entre todo aquello con gracia. Se detuvo para orientar a un acomodador confundido, saludó al viejo coronel Hutchings y admiró su Napier con entusiasmo genuino, rescató una bandeja de pastelitos glaseados de una colisión inminente con un Sunbeam dando marcha atrás y confirmó con Thomas, el joven

jardinero, que los folletos del programa estaban efectivamente en la caja azul y no, como él había temido, todavía en la fregadería.

—Magnífico, Thomas. Y procura mantener los Rolls lejos de la esquina este. Lord Pendelton llamó antes para decir que su Bentley necesita espacio para que la puerta pueda abrirse. Tiene opiniones muy definidas sobre eso.

—Sí, milady. ¿Él...?

—Lo va a mencionar por lo menos cuatro veces. Solo dale la razón y se tranquilizará.

Thomas pareció aliviado, con el aire de quien acaba de recibir un dato sumamente útil.

El aire olía a aceite de motor tibio, hierba fresca y algo inequívocamente primaveral: esa combinación tan inglesa de optimismo y una leve incertidumbre respecto del clima. Desde el seto de carpes, el gramófono atacaba un foxtrot bastante ambicioso, con una melodía vivaz y un poco apurada, como si la música misma tuviera adonde ir. La conversación subía y bajaba por el césped en oleadas animadas.

A Cecily le encantaba por completo.

Lo había organizado todo, había escrito las cartas, coordinado con los ujieres, regateado con suavidad con los encargados del catering y discutido con firmeza con el consejo del condado por el cierre de la carretera. Estar allí ahora, viendo al señor y la señora Perkins, de Cotter's Row, acomodados en sus sillas de la primera fila con los programas sobre las rodillas y el té en las manos, era profundamente gratificante. Sus rostros tenían esa expresión particular de quienes no suelen verse recibidos en la belleza y la tratan con mucho cuidado. Pensó en la preocupación que había arrastrado durante los meses de invierno por Cotter's Row. Las tejas del techo, la humedad, las conversaciones cuidadosas sobre lo que la finca podía y no podía costear. Sintió que, por esa única tarde

cálida, les había dado algo que no costaba más que esfuerzo y que importaba muchísimo.

El Señor proveerá. Lo había creído cuando lo dijo, y lo creía ahora, al mirar las mesas cubiertas con manteles blancos que casi cedían bajo las formidables aspiraciones culinarias de la señora Fotheringill, los banderines restallando alegremente entre los castaños y el césped lleno de automóviles relucientes, maravillosos y completamente imprácticos. De hecho, también había dispuesto un tiempo bastante bueno, cosa que ella agradecía.

Un poco más adelante, un breve alboroto recorrió la multitud, una pequeña oleada de atención colectiva, seguida de inmediato por un sonido que ella reconoció como el de Pip apoderándose de algo que no debía tener y alejándose a toda velocidad.

—Lo siento mucho —llamó en dirección al alboroto, mientras ya se encaminaba hacia allí—. No ha mordido a nadie, ¿verdad?

—¡Solo al sándwich! —respondió una voz masculina, mayor, divertida.

Resultó ser el coronel Hutchings, bastante menos consternado por su sándwich de pepino de lo que su expresión inicial había sugerido. Pip ya se encontraba a una distancia prudente, sentado debajo del Panhard y devorando su botín con la concentración resuelta de un profesional.

—Pip.

Cecily lo miró fijamente. Él le sostuvo la mirada. Se había colocado, observó ella, exactamente en el ángulo que dejaba el eje delantero del Panhard entre él y cualquier intento de recuperación. La geometría de aquello no era accidental.

—Ese era el sándwich del coronel Hutchings.

La cola de Pip se movió con generoso entusiasmo.

—Sobrevivió al Transvaal para que ahora, por tu culpa, se pierda el almuerzo.

Más meneo de cola.

—Haré que Hartley le traiga otro.

Miró otra vez al coronel.

—Lo siento muchísimo. Es…

—Magnífico —dijo el coronel, con genuino afecto—. Tuve un perro así en Mafeking. Se robaba todo lo que no estuviera clavado al piso. Absolutamente inestimable en un apuro.

Le sonrió a Pip con la calidez de quien vuelve, por un momento, a recuerdos entrañables. Pip estornudó en lo que parecía ser una forma de asentimiento y echó a trotar con determinación hacia las mesas del té.

Cecily lo siguió con la mirada un instante, cautelosa; comprobó que las mesas estaban a una altura a la que no podía llegar sin ayuda y sin un grado de premeditación que prefería no atribuirle a Pip, y volvió su atención al programa.

El canónigo Bott estaba apostado cerca del extremo más antiguo de la exhibición de automóviles, la sección anterior a 1905, donde los motores eran, como le había dicho muy serio a Cecily la semana anterior, «más importantes históricamente y considerablemente más letales, lo cual resulta interesante desde el punto de vista narrativo».

Tenía abierto su pequeño cuaderno de cuero y conversaba con el dueño del Panhard, un ingeniero retirado llamado el señor Grimshaw. Grimshaw parecía responder a una serie de preguntas sobre los gases de escape con la paciente perplejidad de un hombre que esperaba hablar de carburadores y se había encontrado, en cambio, en un peculiar seminario sobre la química de la combustión.

—…y si el motor estuviera en marcha en un espacio cerrado, digamos… —El lápiz del canónigo Bott quedó suspendido, de un

modo que sugería que aquello era puramente académico—. ¿Cuánto tardaría en alcanzar una concentración…?

Hizo un pequeño gesto expresivo con el lápiz que, al parecer, significaba *fatal*.

El señor Grimshaw se le quedó mirando.

—Para un sermón —añadió apresuradamente el canónigo Bott—. Sobre la importancia de la ventilación. Un asunto pastoral muy urgente.

La expresión del señor Grimshaw sugería que estaba reconsiderando varias cosas a la vez, y no todas de índole teológica.

En ese momento, el Wolseley de 1901 de la fila contigua decidió lanzar una detonación seca y crepitante que rebotó en el muro perimetral de piedra como fuego de cañón.

El cuaderno del canónigo Bott describió un breve arco en el aire primaveral. Se aferró a la superficie estable más cercana, que resultó ser el brazo del señor Grimshaw, y dejó escapar un sonido no del todo contemplado en el registro convencional de la expresión humana antes de soltarlo, recoger su cuaderno del césped y alisarse las solapas con aire de perfecto aplomo.

El señor Grimshaw dio un paso deliberado hacia atrás. Luego otro. Después se volvió y caminó con cierta determinación hacia las mesas del té, que estaban en el extremo opuesto del prado y, por tanto, a una distancia más que satisfactoria.

Desde la terraza, Lady Fenella Crowthorne había alcanzado un estado de perfección observadora.

Estaba instalada en la gran silla de mimbre que Hartley había dispuesto en ángulo para ofrecerle la mejor vista del prado, manteniéndola al mismo tiempo a una distancia civilizada de los motores, la multitud y cualquier cosa que pudiera describirse como participación voluntaria. Sobre la mesa auxiliar estaban su programa,

sin abrir; un plato de sándwiches de té, en su mayor parte decorativos; y un vaso alto que contenía lo que ella llamaba su tónico de la tarde, que había empezado a tomar a las 11:15 con el argumento de que una ocasión de tal magnitud claramente lo justificaba.

Duchess ocupaba la silla contigua con la autoridad de una monarca que había accedido a asistir a una función, pero se reservaba el derecho de retirarse en cualquier momento. Su magnífico rostro plateado estaba orientado hacia el prado con una expresión de olímpico desapego. Cuando un motor particularmente ruidoso arrancó cerca del rincón este, una oreja se movió exactamente un milímetro. Eso fue todo su interés en el asunto.

—Ahí —dijo Fenella, señalando con el vaso un reluciente biplaza al que estaban haciendo entrar en su sitio—. Ese Sunbeam está impecable. El hombre o lo adora con devoción o intenta impresionar a alguien. Posiblemente ambas cosas.

Bebió un sorbo.

—Los zapatos bicolor sugieren lo segundo.

Duchess parpadeó.

—Y Lord Pendelton —la mirada de Fenella se deslizó con suavidad hacia la figura corpulenta que ahora resoplaba al pasar junto a la exhibición del Bentley, ataviado con sus pantalones bombachos y con la gorra a cuadros ladeada en un ángulo de confianza bastante mayor del que la situación autorizaba—. No le he perdonado lo de la mesa de los Millington en noviembre pasado. Explicó el funcionamiento interno de un reloj de bolsillo durante cuarenta minutos, Duchess. A toda la mesa. Nadie se lo había pedido.

Un mayordomo que pasaba captó la mirada de Lady Fenella y se quedó inmóvil un instante. Ella le dedicó una cortés inclinación de cabeza. Él siguió de largo con expresión agradecida.

Entonces apareció una figura en la verja del campo que hizo que Fenella se incorporara, apenas, en su silla.

La joven atravesó la verja con un pesado abrigo de cuero para conducir, color caoba vieja, unas gafas de aviadora subidas a la frente y una bufanda de seda de un escarlata intenso anudada sobre su oscuro cabello corto. Caminaba con el paso suelto y deliberado de alguien completamente acostumbrada a que una sala se quedara en silencio cuando ella entraba, y completamente indiferente a ello. Llevaba una mano en el bolsillo del abrigo. Paseó la mirada por el rally, viva y escrutadora.

—Interesante —dijo Fenella—. Camina como una mujer a la que le han dicho que no debería estar en cierto lugar y ha decidido ir de todos modos.

Hizo una pausa.

—Me agrada de inmediato.

Duchess se acomodó un poco más erguida, de un modo que indicaba que la recién llegada merecía una nueva valoración.

Entonces se dejó oír otro sonido desde la entrada de la finca. Un sonido muy distinto del civilizado ronroneo de los motores antiguos que habían estado llegando durante toda la mañana. Era algo más agudo, más duro, más agresivo. El sonido de una máquina construida no para la elegancia, sino para la velocidad, y muy consciente de la diferencia.

El Bugatti avanzó por el camino de la finca como si viniera de un siglo completamente distinto. Bajo, deslumbrante, con la carrocería de rojo italiano atrapando la luz de la tarde con una especie de beligerancia que se imponía involuntariamente. Era un automóvil hermoso del modo en que lo es un cuchillo afilado: diseñado con precisión, completamente indiferente a cuanto lo rodeaba y, además, demasiado satisfecho de sí mismo por ambas cosas.

Lady Fenella lo contempló durante un largo instante, reflexiva.

—Ese coche —dijo, con gran precisión— es obsceno.

Levantó su copa.

—El equivalente vehicular de un hombre que habla de sus propios ingresos durante la cena. Ya verás, Duchess: el conductor será insoportable.

Duchess apartó el rostro del Bugatti con una rotundidad que indicaba que ya había tomado nota del asunto y estaba de acuerdo.

Cecily se había situado cerca de la mesa de bienvenida cuando el Bugatti irrumpió en la zona designada para llegadas a una velocidad que no guardaba relación alguna con el letrero pintado a mano que decía *Por favor, circule despacio. Gracias.* El joven Thomas, encargado de dirigir a los recién llegados a sus puestos asignados, había dado un paso instintivo hacia atrás y sostenía su portapapeles con ambas manos con aire de quien se arrepentía de varias decisiones de su vida.

El conductor descendió del automóvil.

Sterling Vance era, según cualquier medida objetiva, una presencia imponente. Era ancho de hombros y de buena complexión, con esa presencia dominante tan particular que años de esperar que toda habitación se organizara a su alrededor habían reforzado hasta volverla casi arquitectónica. Llevaba un traje londinense hecho a medida, de un gris pálido. Demasiado fino para un rally automovilístico, y llevado como una declaración de estatus, no por descuido. Su pañuelo Ascot de seda estaba anudado con precisión. Un pesado reloj de bolsillo de oro atrapaba la luz a la altura del chaleco. Tenía el tipo de bronceado que delataba largas temporadas en climas cálidos, y lo llevaba con la tranquila satisfacción de un hombre que entiende que el dinero, bien exhibido, hace la mayor parte de su trabajo por él.

Contempló el rally.

La expresión que le cruzó el rostro fue breve, pero inconfundible. La expresión de un hombre al que le han asegurado que un restaurante es excelente y que, al sentarse, ha decidido que será suficiente. Miró los banderines, los automóviles antiguos, la multitud alegre, las mesas de té bajo los castaños, y su veredicto se manifestó en una leve elevación de una comisura de la boca que no era del todo una sonrisa.

—Entusiasmo rural —observó, sin dirigirse a nadie en particular y con un volumen calculado para que todos lo oyeran—. Encantador.

Se sacudió una partícula microscópica de polvo del puño gris pálido y miró el césped con visible desagrado.

—Confío en que haya un lugar más adecuado para la evaluación final —le dijo a Thomas, con una voz de nítida exigencia—. No tengo la menor intención de presentar mi vehículo al premio Best in Show después de haberlo sometido durante cuatro horas a el polvo de un prado cualquiera.

Thomas mantuvo la compostura con una dignidad encomiable.

—Su lugar de estacionamiento está marcado en la sección C, señor. Si gusta seguirme...

—Voy a estacionarlo ahí.

Vance señaló con un gesto el espacio preferente más cercano al podio de presentación, reservado en ese momento, como indicaba claramente el letrero, para la exhibición del mejor de la muestra.

—Ese lugar está reservado, señor, para...

—Seguro no habrá problema.

Vance depositó las llaves del Bugatti en la mano de Thomas con la ágil desenvoltura de un hombre acostumbrado a que sus órdenes se cumplan sin cuestionamiento, y se volvió hacia las mesas de refrigerio.

Thomas se quedó con las llaves en la mano y miró a Cecily.

—Sección C, Thomas —dijo ella en voz baja—. Exactamente como está marcado.

El alivio que cruzó el rostro de Thomas fue tan claro como un cambio de tiempo.

—Sí, milady.

Miró de reojo la figura de Vance, que se alejaba.

—¿Quiere que...?

—Sección C —confirmó Cecily—. Y, Thomas, lo manejaste muy bien.

Lo vio abrirse paso entre la multitud. Vio cómo apartaba a la gente sin siquiera parecer notarlo, cómo le quitaba una limonada de delante a un asistente sin dedicarle el menor gesto de reconocimiento, cómo se detenía ante el Bentley de Lord Pendelton y lo contemplaba con aire posesivo antes de sacudir una vez la cabeza, apenas. El gesto pequeño e incriminatorio de un hombre que ratificaba su propia decepción. Advirtió, mientras lo observaba, que la mirada de Vance se desvió una vez, brevemente, con un destello de algo ilegible, hacia la cochera en el extremo más alejado del patio de la finca, antes de volver a la multitud.

Lo advirtió. Al final, no siguió esa pista. Había treinta y un automóviles que organizar y el programa debía comenzar.

No le gustaba. Estaba completamente dispuesta a equivocarse en eso. No esperaba hacerlo.

Clara Bowes encontró a Cecily antes de que Cecily la encontrara a ella, lo cual, pensó después, encajaba por completo con el carácter de la mujer.

—Lady Ashcombe.

La voz era directa y cálida, con un leve deje norteño que la hacía sonar con los pies en la tierra y por completo libre de afectación.

—Quería agradecerle que me incluyera en el programa. En algunos concursos del condado han sido bastante menos acogedores con las mujeres que compiten solas.

Cecily se volvió y encontró a la mujer del abrigo de cuero y pañuelo escarlata a su lado, con la mano extendida.

—Señorita Bowes.

Cecily le estrechó la mano con la misma franqueza.

—Su Alvis es magnífico. Lo vi entrar por la puerta sur.

El rostro de Clara se iluminó con el placer franco de una entusiasta de verdad al recibir el reconocimiento bien informado de alguien que sabía de lo que hablaba.

—Es un 12/50 de 1923. Yo misma reconstruí la culata el invierno pasado.

Mientras hablaba, su mano libre se movió inconscientemente hacia el bolsillo del abrigo y sacó unas pequeñas gafas de conducción, haciéndolas dar vueltas entre los dedos. Luego la mirada se le fue, involuntariamente, hacia el extremo de la exhibición donde estaba el Bugatti, en la sección C, ligeramente apartado de los demás, y su expresión cambió.

Se volvió muy quieta. Muy controlada.

—¿Conoce al señor Vance? —preguntó Cecily en voz baja.

—Sé quién es.

Las gafas giraron dos veces más en las manos de Clara antes de que las inmovilizara.

—La mayoría de quienes corren en serio en este condado saben quién es. Hizo que me sacaran del comité del circuito del rally de Oxfordshire la primavera pasada. Usó sus contactos en el organismo rector. Dijo que las competidoras eran una distracción.

La pausa que dejó después de la última palabra fue seca y completamente elocuente.

—Pasé tres años ganándome un lugar en ese circuito.

—Lo siento —dijo Cecily, y lo decía de corazón.

Lo que fuera que Clara encontró en la expresión de Cecily pareció satisfacerla.

—Se lo agradezco, milady.

Hizo una pausa.

—Hoy vino esperando ganar el premio al mejor de la muestra, ¿sabe? Le dijo a alguien en el club de Burford que tenía muy buena información de que el Bugatti era el mejor vehículo inscrito.

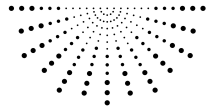
—Es un vehículo magnífico —convino Cecily con tono afable—. Por desgracia, fue fabricado en 1927, lo que lo deja bastante fuera de los requisitos de participación de nuestra competencia.

Algo cruzó el rostro de Clara, no exactamente una sonrisa, pero muy cerca de serlo.

—Bien —dijo, con visible satisfacción reprimida—. Muy bien.

6

EL HOMBRE QUE NO ESTABA ALLÍ



Lord Pendelton encontró a Cecily poco después, con el rostro encendido bajo la gorra de tweed, y le ofreció un relato exhaustivo de tres minutos sobre dónde habían estacionado el Bugatti, la audacia de ciertos individuos que se hacían de vehículos a fuerza de dinero en vez de por legítimo aprecio, y la decadencia general de los estándares dentro de la comunidad automovilística. Con los años, Cecily había descubierto que ciertas emociones necesitan desahogarse antes de que pueda intervenir el sentido común. Era una lección que no había aprendido en la sociedad aristocrática, sino en las rondas del hospital, con hombres que necesitaban hablar antes de poder escuchar.

—...y el Invicta era mío por derecho —concluyó Pendelton, ya con el rostro en un tono alarmante—. Lo tuve encargado durante seis meses. Vance sencillamente... se abalanzó. Ofreció el doble del precio de mercado, con el único propósito de arrebatármelo. Ese hombre, sencillamente, no es...

Hizo un gesto, y el gesto valió por una buena cantidad de adjetivos.

—Lo entiendo perfectamente, Lord Pendelton —dijo Cecily—. Ahora, ¿quiere contarme sobre el Bentley? Noté que esta mañana andaba de maravilla al llegar.

Pendelton parpadeó, se recompuso y empezó a hablarle del Bentley. Era, como ella ya sabía que sería, bastante más feliz haciéndolo.

Lo escuchaba con un oído y mantenía el otro atento a lo que ocurría en el prado. Más concretamente, a un intercambio más silencioso que estaba teniendo lugar cerca del seto del lindero y que no tenía absolutamente nada que ver con automóviles.

Vance y el señor Burbage estaban a esa distancia particular de dos hombres que no desean que los oigan. Burbage, a quien Cecily conocía por los asuntos bancarios de la finca como un hombre de cuentas meticulosas y temperamento nervioso, tenía el cuerpo menudo, enfundado en un abrigo lustroso, vuelto de espaldas al grueso de la concurrencia, los quevedos ligeramente torcidos y su inseparable libro de cuentas de cuero apretado contra el pecho. Hablaba rápido, con movimientos pequeños y urgentes de la mano libre, y aun desde esa distancia se veían con claridad el rubor subiéndole por el cuello y el pañuelo en movimiento sobre el labio superior.

Vance, en cambio, estaba por completo a sus anchas. La soltura particular de un hombre que tiene todas las cartas en la mano y lo sabe. Dijo algo breve. Sonrió. Luego se dio vuelta y se alejó.

Burbage se quedó donde Vance lo había dejado, con el libro de cuentas apretado contra el pecho, completamente inmóvil por un instante, como un hombre al que acaban de moverle el suelo bajo los pies y que aún no se fía lo bastante de su equilibrio para moverse.

—...y el compresor —decía Pendelton—, que añadí en febrero...

—Magnífico —dijo Cecily—. Debe de haber supuesto una diferencia considerable.

Archivó la palidez de Burbage junto con la furia cuidadosamente contenida de Clara y la viva indignación de Pendelton, y dirigió su atención al extremo opuesto del prado.

Cerca de la zona de las carpas, una figura delgada con una chaqueta de tweed gastada y gorra plana trabajaba con constancia en la última de las cuerdas de lona, moviéndose con la economía cuidadosa de un hombre que ha aprendido a hacer trabajo físico alrededor de una vieja lesión. Se desplazaba con el andar firme y deliberado de un hombre acostumbrado a largas horas de trabajo físico; se detuvo cuando Vance pasó cerca en su recorrido por el prado y se enderezó muy despacio.

—Señor Vance, señor.

La voz era baja y clara, no agresiva. Medida, como la de un hombre que ha ensayado las palabras.

—Me preguntaba si podría hablar con usted un momento. Sobre la fábrica de Burford Road. Las condiciones de ventilación para los hombres que trabajan en...

Vance no se detuvo. No alteró ni su paso ni su expresión en lo más mínimo. Pasó de largo como si el hombre no hubiera hablado. Como si, en ningún sentido que importara, no estuviera allí en absoluto.

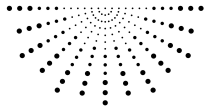
El trabajador de la carpa se quedó quieto. No repitió lo dicho. Vio alejarse a Vance y luego volvió a la cuerda que tenía en las manos. La única señal exterior de lo que sintió fue la forma en que sus manos, antes de volver a tomar la cuerda, se cerraron brevemente en puños a los costados. Después se abrieron, recobraron la firmeza y siguieron trabajando.

Cecily ya había visto antes esa quietud particular. La había visto en hombres a quienes traían de vuelta a su pabellón desde Francia. Hombres que habían sufrido heridas que no se veían en la piel, que habían aprendido a contener cosas enormes en gestos muy pequeños porque los gestos más grandes habían dejado de estar a su alcance. Miró la chaqueta gastada, el andar cuidadoso, la gorra plana calada hasta abajo, y sintió que una quieta tristeza la invadía, sin saber todavía su nombre ni su historia ni qué era, exactamente, aquello por lo que lo sentía.

Más tarde conocería su nombre. Arthur Higgins.

7

LAS PUERTAS CERRADAS



El responsable del rally dio la salida a la vuelta de desfile, y el prado estalló en un glorioso, atronador e irresistible estruendo mecánico. Treinta y un motores antiguos que cobraban vida en alegre sucesión y ahogaban cualquier otra consideración bajo una pura algarabía festiva.

Al otro lado de la exhibición, el canónigo Bott, según el testimonio de tres testigos independientes, fue visto aferrado con ambas manos a un panel de exposición, soltándolo acto seguido y luego dándole unas palmaditas a modo de disculpa, como si el sobresaltado fuese el panel. Acto seguido anotó algo en su libreta, se acomodó el sombrero y adoptó la compostura de un hombre al que nada de eso le hubiera pasado.

Cecily subió los dos escalones hasta la tarima de salida con el programa en la mano y descubrió, sin necesidad de mirar, que Miles se había materializado a su lado y sostenía la bandera de salida que ella había dejado en la mesa de bienvenida y olvidado por completo.

—Gracias —dijo, volviéndose para mirarlo.

Observaba cómo se formaba la línea del desfile, con la atención concentrada que dedicaba a cualquier cosa mecánica. El leve pliegue

entre las cejas indicaba que estaba evaluando y que se sentía discretamente satisfecho con lo que encontraba.

—Se ve muy bien.

—Así es.

Le lanzó una mirada de soslayo.

—Podría alegrarse.

—Me alegraré cuando el cheque esté firmado.

—Ya está contenta —dijo, con certeza—. Se le nota.

—¿Qué expresión? —preguntó, sorprendida.

—La que tenía cuando el De Dion arrancó bien esta mañana.

Sus ojos estaban fijos en los de ella, completamente serios.

—Como si hubiera arreglado algo que necesitaba arreglo.

Algo ocurrió en su pecho que no tenía la menor intención de examinar mientras estaba de pie en una tarima frente a treinta y un motores y una multitud de varios cientos de personas. Volvió la vista a la fila del desfile, porque era una mujer sensata y el desfile estaba por empezar y había cosas que hacer.

—¿El orden está bien? —preguntó.

—El Panhard va primero, como acordamos. Después el Rolls. El Bentley de Pendelton va tercero; lo puse tercero en vez de segundo, porque dará por hecho que el tercer puesto en el orden de marcha equivale al segundo en términos de precedencia, y con eso quedará muy satisfecho.

—Miles, eso es bastante astuto.

—He tenido buena instrucción —dijo.

Levantó la bandera.

Debajo de ella, treinta y un motores magníficos, ancianos y del todo imprácticos ronroneaban, gruñían y traqueteaban, cada uno con su maravillosa personalidad. La multitud aplaudió. La señora Perkins, de Cotter's Row, se llevó una mano al corazón, y su marido le pasó el brazo por los hombros, y ambos contemplaron al Panhard encabezar el desfile con expresiones de una alegría total y sin complicaciones.

Cecily bajó la bandera.

Era, pensó, pese a la preocupación por el dinero y al peso de la finca y a la precariedad general de ser responsable de una construcción de piedra envejecida y de las personas que vivían en su órbita, una de las mejores tardes que recordaba. *Den gracias en todas las cosas.* Había leído ese versículo tantas veces que ya se había alisado de tanto repetirlo, y aun así llegaba ahora con una frescura jubilosa.

Aún seguía aferrada a ese pensamiento cuando recorrió la multitud con la mirada, por pura costumbre, y advirtió, con esa conciencia periférica, que las puertas de la cochera, que Miles había dejado abiertas y apuntaladas toda la mañana para que el aire de primavera circulara por el taller, estaban cerradas.

Frunció apenas el ceño. Y captó, solo por un instante, algo en el borde de la brisa que bien podía ser olor a gases de escape. Más pesado de lo que justificaban los automóviles del desfile, y desde la dirección equivocada. Lo atribuyó al Panhard, cuyo veterano motor nunca se había caracterizado precisamente por unas emisiones discretas, y volvió la atención a la tarima.

El programa seguía su curso. El Panhard completó su primera vuelta de desfile con un bocinazo magnífico y resonante, y la multitud vitoreó, y todo estaba perfectamente bien.

La vuelta de desfile concluyó entre aplausos tan cálidos y sostenidos que Cecily sospechó que al menos la mitad estaban dirigidos al Panhard, que había completado el circuito con la dignidad regia y ligeramente asmática de un perro muy viejo ejecutando su mejor truco. El coronel Hutchings recibió la ovación en nombre del

automóvil con visible emoción, llevándose brevemente la mano al pecho cuando pasó traqueteando frente a la tarima, y Cecily encabezó la aprobación del público con entusiasmo genuino, porque lo sentía en cada sílaba.

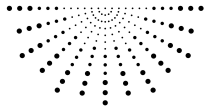


Las puertas cerradas no significaban nada en absoluto.

Casi con toda seguridad.

8

LA LISTA DE ENEMIGOS



Bajó los escalones del podio hacia el alegre bullicio posterior, con el programa bajo el brazo, y enseguida quedó absorbida por esa clase particular de agradable caos social que produce un evento al aire libre bien concurrido en sus mejores momentos. Felicitaciones que llegaban de varias direcciones a la vez, preguntas sobre la siguiente vuelta, grupos de admiradores alrededor de los vehículos más antiguos, y el equipo de la señora Fotheringill abriéndose paso entre la multitud con platos de sándwiches y la expresión eficiente, ligeramente resuelta, de quien sabe exactamente cuándo el suministro de pepino se vuelve crítico.

Cecily se movía en medio de todo aquello, saludando y redirigiendo y respondiendo y organizando. Cerca, el coronel Hutchings le explicaba a un pequeño auditorio cautivo que las emisiones características del motor de 1901 eran completamente normales e históricamente exactas, y que las actitudes modernas hacia el manejo de los gases de escape eran, francamente, excesivas. Su audiencia asentía con la expresión cortés de quienes esperan una pausa natural que todavía no llegaba.

Había desaparecido el leve olor a escape que antes venía desde el lado equivocado.

Probablemente el viento había cambiado.

Entonces apareció Pip.

Atravesó el césped a trote decidido, con la cabeza en alto y algo en la boca. Esquivó a un asistente que pasaba, se metió entre las piernas de una pareja que consultaba su programa, y llegó hasta los pies de Cecily con la detención precisa y expectante de un terrier presentando formalmente su hallazgo.

Llevaba un folleto del programa. Estaba algo húmedo en los bordes y claramente lo había transportado desde cierta distancia con gran dedicación.

—Pip —dijo Cecily—, ¿dónde encontraste eso?

Se lo quitó de la boca y examinó la portada. *Rally de automóviles antiguos de Ashcombe, primavera de 1924*. Dentro, escrito con la letra grande y erguida de un hombre que firmaba su nombre a menudo y esperaba que lo reconocieran: *Colonel R. H. Hutchings, Ret.*.

—Este es el programa del coronel Hutchings —le dijo Cecily a Pip—. Querrá que se lo devuelvan.

Pip se sentó y pareció complacido consigo mismo en todos los sentidos a la vez.

Le devolvió el programa al coronel, que lo recibió con una alegría tan simple y franca que le dio a Pip unas palmaditas entusiastas en la cabeza.

—Un animalito magnífico, absolutamente magnífico, justo la clase de iniciativa que necesitábamos más en Mafeking.

Cecily dedicó un momento a preguntarse si Pip simplemente había comprendido el anhelo del coronel de tener una compañía apreciativa y había respondido en consecuencia. Decidió que estaba siendo fantasiosa. Pip estornudó una vez sobre los pantalones bombachos del coronel, recibió una nueva muestra de aprobación

por ello y se alejó al trote con aire de estar enteramente satisfecho con la diplomacia de la tarde.

En la terraza de arriba, Lady Fenella parecía haber alcanzado un estado de equilibrio perfecto entre la curiosidad y el desdén. Erguida en su silla de mimbre, observaba por encima del borde de su copa un Sunbeam que pasaba, mientras le ofrecía a Duchess un comentario evidentemente exhaustivo; la perra se había recolocado para quedar de frente al césped.

Sterling Vance estaba junto a las mesas de los refrescos.

Se había servido una limonada, que sostenía sin beberla, y se había instalado en la posición de un hombre que recibe visitas. Un poco apartado del gentío. Dos hombres a quienes Cecily no reconoció de inmediato —aficionados al automovilismo de Oxford, pensó, que habían llegado juntos en un Wolseley— hablaban con él con la energía ligeramente exaltada de la gente en presencia de alguien que irradia importancia con solo sus modales. Vance escuchaba a la manera de un hombre que considera que escuchar es una cortesía que concede según el caso.

Cecily cruzó el césped hacia él con su programa bajo el brazo y los guantes de conducir todavía guardados en el bolsillo del abrigo.

—Señor Vance.

Le tendió la mano.

—Soy Lady Cecily Ashcombe. Quería darle la bienvenida como es debido. Hemos estado bastante ocupados con el desfile.

Vance le tomó la mano con un apretón breve y ligero, y la miró con especial atención.

—Lady Ashcombe.

Su mirada pasó de su rostro al tenue rastro de aceite de motor que no había logrado quitarse del todo del puño derecho.

—Supuse que tenía a un hombre encargado de todo esto.

—La organización está a mi cargo —dijo ella con amabilidad—. He comprobado que, por lo general, lo mejor es que la maneje quien más interés tiene en verla salir bien.

—Ya veo.

Recorrió el césped con la mirada como si estuviera calificando el trabajo de un estudiante.

—Un esfuerzo encantador. Bastante más ambicioso de lo que había anticipado para —hizo una breve pausa calculada— una ocasión local.

—Ha estado muy concurrido —convino Cecily, ignorando por completo la intención del cumplido—. ¿Está cómodo el Bugatti en la sección C? Vi que Thomas lo dejó muy bien acomodado.

Algo cambió por un instante detrás de los ojos de Vance. El reajuste de un hombre que esperaba otra respuesta y estaba adaptando su enfoque.

—Su asistente fue muy atento —dijo con suavidad—. El vehículo es, por supuesto, algo superior al conjunto general.

Hizo un gesto hacia las hileras de exhibición con la limonada intacta.

—Antigüedades encantadoras. Verdaderas piezas de museo. No tenía idea de que en el condado todavía sacaran estas cosas a exhibirse en público.

—Los automóviles antiguos son más bien el punto del evento —dijo Cecily—. Por eso nuestros requisitos de elegibilidad especifican fabricación anterior a 1924.

Le ofreció su mejor sonrisa profesional.

—Me temo que el Bugatti, por magnífico que sea, fue fabricado en 1927. No es elegible para la competencia.

La pausa fue muy breve. Muy controlada.

—Ya veo —dijo.

—Debí haberlo aclarado en la carta de invitación —continuó Cecily, con la cortesía impecable de una mujer que había decidido mostrarse enteramente amable al respecto sin importar lo poco que él lo mereciera—. Ha sido un descuido enteramente mío. De todos modos, espero que esté disfrutando del evento.

Vance la miró un momento; luego su atención se desvió hacia el De Dion, estacionado a la entrada de la cochera, limpio y listo para la exhibición de la tarde.

—¿Ese es su vehículo? ¿El De Dion?

—Sí.

—¿Lo conduce usted misma?

—Y también lo mantengo yo misma.

Lo dijo sin énfasis, porque no hacía falta.

—Qué arrojo —dijo él—. Aunque me pregunto si las damas realmente entienden con qué están lidiando cuando levantan el capó de estas cosas. Los automóviles son una maquinaria compleja, ya sabe. No son —consideró un instante; su expresión adoptó una cualidad muy particular— precisamente como una máquina de coser o una pianola. Es una clase de mecanismo muy distinta. En realidad, una especie de magia peligrosa para quien no está... debidamente preparado.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ambos con el peso exacto que Vance había calculado para ellas. Lo bastante ligeras para negarlas si alguien lo enfrentaba, lo bastante pesadas para caer donde él quería.

Cecily lo miró.

Su sonrisa permaneció exactamente en su sitio.

—El De Dion lleva un eje De Dion, un motor de dos cilindros y un flotador automático del carburador ajustado para compensar la mezcla estándar de combustible en altura —dijo—. La cadena de distribución va por el lado derecho del cigüeñal y el encendido es por bobina y vibrador. Reconstruí la culata hace dos primaveras y reemplacé el colector de escape el otoño pasado, después de encontrar una grieta de fatiga en la fundición original.

Inclinó un poco la cabeza.

—¿Eso disipa su inquietud sobre la formación adecuada?

Silencio.

Vance levantó la limonada y, por primera vez, efectivamente bebió un poco.

—Qué minuciosa —dijo.

—Los motores me parecen muy sencillos —convino ella con amabilidad—. La gente es lo que me parece compleja.

Le ofreció una última sonrisa, genuina.

—De veras espero que se quede para la entrega del premio Best in Show. El jurado ha hecho un trabajo excelente este año.

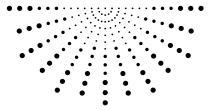
Se volvió, sin apuro, y se reunió otra vez con la multitud.

No miró hacia atrás.

La blanda respuesta quita la ira, decía el proverbio. Había dado una respuesta suave. Si eso bastaría para quitarle la ira, todavía estaba por verse.

9

EL PESO DEL LIBRO DE CUENTAS



Cecily se topó con el señor Burbage cerca del seto del lindero, casi exactamente en el mismo sitio donde lo había visto por última vez, lo que sugería que no se había movido mucho, o que había regresado al mismo punto por ese instinto de quien encuentra un lugar lo bastante discreto para la crisis interior que está librando.

Estaba solo. Llevaba el libro de cuentas apretado contra el pecho con ambos brazos. Tenía el pañuelo con monograma apoyado en el labio superior. Los quevedos de montura de alambre se le habían deslizado un poco y no se los había recolocado. Eso, observó Cecily, era la primera señal verdadera de su estado de ánimo. Burbage, por lo que Cecily había visto en las reuniones bancarias de la finca, trataba sus quevedos con el cuidado minucioso de un hombre que consideraba que su colocación exacta era una medida de su integridad profesional.

—Señor Burbage —dijo con amabilidad, en un volumen de conversación perfectamente normal.

El efecto fue como si hubiera disparado la pistola de salida justo al lado de su oreja.

Se sobresaltó de golpe, con un respingo que le recorrió todo el cuerpo, el libro de cuentas apretado contra el pecho y el pañuelo saliéndole despedido de los dedos. Cecily incluso estiró una mano por si iba a caer hacia atrás dentro del seto. No cayó hacia atrás. Se recompuso con la dignidad rápida y un poco maltrecha de un hombre que reuniera su compostura a partir de varias piezas distintas, algunas de las cuales, a todas luces, habían ido a parar bastante lejos.

—Lady Ashcombe.

Su voz estaba dos tonos por encima de su registro habitual.

—Perdóneme. Yo estaba… el ruido de los motores… uno termina poniéndose un poco…

Recogió el pañuelo de la hierba con una mano un poco temblorosa y se dio unos toquecitos en el labio.

—Una ocasión espléndida. Muy espléndida.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella.

Mantuvo un tono suelto y liviano, pero lo observó con la atención concentrada que una vez había empleado para evaluar a un paciente que afirmaba estar perfectamente bien y claramente no lo estaba. El color subido, la respiración superficial, los ojos que no dejaban de desviarse, involuntaria y urgentemente, hacia el otro lado del prado. Siguió su mirada y vio que se posaba, con una frecuencia infalible y sin ninguna cautela, en Sterling Vance.

—Perfectamente bien —dijo él, demasiado deprisa—. Las inversiones de la finca, ya comprenderá. Uno se preocupa por… las fluctuaciones del mercado…

Hizo un gesto vago con el pañuelo y dejó la frase en el aire, como si terminarla supusiera un riesgo.

—Las cuentas de la finca están en muy buen orden —dijo Cecily, con suavidad—. Las revisé el mes pasado.

Observó su rostro.

—¿Hay algo del lado del banco que yo deba saber?

—No.

La palabra salió con una rapidez y una fuerza bastante mayores de lo que la pregunta requería, estrictamente hablando.

—No, todo está, es decir, sí, todo perfectamente en orden. Nada en absoluto.

Se acomodó los quevedos con una mano que no estaba del todo firme.

—Los automóviles son… muy impresionantes. En particular, el vehículo del señor Vance.

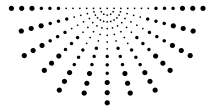
Pronunció el nombre con la cautela de quien manipula algo afilado. Sus ojos volvieron a Vance y se quedaron allí un instante, sin la menor cautela. En ese instante, Cecily vio algo que ya había visto antes, en otro contexto y en una vida muy distinta. La atención fija e impotente de alguien que vigila una amenaza de la que no puede hablar y de la que no puede apartarse.

—Sí —dijo ella con suavidad—. El Bugatti llama mucho la atención.

Se quedó unos minutos más, hablando amablemente de nada en particular, y luego se excusó con una cordialidad cálida. Se alejó con la certeza callada y triste de que, fuera lo que fuese aquello a lo que Burbage temía, le tenía muchísimo miedo. Y que su miedo tenía nombre, y ese nombre estaba en ese momento junto a las mesas de refrescos, dejando intacta su limonada.

10

LÍNEAS CONVERGENTES



En el extremo este de la exhibición de vehículos, Clara Bowes estaba agachada junto al Bugatti.

No lo tocaba. Simplemente miraba. Las manos enguantadas apoyadas sobre las rodillas, la mirada brillante y evaluadora recorriendo la cubierta del motor, la configuración del escape y los guardabarros con la calma y minuciosidad metódica de alguien que realiza un inventario. La bufanda escarlata atrapaba la brisa de la tarde y ondeaba detrás de ella. Su expresión carecía por completo de intensidad. Por eso mismo resultaba considerablemente más inquietante.

Se puso de pie cuando Cecily se acercó, y la mirada evaluadora se atenuó, recuperando su franqueza habitual.

—El escape le queda chico al motor —comentó a modo de saludo—. Se lo hicieron modificar por alguien que entendía de estética y bastante menos de función. Va a correr con la mezcla demasiado rica por encima de las sesenta. O no lo sabe o no le importa.

—Sospecho que es lo segundo —dijo Cecily.

—Sí. —Clara se apartó del Bugatti, lo cual fue el desprecio más elocuente que Cecily había visto ejecutarse sin palabras en toda la

tarde—. Me hizo sacar del comité del circuito de Oxfordshire, como mencioné. Lo que no dije fue la manera en que lo hizo.

—No tienes que —

—Quiero hacerlo. —La certeza serena era absoluta—. Le escribió al organismo rector y les dijo que mi presencia creaba una distracción inapropiada para los competidores masculinos. Que las mujeres compitiendo creaban un problema de seguridad porque no se podía esperar que los otros pilotos mantuvieran el mismo enfoque profesional que tendrían en un campo exclusivamente masculino. —Dijo cada palabra con la precisión uniforme de alguien que las ha examinado desde todos los ángulos y las ha encontrado constante e irritantemente equivocadas—. Tenía a dos miembros del comité comprados. Todo le tomó aproximadamente tres semanas. —Una pausa—. Yo había pasado tres años ganándome ese lugar.

—Lo lamento mucho —dijo Cecily. Lo decía exactamente de la misma manera en que lo había dicho la primera vez, y de nuevo Clara escuchó la diferencia.

—No he terminado de competir —dijo Clara—. Eso es lo que no entiende. Cree que sacar a alguien de un comité la aleja de la pista. —La comisura de su boca se movió—. Está bastante equivocado en eso.

Cecily pensó en las mesas de refrigerios, *magia peligrosa, en verdad, para quienes carecen de la formación adecuada*, y sintió que una solidaridad cómplice la recorría, sin necesidad de expresarla.

—Compartió algunas ideas sobre las mujeres y la maquinaria esta tarde —dijo.

Clara la miró fijamente.

—¿Qué le dijiste?

—Le hablé del ajuste del flotador del carburador del De Dion.

Clara sonrió, rápida y completa y enteramente genuina.

—Bien —dijo—. Muy bien, de hecho. —Se guardó las antiparras en el bolsillo del abrigo, luego añadió—: Se dirigía hacia la cochera más temprano, por cierto. Lo vi. Antes del desfile, creo, o justo al comienzo. Iba hacia la entrada lateral. —Frunció el ceño ligeramente —. Supuse que quería echarle un vistazo al taller. Algunos hombres son así con las herramientas ajenas.

—La cochera —dijo Cecily, con una quietud en la voz que se cuidó de no reflejar en el rostro.

—Las puertas estaban cerradas, lo cual me pareció raro —añadió Clara con un pequeño encogimiento de hombros—. Pero en ese momento estaba preparándome para el desfile y no vi adónde fue.

Cecily tomó nota mentalmente.

—Gracias —dijo—. Y señorita Bowes, me vendría muy bien alguien con buen ojo para la mecánica en el jurado del Mejor de la Exhibición, si estás dispuesta. Todavía hay tiempo antes de la presentación.

Clara la miró por un momento con la expresión de alguien que recibe algo inesperado y lo verifica cuidadosamente para confirmar que es real.

—Me gustaría mucho —dijo, con una calidez simple que no necesitaba más ornamentación.

Lord Pendelton encontró a Cecily entre la exhibición del Wolseley y el panel del programa, y se lanzó sin preámbulo a la segunda entrega de su exhaustiva queja sobre Vance, que difería de la primera entrega principalmente en estructura, habiendo progresado de lo general (el declive de los estándares, el estado del condado, la lamentable dirección del comercio moderno) a lo específico: un vehículo particular, un vendedor particular y un acto particular de maniobra comercial descrito en términos que conseguían ser a la vez pomposos y sinceramente heridos.

Era magnífico, pensó Cecily, de la manera en que una máquina de vapor a plena presión es magnífica. Impresionante por su rendimiento, algo alarmante por su proximidad, e idealmente apreciado desde la distancia. Los bombachos a cuadros y los calcetines de rombos habían alcanzado su pleno peso retórico esa tarde. La gorra de tweed estaba inclinada. Gesticulaba con su programa, que se agitaba con cada énfasis como un ala nerviosa.

—…y quiero que entienda, Lady Ashcombe, que esto no fue cuestión de que me ganaran la puja —dijo Pendelton—. Cualquier caballero decente acepta que le ganen una puja. Eso es simplemente comercio. Lo que Vance hizo fue hacer declarar nulo el acuerdo original de Jennings conmigo mediante presión legal completamente irregular aplicada al vendedor, que ya era mayor y francamente bastante… —gesticuló ampliamente— el punto es que el Invicta era mío. Había estrechado la mano por él. Un apretón de manos en este condado solía significar algo.

Cecily escuchó, y mientras escuchaba la comedia de la presentación de Pendelton retrocedió y la sustancia de lo que describía llegó con claridad y sin decoración. Un acuerdo de palabra anulado por presión financiera. Un vendedor mayor manipulado para que se echara atrás. El uso sistemático del dinero para reemplazar la decencia.

—¿Hace esto con regularidad? —preguntó. No era del todo una pregunta.

Pendelton parpadeó. Quizás no había esperado que la conversación pasara de su queja personal al patrón más amplio.

—Yo... bueno. Sí. Aparentemente sí. Un caballero del club de Burford me dijo que era la tercera vez este año. No solo vehículos. Negocios. —Frunció el ceño, y la indignación se volvió algo ligeramente menos teatral y considerablemente más real—. Negocios locales. Talleres, principalmente. De esos negocios que un hombre construye durante veinte años y luego... —Se detuvo. Miró, brevemente, su propio

programa—. Simplemente quería el Invicta —dijo, bastante débilmente—. Era la marca favorita de mi abuelo.

—Lo sé —dijo Cecily—. Lamento lo que hizo.

Pendelton se ajustó la gorra y, por un momento, toda la pomposidad se desvaneció por completo y pareció, sencillamente, un hombre al que le habían quitado algo que en verdad no podía reemplazarse.

—Sí —dijo—. En fin.

Poco después se excusó para examinar el Darracq.

El puesto de las carpas estaba en el extremo más alejado del prado, más allá de la última fila de vehículos, donde se anclaban las cuerdas del pabellón y la lona pesada se mecía suavemente con la brisa de la tarde. Allí era más tranquilo, lejos del gramófono y de la multitud; los sonidos del rally se oían más apagados, más lejanos. Motores, risas, alguna que otra discusión animada sobre especificaciones que llegaba desde la mesa de evaluación.

Arthur Higgins estaba trabajando en la última de las cuerdas del extremo más alejado. Tendría unos cuarenta años, o quizá treinta y cinco. Era difícil calcularle la edad porque las líneas de su rostro las habían trazado cosas ajenas al paso del tiempo, y ese tipo de marcas obedece a otro ritmo. Llevaba la gorra plana bien calada. La chaqueta de tweed gastada había sido remendada con esmero en el codo izquierdo, con puntadas pequeñas y apretadas, hechas por alguien que se tomaba ese trabajo en serio. Caminaba con el leve quiebre habitual en la zancada izquierda que Cecily había notado cuando había cruzado el prado más temprano. Ese sutil ajuste hacia adelante de un hombre que compensa algo siempre presente, siempre conocido, y con lo que simplemente ha aprendido a vivir.

Sus manos, moviéndose sobre la cuerda, revelaban una destreza absoluta. Tenían grasa metida en los pliegues, como les pasa a las manos de un mecánico cuando el oficio ha calado tan hondo que ningún lavado logra deshacerlo del todo.

Cecily se acercó sin anunciarse y dijo, simple y directamente:

—Señor Higgins. Lady Ashcombe. Quería decirle yo misma que las carpas se ven espléndidas. Ha hecho un trabajo maravilloso hoy.

Él se enderezó y se volvió a mirarla. Midiéndola, pensó ella, del mismo modo en que ella lo estaba midiendo a él, aunque desde una posición muy distinta. Luego se quitó la gorra, brevemente, y dijo:

—Gracias, milady. Encantado de ayudar.

Su voz era baja y serena. Ni cálida ni hostil. Medida, como la de un hombre que hace mucho calibró con exactitud cuánto de sí mismo permite aflorar en cada trato.

—¿Es del condado? —preguntó ella—. Esperaba encontrar a alguien con conocimiento de la zona para el equipo de las carpas.

—De Burford, originalmente.

Hizo una breve pausa.

—Por ahora estoy en Little Codding.

—Es una buena parte del condado —dijo ella—. ¿Siempre se dedicó al alquiler para exteriores?

La pausa antes de que él respondiera duró quizá dos segundos. En el contexto de una conversación ordinaria, no era nada. En el contexto de lo que Cecily había pasado toda la tarde aprendiendo a leer, era exactamente el tiempo que un hombre necesita para decidir si dirá la verdad o una versión más sencilla de la verdad.

—No, milady —dijo—. Al principio, en el mundo de los automóviles.

—¿Ah, sí? —Mantuvo la voz por completo relajada—. ¿En el condado?

—Burford Road —dijo con tono llano, cuidadoso—. Mi padre abrió el garaje en 1908. Higgins and Sons.

Pronunció el nombre con el orgullo particular de un hombre que habla de algo que ya no existe, pero se niega a permitir que se hable de ello con descuido.

—Cerramos... el negocio cerró hace dos años.

Ella lo miró. Él estaba mirando la cuerda entre las manos, con la expresión por completo compuesta, y Cecily pudo ver exactamente cuánto le costaba mantenerla.

—Lo lamento —dijo.

No añadió nada ni lo rodeó de esos rodeos sociales que lo habrían hecho más fácil para ella y menos sincero para él.

Él asintió.

—Gracias por su trabajo de hoy —dijo ella—. Los terrenos se ven muy bien gracias a usted.

Lo dejó con la cuerda, con la tarde y con el trabajo cuidadoso y cotidiano de un hombre que sabía servir sin alarde ni aplauso.

Al pasar junto a la cochera camino de regreso, aminoró el paso.

Las puertas seguían cerradas. Habían estado cerradas desde entonces. ¿Desde cuándo, exactamente? Hizo memoria. Miles las había dejado abiertas, apuntaladas, esa mañana mientras trabajaban en el De Dion, con el aire tibio de primavera moviéndose por el taller de esa manera perezosa y eficaz que tiene cuando el día se porta bien. En algún momento desde entonces, las habían cerrado. Ya lo había notado dos veces, ya lo había atribuido a algo dos veces, y dos veces había seguido de largo.

Ahora se quedó inmóvil.

Allí estaba, por debajo del olor residual de motor de los automóviles del desfile. Una quietud extraña, pesada, en el aire junto a las puertas de la cochera. No el olor limpio y disperso de motores

encendidos al aire libre, sino uno espeso, inmóvil. El de un espacio cerrado.

Dio dos pasos hacia allí.

—¡Lady Ashcombe! —La voz del encargado resonó a través del prado—. ¡Lady Ashcombe, estamos listos para la entrega de premios!

La multitud se estaba volviendo hacia el podio. Rostros que reconocía se orientaban hacia ella con el placer expectante y cálido de un público al que una espléndida tarde ha dejado bien dispuesto y que ya está listo para su final. La señora Perkins, en la primera fila, tenía las manos entrelazadas sobre el regazo con una pulcritud que sugería que llevaba ya un buen rato sentada exactamente en esa postura de atención esperanzada.

Cecily miró las puertas de la cochera.

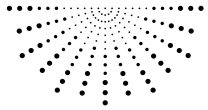
Miró a la señora Perkins.

Iría directamente después de la entrega de premios. Directamente. Tomaría quince minutos, quizá veinte si el canónigo Bott se sentía movido a añadir una nota pastoral, cosa que hacía de vez en cuando en estos eventos, con la serena confianza de un hombre que cree que no hay ocasión tan secular que una breve invocación no pueda mejorarla. Mantendría los discursos breves.

Enderezó los hombros y caminó hacia el podio.

11

EL MOMENTO ANTES



Comenzó la presentación. El canónigo Bott, apostado cerca del podio para lo que le había descrito a Cecily como «apoyo pastoral y observación general del acto», tenía el cuaderno en la mano y el lápiz listo. El Rolls-Royce de la primera fila de exhibición cobró vida a manos de su orgullosísimo dueño, como gesto ceremonial, justo en el momento en que Cecily subía al atril, y emitió un sonido de magnífica autoridad satisfecha que se extendió por el prado como un anuncio venido de lo alto.

El cuaderno del canónigo salió volando otra vez de entre sus dedos y cayó con un *plop* rotundo directamente en el centro del mejor portapasteles de varios pisos de la señora Fotheringill. Una buena parte del nivel superior fue a dar, como era de esperarse, al césped, donde fue llorada brevemente y devorada con notable rapidez por tres de los muchachos del jardín que acertaron a pasar por allí en el momento justo.

Se recuperó el cuaderno. El pastel había desaparecido. La señora Fotheringill expresó lo que sentía con un silencio demoledor tan absoluto que habría podido servir, sin modificación alguna, como un párrafo entero.

Mientras limpiaba la tapa del cuaderno de mermelada de fresa y glaseado, el canónigo sacó el lápiz de detrás de la oreja y se dispuso a seguir observando.

Cecily se aclaró la garganta, alisó sus notas del programa y comenzó.

Se anunció a los ganadores de cada categoría, y fueron pasando al frente para recibir sus cintas entre aplausos sinceros y generosos. El dueño del Panhard lloró en silencio y recibió otra ronda de aplausos, que aceptó con la hermosa dignidad conmovida de un hombre que no había esperado una celebración tan entusiasta de su querido automóvil. El coronel Hutchings se llevó la mano al pecho por tercera vez aquella tarde y no daba señales de ir a detenerse. La luz se había vuelto dorada entre los castaños y todo era cálido, luminoso y salía a la perfección, como la tarde había prometido desde el principio.

Cecily llegó al premio final.

—Y nuestro último premio de esta tarde —dijo, bajando la vista hacia sus notas— es para un vehículo que el jurado elogió por unanimidad por su extraordinario estado de conservación y…

Levantó la vista de las notas y recorrió con la mirada a la multitud reunida. Los rostros cálidos y expectantes, los programas en alto, los niños pequeños subidos en hombros para ver mejor. Buscó, con toda naturalidad, la presencia obvia, inevitable y del todo conspicua de Sterling Vance, que había hecho saber a al menos tres personas distintas, según le constaba de primera mano, que esperaba ese premio, que había llegado en el automóvil más caro de los terrenos de la finca, y que era exactamente la clase de hombre para quien el momento del triunfo público es lo único que de verdad le interesa.

No estaba en las mesas de refrigerios.

No estaba en las filas de exhibición. No estaba cerca del podio, ni junto al seto, ni a media distancia, ni en ningún punto de toda la

extensión del prado que ella alcanzaba a ver.

En la pausa que sostuvo en el atril, mientras treinta y un propietarios de automóviles y varios cientos de invitados esperaban de buen talante a que terminara la frase, y la tarde parecía contener el aliento en su luz dorada alrededor de todos ellos, una sensación fría y precisa le atravesó el pecho.

—¿Alguien ha visto al señor Vance…?

Mantuvo la voz ligera y agradable. Miró a Miles, que estaba al borde de los escalones del podio, donde siempre se situaba durante los actos en Ashcombe Hall, y la mirada que le dirigió llevaba bastante más información que las palabras que la acompañaban.

Miles se volvió y caminó hacia la cochera con el paso mesurado y sin apuro de un hombre que no sabe qué va a encontrar.

Cecily inhaló con firmeza, volvió la vista a su programa y otorgó el premio al mejor de la exhibición al Panhard et Levassor de 1901 con una voz perfectamente pareja y enteramente controlada, porque todavía no era momento de permitir que el frío de su pecho diera forma a todo lo que había a su alrededor.

Todavía no.

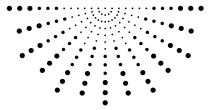
Miles llegó a las puertas de la cochera.

Se detuvo con la mano en el pestillo.

Volvió la vista hacia ella desde el otro lado del prado, por encima de las cabezas de la multitud, a través de la calidez, de los aplausos y de la larga luz dorada de la tarde, que había sido tan hermosa durante todo el día. La expresión de Miles le dijo todo lo que necesitaba saber antes siquiera de que se abrieran las puertas.

12

AGOTAMIENTO MORTAL



Miles se hizo a un lado para dejar que el aire se moviera primero. Un instinto, pensó Cecily después, que lo decía todo sobre qué tipo de hombre era. No se precipitaba. Esperó una respiración, dos, evaluando el lugar en un instante.

Una vez cumplidos sus deberes, Cecily pronto estuvo a su lado, los tacones resonando sobre los adoquines. La tibieza del césped aún flotaba en el aire vespertino a sus espaldas. El dueño del Panhard recibiendo su cinta, la multitud generosa y animada, el gramófono arrancando algo alegre cerca del seto de carpe. El sonido de una tarde espléndida que continuaba sin ella.

El Bugatti estaba ahora misteriosamente en el centro del piso de la cochera.

Lo habían metido de frente, que no era como Miles solía posicionar los vehículos en su taller, ni donde había estado al inicio del desfile. Había estado en la Sección C del césped cuando Cecily lo vio por última vez, brillando bajo la luz de la tarde con la satisfecha arrogancia de una máquina consciente de su valía. Alguien lo había movido hasta aquí. ¿Pero cuándo? ¿Y quién?

Cecily miró el umbral de piedra y notó las tenues huellas oscuras de neumático que cruzaban la gravilla seca. Vance debía haberlo

conducido él mismo durante la calma al final del desfile, su vanidad finalmente había superado la obligación de permanecer junto a la exhibición. ¿Habría buscado la privacidad del taller para asegurarse de que su victoria fuera tan impecable como su traje a medida?

El motor estaba encendido. Un ronroneo bajo y complaciente. Las puertas de la cochera, que Miles mantenía abiertas en días cálidos con las dos grandes cuñas de hierro que vivían en la esquina junto al bidón de aceite, habían sido cerradas desde dentro y las cuñas retiradas. Las pequeñas ventanas altas a lo largo del muro norte estaban cerradas con pestillo. El hueco bajo la puerta del fondo, junto al banco de trabajo, que conducía al cuarto de aparejos, había sido rellenado con lo que parecía ser un trozo de lona.

El aire era denso y pesado de un modo que no tenía razón de ser en un edificio de piedra en una tarde de primavera. El cuerpo de Cecily supo lo que era antes de que su mente terminara de formular la evaluación. El peso particular e invisible de los gases de escape que se habían estado acumulando en un espacio sellado durante un buen rato.

Sterling Vance estaba tras el volante.

Estaba desplomado ligeramente hacia la derecha, su costoso traje londinense impecable, su ascot de seda aún anudado con precisión, su pesado reloj de bolsillo de oro atrapando la tenue luz del único respiradero del techo sin cerrar, que al parecer no había encontrado o con el que no se había molestado. Su expresión, agradeció ella desde esa parte abstracta y profesional de su ser, no era de angustia. Con la injusticia propia de un hombre que había pasado la vida siendo descuidado con los demás, parecía simplemente haberse quedado dormido en el asiento más cómodo disponible.

Cecily caminó hasta la puerta del conductor, la abrió, presionó dos dedos contra el costado de su cuello y confirmó lo que ya sabía. La quietud bajo sus yemas era absoluta, y el aire dentro del automóvil llevaba el tenue rastro dulzón y metálico que había olido por última

vez en una sala de hospital en Francia, y que nunca había podido borrar de su memoria.

Ya había hecho esto antes. No en una cochera de Oxfordshire. En un hospital de campaña, en un aula requisada como pabellón, en un pasillo a las dos de la madrugada con barro en las botas y una lámpara en la mano. Había colocado dos dedos contra los puntos de pulso de hombres por los que había luchado con todo lo que tenía y todo lo que sabía, y había sentido la ausencia particular que ninguna cantidad de entrenamiento te enseña a recibir sin estremecerte. Se estremeció ahora, y luego se irguió y habló con voz firme y estoica.

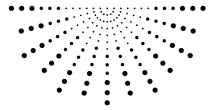
—Ha muerto. —Dio un paso atrás desde la puerta—. Miles, apaga el motor. Abre los respiraderos del techo, las dos ventanas laterales, la puerta del cuarto de aparejos. Todas las aberturas. —Tomó aire—. No toques nada más.

Miles ya estaba en movimiento. Se inclinó sobre la figura inmóvil de Vance sin tocarla, encontró el contacto y apagó el motor. El silencio que sustituyó al ronroneo fue sorprendentemente absoluto. Se movió hacia los respiraderos del techo. Quitar el pestillo, empujar, asegurarlo abierto; quitar el pestillo, empujar, asegurarlo abierto. El aire fresco comenzó a filtrarse en el espacio en delgadas corrientes agradecidas.

Detrás de ella, desde la dirección de la entrada, llegó el sonido de pasos cuidadosos y el rasgueo distintivo de un lápiz.

13

CRUDO Y MORTAL



—Lady Cecily —la voz del canónigo Bott era un susurro cargado de reverencia, levemente emocionado, como el de un hombre que acaba de toparse con la clase de situación que su manuscrito ya anunciaba—. No pude evitar notar que abandonó el podio con bastante prontitud, y pensé… si acaso había algo que requiriera asistencia espiritual. Es decir, si alguien se ha sentido mal… —Su lápiz se movía. Ella podía oírlo—. ¿Es el escape? Porque justo le estaba diciendo al señor Grimshaw que en un espacio cerrado…

—Canónigo Bott —Cecily se volvió y se plantó directamente frente a él—. Necesito que vaya directamente a las mesas de refrigerios, le pida a Hartley que comience a dirigir discretamente a los invitados hacia las puertas, y le diga a la señora Fotheringill que el evento ha concluido por razones climáticas. No le diga nada más a nadie. ¿Puede hacer eso?

El canónigo Bott miró su rostro. Luego miró el Bugatti. Luego volvió a mirar su rostro. El lápiz se detuvo.

—Oh, Dios… —comenzó, con un tono muy distinto al anterior. Más bajo. Genuinamente inseguro.

—Sí —dijo ella—. Por favor, vaya ahora.

Permaneció muy quieto un instante y algo cruzó su rostro que nada tenía del entusiasmo jubiloso del coleccionista de manuscritos. Cerró el cuaderno.

—Lo siento mucho, Lady Cecily —dijo, simplemente.

—Gracias, canónigo —dijo ella—. Por favor… vaya.

Se fue; sus pasos se alejaron por los adoquines a un ritmo considerablemente más rápido que cuando había llegado.

Miles había completado su recorrido de ventilación y estaba de pie a una distancia prudente del Bugatti, con los brazos a los costados, observando la escena con una atención metódica y contenida. Su expresión era serena, lo que no le decía absolutamente nada sobre lo que realmente pensaba. La expresión de Miles siempre era serena, y ella había pasado dos años aprendiendo a leer lo que se movía bajo esa superficie, como el clima bajo aguas calmas.

—El tubo de escape —dijo, acercándose a ponerse junto a él—. Mira la conexión del colector.

Él miró. Ella también.

El tubo había sido desviado, pero no con la precisión de quien sabe lo que hace. Más bien se había logrado con la tosquedad práctica y urgente de alguien que necesitaba hacerlo rápido y trabajaba con las herramientas equivocadas. Los pernos del colector habían sido forzados. Las cabezas barridas, como sucede cuando se aprieta metal en exceso con una herramienta que no calza bien. El tubo mismo había sido doblado hacia el interior y un tramo de manguera de goma había sido forzado sobre su extremo. La goma estaba quemada en los bordes; el ajuste era aproximado, no exacto. Crudo, apresurado y —pensó con un escalofrío que el aire primaveral no había provocado— letalmente eficaz.

Dio un paso hacia el auto.

—Lady Ashcombe. —Miles se movió, muy ligeramente, hasta quedar en su camino. Sin bloquearla. Simplemente presente—. Fenchurch debería verlo tal como está.

Tenía razón. Estaba observando la evidencia como observaba un motor, como un rompecabezas que desarmar, y el procedimiento correcto exigía testigos antes de que ella tocara un solo perno más.

—Los pernos —dijo—. ¿Los viste?

—Sí —dijo—. Sí, los vi.

Ella sostuvo su mirada.

—Ese no es trabajo profesional. Eso es obra de alguien con mucha prisa y las herramientas equivocadas.

—No —coincidió él, en voz baja—. No lo es.

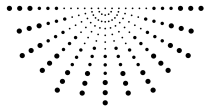
—Ve a buscar al agente Fenchurch —dijo—. Discretamente, por favor. Por el camino, no a través del césped.

—Sí, milady. —Hizo ademán de irse, pero se detuvo con esa breve vacilación que le era característica—. Los invitados…

—La señora Fotheringill se encargará de ellos —echó un vistazo hacia la entrada, donde la luz de la tarde aún caía limpia y dorada sobre los adoquines—. Ella se encarga de todo.

14

PRESENCIA



Cecily se encontraba ahora sola en la cochera con Sterling Vance y el aire tenue de primavera que entraba por las rejillas abiertas. Hizo lo que siempre hacía en los momentos previos a la acción: respirar con calma y enfrentar lo que viniera. No pánico. Había perdido la capacidad de dejarse llevar por un pánico simple en algún barrizal de Francia, y lo que había crecido en su lugar era algo más útil y mucho menos cómodo. No era exactamente duelo, aunque el peso gris y lúgubre de una muerte evitable se negaba a dejarse arrinconar. Algo que era simplemente presencia. La decisión de estar aquí, en este momento, con la realidad de lo que contenía. Podía oír la voz queda que vibraba en su pecho.

Señor, hazme conocer mi fin, y la medida de mis días, cuál es; para que sepa cuán frágil soy... ciertamente todo hombre en su mejor estado no es más que vanidad.

Salmo 39. Uno de sus favoritos, pero sombríamente apropiado para la situación.

Miró a Vance, inmóvil al volante de su automóvil italiano, con su pañuelo de seda al cuello.

Fuera lo que fuera que Sterling Vance hubiera hecho con su vida, su dinero y su considerable talento para causar daño, terminar así, en

un edificio de piedra sellado una tarde de primavera, no era justicia. Era algo completamente distinto, y no quedaría así.

No lo permitiría.

Oyó a Elsie antes de verla; luego apareció en la entrada, con su práctico vestido azul marino y sus botas de tacón bajo, sus ojos oscuros recorriendo la escena con la inteligencia rápida de quien analiza una situación en dos segundos y ya está decidiendo qué hacer.

Miró a Cecily. Miró a Vance. Volvió a mirar a Cecily.

—De acuerdo —dijo, en voz baja—. ¿En qué puedo ayudarte?

Esa era una de las razones específicas por las que Cecily quería a Elsie Pickering con una profundidad que no guardaba relación útil con sus posiciones oficiales. Nada de histeria. Nada de excesos. Simplemente, el ofrecimiento directo y firme de una mujer que conocía a Cecily desde que ambas eran niñas en el jardín de la vicaría, que se había sentado con ella durante lo peor de las cartas de guerra y lo peor del primer invierno en Ashcombe, y que entendía que, en una crisis, Cecily no necesitaba consuelo sino alguien que le cubriera el flanco.

—Quédate en la entrada —dijo Cecily—. Impide que entre nadie. Nadie.

—¿Y Pip?

—¡Especialmente Pip!

Como si lo hubieran llamado, una carita blanca y marrón asomó por detrás de la bota derecha de Elsie, nariz elevada, cola meneándose a toda velocidad. La actitud de Pip transmitía la intensidad concentrada de un terrier que ha detectado algo importante y está decidido a ocuparse personalmente del asunto.

—Pip —dijo Cecily, señalando los adoquines—. Siéntate.

Pip consideró la instrucción con gravedad reflexiva, calculando que tal vez ese no era el momento de rebelarse. Se sentó.

—Buen chico —dijo Cecily—. Quédate con Elsie.

Elsie metió la mano en el bolsillo de su abrigo y, con su calma característica, preparada para toda contingencia, sacó un pedazo de galleta integral. Pip volcó en ella su atención completa y devota de inmediato. El interior de la cochera dejó de existir para él. La crisis, desde su perspectiva, estaba resuelta.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Elsie, en voz baja, con los ojos en el camino de entrada.

—No lo sé con precisión. No mucho. El motor todavía estaba en marcha cuando llegamos —dijo Cecily, mirando una vez más la modificación del escape—. El trabajo es tosco. Muy tosco.

Elsie guardó silencio un momento.

—¿Miles?

—Fue a buscar a Fenchurch —dijo Cecily, manteniendo la voz serena.

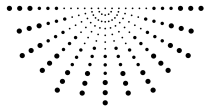
La expresión de Elsie cambió.

—He estado llevando mi propia lista. Desde las mesas de los refrescos. ¿Quieres que te la diga?

Cecily la miró. Esa mujer entrañable había estado realizando una investigación paralela y discreta desde una perspectiva completamente diferente toda la tarde. Cecily sintió una oleada de gratitud.

—Después —dijo—. Todo. Pero sí.

15
LA CONCLUSIÓN OBVIA



El agente Percy Fenchurch llegó once minutos más tarde a un paso que sugería que Miles había comunicado la urgencia sin proporcionar los detalles que lo habrían hecho venir corriendo. Una mesura deliberada, Cecily sospechó. Las perneras de sus pantalones aún estaban sujetas con pinzas de ciclista. Llevaba su manual de *Procedimientos Policiales para Distritos Rurales* bajo el brazo izquierdo, lo cual coincidía con tal precisión con cada encuentro previo que le habría parecido conmovedor en otras circunstancias. Había compuesto su expresión con la dignidad cuidadosa y decidida de un hombre que tiene un procedimiento para cada eventualidad y pretende honrarlo.

Se detuvo en la entrada. Miró a Vance. Miró el Bugatti. Examinó la disposición del escape con la atención cercana y metódica de un hombre cuyo manual tenía una sección precisamente sobre esto, cotejando mentalmente con esfuerzo visible. Luego caminó alrededor del vehículo dos veces, se inclinó para examinar la modificación del tubo sin tocarlo. Se enderezó con la expresión de un hombre que ha formado una conclusión y ahora está construyendo los argumentos para defenderla.

—¿El motor estaba en marcha cuando lo descubrieron? —dijo.

—Sí —dijo Cecily.

—Ventanas y puertas selladas.

—Las ventanas estaban subidas —dijo Cecily—. Las puertas estaban cerradas. El espacio bajo la puerta del cuarto de aperos estaba tapado con lona.

Fenchurch escribió en su libreta.

—El tubo de escape ha sido desviado. Modificado —miró de nuevo—. Eso requiere conocimiento mecánico. Conocimientos mecánicos de verdad —se volvió y miró a Miles, que estaba de pie a una distancia profesional junto al banco de trabajo con los brazos a los costados, completamente inmóvil—. Señor Penrose. Este es su taller.

—Lo es —dijo Miles.

—Sus herramientas.

—Algunas de ellas.

Fenchurch miró las cabezas desgastadas de los pernos en el colector. Miró las llaves alineadas en la pared. Volvió a mirar a Miles. Cecily podía ver cómo se iba formando la lógica. No malicia, ni siquiera error en el sentido estricto, simplemente la implacable lógica directa de sacar una conclusión de la evidencia disponible por un hombre que carece de la información adicional que la refutaría. Había visto esto antes. La fuerza terrible de lo obvio.

—Y usted discutió con el señor Vance más temprano esta tarde —dijo Fenchurch—. Sobre que él manejara el equipo de su taller sin permiso.

—Tomó una llave dinamométrica del banco cuando entró a ver los vehículos —dijo Miles—. Le pedí que la dejara.

—Se lo pidió con bastante firmeza, según algunas versiones.

—Era una llave dinamométrica. Están calibradas. No son para que las use alguien que no sabe lo que son.

Cecily miró a Miles cuando lo dijo. La precisión absoluta y serena de sus palabras, la completa ausencia tanto de disculpa como de agresión. Si Fenchurch no podía leer el carácter del hombre que estaba frente a él solo con esas dos frases, entonces el manual era de utilidad limitada para él.

Fenchurch escribió algo más.

—Señor Fenchurch —dijo Cecily—, los pernos del colector. ¿Podría examinarlos con cuidado, por favor?

Él miró.

—Las cabezas están desgastadas —dijo ella—. No por apretar demasiado con la herramienta correcta. Desgastadas por usar algo que no encajaba bien en la cabeza. Un mecánico experto en su propio taller, con un juego completo de llaves del tamaño correcto en la pared a dos metros de distancia, no desgastaría una cabeza de perno. Sería incapaz de hacerlo.

Una pausa.

—Lady Ashcombe —dijo Fenchurch, con la cortesía dolida de un hombre que respeta a quien le habla y desearía que dejara de hacerlo—, aprecio—

—Estoy describiendo lo que está físicamente presente en el vehículo —dijo ella con amabilidad—. La evidencia es la evidencia, agente. Simplemente quiero asegurarme de que estamos examinándolo todo.

Fenchurch miró los pernos un momento más de lo que había pretendido. Luego miró a Miles, y su expresión tenía en sí algo genuinamente incómodo. La expresión de un hombre que hace lo que el procedimiento exige y descubre que no encaja tan bien como el manual insinuaba.

—Lo dejaré asentado —dijo—. Pero mientras tanto —miró a Miles— necesitaré que permanezca en la propiedad, señor Penrose. Bajo

vigilancia. Hasta que el asunto sea investigado apropiadamente.

Miles se mantuvo con la misma compostura serena de siempre. Pero Cecily lo vio. El ajuste casi imperceptible de su mandíbula, la forma en que sostenía el ala de su gorra en una mano con una fracción más de presión de la que el momento requería. Era la mirada de un buen hombre ante una injusticia y eligiendo, con plena deliberación, no empeorarla.

—Muy bien —le dijo Miles a Fenchurch.

Las manos de Cecily, dentro de sus guantes de conducir, estaban completamente quietas.

Esperó hasta que Fenchurch había llevado a Miles hacia el patio, y luego soltó el aliento de forma controlada y miró a Elsie.

—Está equivocado —dijo.

—Obviamente —dijo Elsie.

—Alguien con prisa. Usando las herramientas equivocadas. Alguien que sabía lo suficiente sobre sistemas de escape para saber lo que estaba intentando, pero no lo suficiente para hacerlo limpiamente.

Elsie le sostuvo la mirada.

La multitud en el césped se estaba dispersando. Podía oírlo en la forma en que cambiaba el sonido, el bullicio alegre de la tarde reduciéndose a grupos más pequeños, el gramófono enmudeciendo, la voz de la señora Fotheringill lanzando ocasionales instrucciones nítidas como señales de un puesto de mando muy bien organizado. En algún lugar de esa dispersión, los Perkins estarían yendo a casa con su programa y su recuerdo de la tarde, guardado con cuidado, como se guardan las cosas preciosas.

Lady Fenella apareció en la entrada de la cochera.

Se movía a un paso que reflejaba la gravedad de la situación sin abandonar su autoridad habitual. Duchess estaba bajo su brazo,

sostenida cerca en lugar de exhibida, un consuelo en lugar de una declaración. Había dejado su tónica de la tarde en la mesa de la terraza. Inspeccionó la cochera una vez con la evaluación amplia y minuciosa de una mujer que ha visto mucha vida y ha aprendido a evaluar sus puntos de inflexión rápidamente.

Luego miró a Cecily.

—Bien —dijo, con una voz enteramente despojada de actuación—. Dime.

Cecily le contó. Breve y factual, porque Fenella era una de las tres personas en su vida que ni necesitaban ni se beneficiaban de que les endulzaran la verdad. Fenella escuchó sin interrupción, su cabeza plateada inclinada ligeramente hacia adelante, Duchess perfectamente quieta a su lado como si ella también estuviera atendiendo.

Cuando Cecily terminó, Fenella guardó silencio por un momento.

—Miles Penrose —dijo— es el ser humano más metódico que he encontrado en ochenta y un años de observación. No desgastaría una cabeza de perno —lo dijo no como consuelo sino como veredicto—. ¿Qué necesitas?

—Necesito hablar con todos los que estuvieron cerca de la cochera entre el inicio del desfile y cuando lo encontramos.

Cecily miró el Bugatti una vez más. Los pernos desgastados, el tosco tubo de goma, el daño cuidadoso y terrible causado por alguien con demasiada prisa para hacerlo apropiadamente.

—Y necesito examinar esos pernos de nuevo debidamente cuando Fenchurch haya terminado con ellos.

—Mantendré a Fenchurch ocupado —dijo Fenella, con la seguridad serena de una mujer que ha retenido a especímenes considerablemente más formidables—, si surge la necesidad.

Cecily casi sonrió.

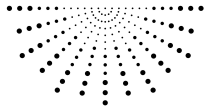
—Gracias, Fenella.

Fenella la miró, realmente la miró, por un momento, con una expresión de tal calidez completa y sin reservas que llegó con la claridad ligeramente sorprendente de una cosa muy honesta vista con muy buena luz. Una sola respiración pasó antes de que hablara.

—Eres la hija de tu madre —dijo, en voz baja—. Ve y arréglalo.

16

CONCLUSIONES TORPES



Los últimos invitados del rally se marcharon de Ashcombe Hall. La noticia había corrido entre la multitud con esa eficacia un tanto febril que siempre alcanzan las malas noticias en reuniones pequeñas.

Cecily observó desde la entrada del patio de la finca cómo el último Wolseley salía por la verja y el camino quedaba en silencio.

El césped bajo yacía en la larga e inmóvil quietud que dejaba la tarde. Los manteles blancos alzándose ya de los caballetes, el gramófono en silencio, los castaños, bajo su dorada luz tardía, alargando largas sombras sobre la hierba. Alguien había dejado un programa sobre una de las sillas de la primera fila. Podía verlo desde allí. Boca arriba, *Rally de automóviles antiguos de Ashcombe, primavera de 1924*. Pensó en la señora Perkins llevándose una mano al pecho cuando el Panhard dio su vuelta de exhibición, y pensó: al menos tuvieron eso. Fuera en lo que hubiera terminado convirtiéndose la tarde, eso lo tuvieron primero.

El agente Percy Fenchurch había establecido lo que claramente consideraba un puesto de mando en el estribo de montar junto al muro del patio. Tenía abierto sobre la piedra su manual de *Procedimientos policiales para distritos rurales*, marcado en lo que

parecía ser el capítulo siete, *Muertes sospechosas: protocolo inicial*. Su libreta estaba apoyada contra él, y el lápiz se movía con la meticulosidad de un hombre que sigue un procedimiento en el que confía por completo. Todavía llevaba los bajos del pantalón sujetos con clips para bicicleta, lo que le daba el aire de alguien que había llegado a una crisis en medio de otra cosa y, sencillamente, aún no había encontrado el momento adecuado para quitárselos. Su bicicleta descansaba contra el muro del patio con aire solidario.

Miles estaba de pie frente a él, con la gorra sujeta entre ambas manos y una expresión por completo serena.

Cecily se colocó en la entrada del patio junto a Elsie, lo bastante cerca para oír con claridad y lo bastante lejos para no ser considerada una interferencia técnica. Elsie sostenía abierta sobre la palma su propia libreta pequeña, una de bolsillo, encuadernada en cuero verde oscuro, que llevaba siempre consigo; su letra era menuda y precisa. Estaba añadiendo observaciones a lo que ya tenía anotado allí, cotejando sus hallazgos.

—...y usted estuvo en la cochera esta mañana —decía Fenchurch—. Para ayudar a Lady Ashcombe con el De Dion.

—Sí —respondió Miles.

—¿Y salió de la cochera a qué hora?

—Aproximadamente a las 11:15. Recorrí la exhibición de automóviles con Lady Ashcombe antes de que ubicaran a los primeros invitados en sus lugares.

—¿Y volvió a la cochera cuándo?

—No volví a la cochera hasta que Lady Ashcombe me hizo una seña desde el podio.

Fenchurch lo anotó con suma seriedad.

—Pero durante el desfile, en ese lapso de aproximadamente cuarenta y cinco minutos en el que llevaron el vehículo a la cochera

y pusieron el motor en marcha, usted no tiene una coartada firme.

Miles lo consideró un momento con la paciencia callada de un hombre que había decidido que cada palabra que dijera sería precisa y ninguna se desperdiciaría.

—Yo estaba en el césped con varios cientos de personas —dijo—. Si eso no constituye una coartada, me intriga saber qué la constituiría.

El lápiz de Fenchurch se detuvo. Consultó el manual, buscando apoyo moral en un texto de fiar.

—Un testigo concreto, identificado por nombre, que pueda confirmar dónde estuvo exactamente durante todo el lapso en cuestión —dijo, con la satisfacción de un hombre que ha encontrado el pasaje pertinente.

—Hablé con el señor Grimshaw sobre el Panhard aproximadamente a la una y media —dijo Miles—. Y con los dos muchachos del jardín sobre la cuerda que delimitaba la exhibición durante unos diez minutos antes de que comenzara el desfile.

—Aproximadamente —dijo Fenchurch.

—Aproximadamente —convino Miles, con una paciencia tan completa que había alcanzado cierta grandeza.

Cecily observó cómo se iba armando la lógica de Fenchurch. No era malicioso. De eso no tenía ninguna duda. El agente Fenchurch era, de hecho, un hombre de genuina seriedad y verdadera buena voluntad que estaba haciendo exactamente aquello para lo que lo había preparado su formación, y ese era precisamente el problema. Su formación lo había preparado para el procedimiento, y el procedimiento, en este caso, apuntaba en la dirección equivocada con la confiada seguridad de una brújula excelente ajustada al norte magnético equivocado.

Se adelantó.

—Agente Fenchurch.

Él alzó la vista.

—Lady Ashcombe. En este momento estoy llevando a cabo...

—Eso ya lo veo.

Fue a colocarse junto a Miles.

—Solo quería preguntar, para mayor claridad. Al señor Penrose no se le ha acusado de nada, ¿verdad?

Hubo una breve vacilación.

—Todavía no. Esto es preliminar...

—Desde luego. De modo que por ahora es solo un testigo importante al que se le están haciendo preguntas.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—En ese caso, retenerlo en sus habitaciones aquí, en Ashcombe Hall, en vez de exigirle que lo acompañe a otra parte, parecería una medida proporcionada y enteramente suficiente por el momento.

Fenchurch la miró. Miró a Miles. Miró el estribo de montar, donde el manual no ofrecía de inmediato ningún contraargumento.

—Supongo... —empezó.

—Excelente.

Su tono era cálido y completamente concluyente.

—Las habitaciones del señor Penrose están sobre la cochera. Estará perfectamente disponible si necesita volver a hablar con él.

Hizo una pausa.

—Y así se ahorra el trayecto en bicicleta hasta la estación.

El alivio que cruzó el rostro de Fenchurch fue completamente franco. Un destello breve y honesto que recompuso casi de inmediato, recobrando la gravedad profesional.

—Bien. Dadas las circunstancias. Señor Penrose, deberá permanecer en la finca mientras continúe la investigación. No accederá a la cochera ni manipulará ninguno de los vehículos sin mi conocimiento previo.

—Entendido —dijo Miles.

Miró a Cecily al decirlo, la más breve de las miradas, de esa clase que contiene mucho más que cualquier palabra aislada, y ella la sostuvo con la misma compostura que siempre aportaba a las cosas que más la requerían.

—Gracias, agente —dijo—. La señora Fotheringill le traerá té.

Fenchurch, que había estado a punto de decir algo más sobre el procedimiento, recibió esta información con la expresión de un hombre que había tenido una tarde larga y la perspectiva de tomar té suponía una mejora genuina de la situación. Volvió a tapar su lápiz.

—Muy amable —dijo.

Elsie se puso a caminar junto a Cecily cuando esta se dirigió hacia el lado este del patio, fuera de la línea de visión directa de Fenchurch, cerca del macizo de rododendros donde la única huella embarrada del canónigo Bott permanecía en la tierra blanda como un pequeño memorial del drama anterior de la tarde.

—Bien —dijo Elsie—. Mi lista.

—Tu lista —repitió Cecily.

Elsie abrió el cuaderno verde.

—Vance salió de las mesas de los refrescos hacia la cochera aproximadamente a la una y cuarto. Quince minutos antes de que comenzara el desfile. Estaba cerca del termo de té y tenía una línea de visión clara hacia la entrada del patio. Caminaba con determinación. No se detuvo a hablar con nadie.

Se detuvo para consultar su cuaderno una vez más.

—Noté que estaba regresando del patio a pie entonces —añadió Elsie, con el lápiz suspendido sobre el cuaderno—. Había sacado el Bugatti de su fila de exhibición apenas minutos antes. Lo vi retrocediéndolo desde la fila C, haciendo caso omiso de los llamados de los comisarios, presumiblemente para esconderlo en la cochera y darle un último pulido antes de los premios.

Cecily asimiló esto.

—¿Alguien lo siguió?

—No de inmediato. —No que yo viera. —Pero estaba atendiendo el termo de té en ese momento, y Thomas vino a preguntarme sobre los folletos del programa aproximadamente dos minutos después, así que hay unos cinco minutos que no puedo explicar bien.

—Continúa.

—El señor Burbage.

Elsie pasó la página.

—Visto cerca del incinerador en el extremo este de la estación de carpas. Aproximadamente veinte minutos después de iniciado el desfile. Estuvo allí al menos diez minutos. Lo vi dos veces, ambas inclinado sobre el incinerador. No pude ver qué estaba quemando desde donde me encontraba, pero había una cantidad evidente de humo, lo cual es inusual porque el incinerador no se enciende durante los eventos.

—Querré ver ese incinerador.

—Pensé que querrías. —Elsie pasó otra página—. La señorita Bowes, Clara Bowes. Estaba en la fila del desfile para la primera vuelta, pero no estaba en su vehículo cuando el juez de salida dio la señal. Llegó a su automóvil aproximadamente ocho minutos después de que comenzara el desfile. El comisario lo notó y marcó su programa. Dijo que había ido a buscar sus gafas.

—Sus gafas —repitió Cecily—. Que llevaba puestas cuando entró por la puerta sur esta mañana.

—Así es —dijo Elsie—. Sí.

Cecily lo anotó mentalmente.

—Y finalmente —dijo Elsie, con la pausa pequeña pero significativa de una mujer que llega al ítem que considera más importante de la lista—, Arthur Higgins. Estaba en la estación de carpas al inicio del desfile. Lo noté porque parecía ocupado con otras cosas a pesar del espectáculo del desfile. —Levantó la vista del cuaderno—. Y luego no estaba. Durante aproximadamente veinte minutos. Lo busqué dos veces y simplemente no estaba. Reapareció cerca de las cuerdas de las carpas alrededor del momento en que el Panhard completó su segundo circuito.

—Veinte minutos —dijo Cecily, en voz baja.

—Veinte minutos —confirmó Elsie.

Pip se materializó detrás del macizo. Llevaba un guante de conducir.

Era uno caro. Cuero color canela pálido, muy fino, del tipo que se confecciona a medida, no comprado en una tienda. Lo llevaba con enorme delicadeza, la cabeza elevada, la cola trazando una rotación lenta y majestuosa que era bastante distinta de su entusiasmo rápido habitual. La diferencia, había llegado a entender Cecily, entre un hurto oportunista de Pip y lo que él consideraba una investigación formal.

Lo dejó a sus pies y se detuvo con precisión, expectante. Luego se sentó y la miró, y esperó a ser reconocido por su contribución.

Ella se agachó y lo examinó sin levantarlo. La costura era impecable. El interior estaba monogramado en hilo dorado en el puño: *S.V.*

—Sterling Vance —dijo Elsie, mirando por encima de su hombro.

—Sí. —Cecily lo estudió un momento. El guante estaba seco, relativamente limpio. Sin manchas de pasto, sin apenas barro—. Pip. ¿Dónde encontraste esto?

La cola de Pip aceleró su ritmo.

—¿Dónde lo...? —Lo miró con la atención particular y seria que siempre dedicaba a estas comunicaciones, sabiendo perfectamente bien que no produciría ninguna información útil y haciéndolo de todos modos—. Muéstrame.

Pip la miró. Miró el extremo este del césped. Trotó tres pasos en dirección a la estación de carpas, se detuvo y la miró por encima del hombro con el aire de un perro que ha sido perfectamente claro y no entiende lo lento que es su público.

Cecily miró a Elsie.

—La estación de carpas —dijo Elsie.

—La estación de carpas —coincidió Cecily. Se puso de pie, dejando el guante sobre los adoquines para Fenchurch, y registró mentalmente su posición en relación con los eventos de la tarde. Vance, dirigiéndose hacia la cochera desde los refrescos a la una y cuarto, habría pasado por la estación de carpas. Habría pasado junto a Arthur Higgins.

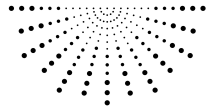
Aún no dijo esto en voz alta. Había demasiados pasos entre el guante y la conclusión, y había aprendido en las salas del hospital, en dos años en Ashcombe, en cada situación donde la respuesta obvia tendía a estar equivocada, que el espacio entre una observación y una deducción debía recorrerse con cuidado y por completo.

—Buen chico —le dijo a Pip, con completa sinceridad.

Pip estornudó sobre su zapato Oxford izquierdo, consideró aquello una despedida adecuada y se alejó trotando.

17

AL BORDE DE LO QUE SABÍAN



En la terraza sobre el patio, Lady Fenella se había colocado con hábil destreza, cerrándole a Fenchurch cualquier salida fácil. Llevaba unos doce minutos desgranándole una crítica exhaustiva de los métodos de la policía rural.

Por su parte, Fenchurch no había apartado la cabeza de Lady Fenella desde que ella empezó. Su lápiz permanecía inmóvil. Su té se enfriaba.

—Y, por supuesto —decía Lady Fenella, con el tono sonoro de una mujer que ha pasado ochenta y un años asegurándose de que la oigan sin necesidad de alzar la voz—, en mi experiencia, que es considerable, el indicador más fiable de la parte culpable es siempre la persona que más tiene que ganar y menos que perder. Supongo que su manual tendrá un capítulo sobre eso. El capítulo nueve, quizá. O tal vez un apéndice.

Fenchurch abrió la boca.

—Tuve un primo —continuó Lady Fenella, con el impulso sereno de un galeón que ya ha fijado su rumbo y no ve razón alguna para alterarlo—, que fue magistrado por un tiempo en los Cotswolds. Un hombre encantador. Un juez espantoso. Las dos cosas no son incompatibles, en mi experiencia. Una vez absolvió a una cabra.

Fenchurch cerró la boca.

—La cabra se había comido una buena parte de las cuentas parroquiales —añadió Fenella, a modo de aclaración—. Dictaminó que era un asunto civil. A la Iglesia no le hizo ninguna gracia. —Alargó la mano hacia su ginebra con tónica—. ¿Está seguro de que su té sigue suficientemente caliente? Parece que lleva un rato servido.

Fenchurch miró su té. Miró a Lady Fenella. Miró el manual con la cara de un hombre que había perdido el hilo por un momento de lo que estaba haciendo y esperaba encontrarlo en algún punto entre las páginas 53 y 54.

Por su parte, Duchess volvió apenas el rostro hacia el patio de abajo —hacia la entrada de la cochera, donde Cecily se movía en silencio con Elsie pegada al hombro— y luego lo orientó de nuevo hacia Lady Fenella con la compostura serena y sin prisa de una gata que lo ha observado todo y no piensa decirle nada a nadie al respecto.

Cecily lo advirtió con genuino aprecio al deslizarse por la puerta de la cochera.

Fenchurch había ordenado que la escena no se alterara, y ella no tenía intención de alterarla. Su intención era, con absoluta precisión, *mirarla*, que era un asunto completamente distinto. Aunque había descubierto que esa diferencia no siempre era evidente para la gente que confiaba en los manuales.

El Bugatti estaba tal como lo habían dejado, con las puertas ya cerradas y el aire mucho más respirable gracias a los respiraderos abiertos y al aire de la tarde que empezaba a circular. Cecily fue directamente a la conexión del colector de escape y se puso en cuclillas, apoyando las manos en las rodillas, y miró.

A los motores les prestaba la misma clase de atención que antes había prestado a la ficha de un paciente a las tres de la mañana. No urgencia, que tiende a estrechar la mirada, sino una firmeza

concentrada y sin prisa que permite que las cosas se revelen por sí solas.

Las cabezas de los pernos estaban barridas en las esquinas. No gastadas: barridas, y esa era una distinción importante. Los pernos gastados muestran una erosión gradual en los puntos de contacto. Los pernos con las esquinas barridas muestran el daño brusco y anguloso de una fuerza mal aplicada. Una herramienta que no encajaba bien en la cabeza, usada por alguien que trabajaba deprisa frente a una resistencia que no había previsto. Podía ver con claridad las marcas de rozadura, la dirección de la fuerza aplicada, el ángulo en que la herramienta había resbalado. Pensó, breve e incongruentemente, en un vendaje de campaña concreto aplicado con demasiada prisa por un par de manos demasiado asustadas, y comprendió la sensación desde el otro lado. *Alguien tenía miedo*, pensó. *Alguien tenía miedo. Y se le acababa el tiempo.* Aquello no era obra de alguien que hubiera montado y desmontado colectores de escape mil veces como parte normal de su oficio. Era obra de alguien que sabía, en términos generales, lo que intentaba hacer, pero trabajaba al mismo tiempo contra el reloj y al borde mismo de su propia capacidad.

Miró el manguito de goma encajado a presión sobre el extremo del conducto. Era gris, relativamente nuevo, y no había salido de ese taller. Lo sabía con la certeza de alguien que había pasado dos años en ese taller y conocía su inventario tan bien como conocía el contenido de su propio escritorio. Miles guardaba las mangueras de goma en el tercer estante, del lado izquierdo. Negras, reforzadas, de una calidad específica adecuada para el trabajo que hacía. Ese manguito era distinto. Más liviano. Del tipo que podía conseguirse en una ferretería o en un proveedor de mantenimiento de vehículos. Una pieza industrial, de las que se consiguen en cualquier parte.

Se enderezó y miró a Elsie.

—No es suyo —dijo—. Nada de esto es suyo. Las herramientas que causaron este daño no eran de este taller. El tubo no es de este

taller. —Hizo una pausa—. Quien hizo esto vino preparado al menos con el tubo, y posiblemente con una llave específica. Sabía, en términos generales, lo que necesitaba. No tenía la habilidad para usarlo con limpieza.

—¿Alguien que trabajaba con motores de vez en cuando? —dijo Elsie, justo detrás de su hombro izquierdo—. ¿Tal vez un aficionado?

Cecily la miró y suspiró.

—Hoy no nos faltaron candidatos en ese campo: tanto competidores como asistentes.



Cecily encontró la modesta habitación de Miles sobre la cochera por la pequeña escalera del extremo este del edificio, que olía a cera para madera y al tenue calor residual de la chimenea de abajo. Antes le había pedido a la señora Fotheringill que mandara té, y por cómo guardó silencio al respecto, comprendió que aquello se consideraba completamente impropio, aunque de todos modos se atendería.

Llamó a la puerta. Él abrió, y hubo un breve instante, una fracción de segundo en que su expresión cambió casi imperceptiblemente antes de volver a su compostura habitual. Sugería que había estado sentado a solas con sus pensamientos y que no esperaba precisamente a esa visita.

La habitación era austera y ordenada, con el tipo de orden de alguien que lo mantiene como disciplina y no como exhibición. Un pequeño estante con libros de lomos muy leídos. Una mesa de trabajo con un dibujo técnico extendido sobre ella, sujeto en las esquinas con cuatro pequeños pernos de acero. Una elegancia práctica e inconsciente, observó Cecily, que caracterizaba todo lo que él hacía. La ventana daba al patio y al prado del este, donde el

atardecer empezaba a aposentarse en los castaños en capas pálidas, azul grisáceas.

Había té en la mesa auxiliar. La señora Fotheringill había enviado dos tazas. Cecily lo advirtió sin hacer comentario alguno, aunque sospechaba que la propia señora Fotheringill haría extensos comentarios al respecto a nadie en particular mientras recogía y lavaba todo, y consideraría eso una vía de desahogo perfectamente adecuada.

Se sentó en la silla de madera junto a la ventana. Miles se sentó en la de enfrente. Entre ambos, el té humeaba.

—Debe saber —dijo, sin preámbulos— que Fenchurch está equivocado. Lo sé y pienso demostrarlo.

Miles miró su taza.

—No hace falta que...

—Ya sé que no hace falta —dijo con una franqueza que no era cruel, pero tampoco admitía la menor discusión—. Voy a hacerlo de todos modos.

Él guardó silencio un momento.

—Los pernos —dijo.

—Los pernos —confirmó ella—. Y los tubos. Ninguno es suyo. El trabajo es chapucero. No es suyo. Alguien apurado, usando las herramientas equivocadas, trabajando al límite de lo que sabía.

Miles lo consideró con cuidado antes de responder.

—Antes del desfile —dijo al fin—, estaba moviendo las cuerdas de exhibición con el joven Thomas y vi a alguien en el perímetro norte del patio de la cochera. Caminando por fuera del edificio. Despacio. Como si lo estuviera midiendo.

Alzó la vista hacia Cecily.

—No reconocí la cara; no pude verla bien. Era una figura menuda, borrosa entre las sombras del muro.

Hizo una pausa, como si estuviera reconstruyendo la imagen con esmero.

—Llevaba un abrigo pesado. Parecía de cuero o de lana gruesa, de los que se usan para andar en carretera. Habría podido pasar por un piloto o por un especialista, pero no tenía ningún motivo para estar en ese lado del patio. Caminaba con torpeza, cargando el peso hacia un lado, como si se hubiera lastimado o tal vez llevara algo pesado de un lado bajo el abrigo.

Miles se detuvo. Luego añadió, como si dejara para el final el detalle más importante:

—Las manos. Incluso a distancia, uno aprende a fijarse en ellas. La forma en que una persona lleva las manos cuando ha pasado años entre motores.

Miró la mesa de trabajo.

—Eran manos de un mecánico, de eso estoy seguro.

Miles la miró entonces. La miró como había mirado al De Dion aquella mañana cuando arrancó limpiamente.

—Voy a averiguar qué pasó —dijo ella—. Todo. Y después vamos a arreglarlo.

—Sí, milady —dijo él—. Lo sé.

Un poco más tarde, estaba de pie en el corredor, afuera de la puerta de Miles, mientras Ashcombe Hall se aquietaba a su alrededor al caer la noche. La larga madera oscura del rellano, la luz volviéndose suave y azul grisácea a través de la ventana alta, los sonidos tenues pero resueltos que subían desde la cocina, dos pisos más abajo, donde la señora Fotheringill claramente dirigía alguna operación enérgica con ollas de cobre y opiniones firmes.

Repasó lo que tenía. La cronología de Elsie. El guante de Vance junto al puesto de la carpa. Los pernos desmontados a toda prisa y los tubos ajenos. El incinerador y a Burbage, pálido y frenético, inclinado sobre él durante el desfile. La figura misteriosa que Miles había visto en el perímetro norte.

Clara Bowes y sus ocho minutos perdidos, y las gafas que ya llevaba puestas.

Organizó mentalmente lo que había reunido. Tres hilos, enredados y tirando en direcciones distintas. Pensó primero en Clara Bowes. Clara era menuda, lo bastante como para que a la distancia la confundieran con un muchacho o con un hombre delgado. Tenía, sin duda, las «manos de mecánico» que Miles había señalado, y Elsie había visto la grasa incrustada bajo las uñas de Clara, una grasa vieja que hablaba de años junto a un banco de trabajo. Y, lo más incriminatorio de todo, Clara llevaba un pesado abrigo de cuero color caoba para conducir y había estado ausente durante ocho minutos al comienzo del desfile, precisamente cuando estaban llevando el Bugatti hacia la cochera.

¿Había sido la historia de Clara sobre las gafas que «recuperó» simplemente una coartada para un encargo más mecánico?

Cecily consideró entonces las otras posibilidades. Estaban el comportamiento frenético del señor Burbage junto al incinerador y los veinte minutos faltantes que Elsie había registrado en el caso del mozo de la carpa, Arthur Higgins. Pero Higgins era un peón. Clara Bowes era quien tenía la pericia para modificar un motor. ¿Y si la «tosquedad» del trabajo en el escape no era falta de conocimiento, sino un intento deliberado de un profesional por hacer que el sabotaje pareciera obra de un aficionado?

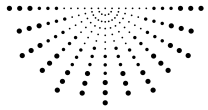
Sé fuerte y valiente. No tengas miedo ni te desanimes, porque el Señor tu Dios estará contigo adondequiera que vayas. Josué, capítulo 1. Lo había memorizado en Francia. El versículo había demostrado ser fiable precisamente en esa clase de circunstancias. Lo retuvo un momento en su interior y dejó que hiciera lo que

siempre hacía: afirmar el suelo inestable sin pretender que fuera sólido.

Luego irguió los hombros, se volvió hacia las escaleras al fondo del corredor y fue a mirar el incinerador.

18

LA INVESTIGACIÓN PRÁCTICA



El incinerador estaba en el extremo este del puesto bajo la carpa, como un pequeño funcionario engreído. Era un cilindro bajo de hierro sobre tres patas, ennegrecido en el borde por usos anteriores, que aún conservaba un calor tenue y sugería que habían prendido su contenido en las últimas horas. La tarde había caído suave y azul grisácea sobre el prado; los castaños se recogían en sus propias sombras, y el último color de la tarde se desvanecía en silencio hacia el oeste. Los manteles blancos ya habían sido doblados y guardados. El gramófono estaba en silencio. Lo que quedaba de la tarde era la hierba aplastada donde habían estado los vehículos, las marcas de las cuerdas en el césped y el incinerador.

Cecily llegó hasta él con Elsie a su izquierda y una linterna en la mano derecha. Se quedó un momento con la mano libre medio extendida hacia la tapa, sintiendo el calor residual subir contra la palma, y dejó que el silencio del prado vacío se asentara a su alrededor. No era un silencio cualquiera, sino que tenía una textura propia: la de un lugar recién abandonado por cientos de personas. No era vacío, sino la respiración contenida de una tarde que aún no terminaba de entregar sus secretos.

Entonces llegó Pip.

Venía desde el macizo de rododendros a una velocidad considerable, con la nariz ya en alto y trabajando con la intensidad concentrada de un terrier que ha identificado un proyecto de importancia nacional y piensa ocuparse personalmente de llevarlo hasta el final. Llegó al incinerador aproximadamente tres segundos antes de que Cecily fuera a alcanzar la tapa, evaluó la situación en una rápida vuelta de reconocimiento, exhaustiva, y se metió en el asunto con autoridad decisiva. Pip consideraba que la recolección de pruebas era, técnicamente, de su competencia.

—Pip... —empezó Cecily.

Pero ya era demasiado tarde.

Pip se metió de hocico primero.

La tapa, que ella estaba a punto de levantar con cuidado, resultó irrelevante. El pestillo del incinerador había quedado sin asegurar, quizá por la prisa de alguien, y Pip había localizado la rendija del borde y se había entregado a ella con la laboriosidad concentrada de un perro que ha encontrado una abertura prometedora y no ve razón alguna para esperar una invitación formal.

Pip salió un momento, miró a sus cómplices con expresión de completa concentración profesional, dejó una pequeña cantidad de ceniza sobre el zapato izquierdo de Elsie como gesto de buena voluntad y volvió a meterse.

—Se va a comer algo —dijo Elsie, con el tono de una mujer que ya había tenido aquella conversación antes.

—Va a encontrar algo —corrigió Cecily, y levantó la linterna para ver mejor.

Cuando Pip por fin salió marcha atrás del incinerador, estaba gris desde la nariz hasta la mitad del lomo. El latón de su collar seguía brillando contra la ceniza, lo que hablaba muy bien de la calidad del cuero. Tenía la expresión de un diplomático que ha encontrado el tratado perdido, y la cola describía aquella rotación lenta y solemne

que Cecily había llegado a entender como la expresión formal de su amor propio.

Llevaba un trozo de papel en la boca.

Cecily se puso en cuclillas.

—Buen chico. Dámelo, por favor.

Pip lo retuvo un instante, el instante necesario para comunicar que lo soltaba voluntariamente y que deseaba que eso quedara perfectamente claro, y luego lo depositó en su mano enguantada con la dignidad solemne de un pequeño embajador extremadamente tiznado que hacía una presentación oficial.

Elsie lo miró.

—Parece el aprendiz de un deshollinador.

—Parece —dijo Cecily, examinando con cuidado el fragmento a la luz de la linterna— un deshollinador que aún no ha alcanzado su plena madurez profesional, pero la persigue con una convicción tremenda.

Pip estornudó sobre su zapato derecho. Una pequeña nube de ceniza se elevó y volvió a asentarse. Después regresó a sentarse a sus pies con la atención serena y evaluadora de un terrier que asiste a una reunión de comité en la que se considera miembro con pleno derecho a voto.

El papel estaba parcialmente quemado en los bordes —marrón y frágil, encorvado donde lo había alcanzado el calor—, el tipo de destrucción incompleta que se produce cuando alguien arroja documentos a un fuego que se apaga antes de terminar su trabajo. Vance, claramente, no había previsto que los incineradores de Ashcombe se vaciaban y se revestían de nuevo al comienzo de cada evento por uno de los muchachos del jardín, lo que significaba que todo lo que se había quemado allí había caído sobre una base limpia y poco profunda y no había quedado tan destruido como quien lo dejó allí había pretendido.

Inclinó la linterna con cuidado sobre el fragmento.

Columnas de cifras. Números de referencia de préstamos, en una letra apretada e inclinada. Dos nombres parciales —podía leer *Higgins & So*— y, más abajo en la página, *—obbs, R. E.*— y una serie de fechas que corrían por el margen izquierdo, la más reciente de marzo de este año. Al pie de la página, donde el fuego la había alcanzado al final, sobrevivía una sola anotación en la misma letra apretada: *según lo acordado, S.V.*

Lo miró un momento.

Luego volvió la vista hacia Elsie.

—S.V. —dijo Elsie.

—Sterling Vance —dijo Cecily—. Llevaba dos años recibiendo correspondencia bancaria en Ashcombe, y conocía la letra de Burbage con la familiaridad de quien ha pasado mucho tiempo descifrando cartas cuyo significado era menos directo de lo que su redacción sugería. La inclinación de los sietes. La manera particular en que formaba la L mayúscula: demasiado estrecha, como si intentara ocupar menos espacio en la página del que estrictamente se le permitía—. Esta es la letra de Burbage.

—Esas referencias de préstamos —dijo Elsie, siguiendo el hilo con la precisión cuidadosa de quien no salta al final antes de asegurar el medio—. Son cuentas comerciales, ¿verdad? Ese formato... lo he visto en las cartas que recibes sobre las cuentas de la granja.

—Sí. —Envolvió el fragmento con sus compañeros —otros tres pedazos, más pequeños pero legibles en partes— en su pañuelo limpio, lo dobló dos veces y lo colocó en el bolsillo de su abrigo con la compostura de quien acaba de obtener la primera pieza de un rompecabezas que piensa completar—. Burbage estaba quemando sus libros de cuentas durante el desfile. Durante la ventana de cuarenta y cinco minutos en que Vance estaba siendo asesinado en la cochera. Lo cual nos dice dos cosas.

—Sabía que Vance estaba muerto —dijo Elsie—. O lo sospechaba firmemente.

—O quiso aprovechar la oportunidad, fuera lo que fuera —concordó Cecily—. O bien mató a Vance y eliminó la evidencia inmediatamente después. O bien descubrió que Vance estaba muerto por algún medio y comprendió de inmediato que cualquier investigación iría directo a sus registros.

Miró el incinerador una última vez.

—Ambas posibilidades lo mantienen en la lista. Una de ellas lo hace considerablemente más peligroso de abordar.

Dejó el incinerador como lo había encontrado, con el pestillo sin asegurar, tal como había estado, porque Fenchurch llegaría a él a su debido tiempo y no tenía interés en ser la persona que había reorganizado su evidencia antes de que llegara. Solo había tomado lo que el fuego había pretendido destruir por completo y no había logrado del todo, y se los entregaría a Fenchurch en el momento adecuado.

La cochera estaba oscura y silenciosa, el Bugatti reposando en su centro con una quietud sellada, ligeramente teatral. Con el motor ya frío, el espacio había adquirido su propio carácter nocturno. El olor a piedra y aceite y el frío particular y mineral de un edificio que conserva la temperatura del suelo mucho después de que el aire arriba se haya calentado o enfriado. La luz de la linterna se movía de manera diferente aquí que la luz del día; se concentraba en lugar de extenderse, y convertía las superficies de metal en una serie de pequeños destellos precisos que casi parecían comunicar algo si sabías cómo leerlos.

Cecily se permitió un solo momento de gratitud y colgó la linterna del gancho sobre el banco de trabajo.

Era el gancho de Miles. Colocado exactamente a la altura y el ángulo para proyectar la mejor luz sobre el trabajo mecánico de precisión,

un detalle que lo decía todo sobre el tipo de mente que lo había puesto ahí.

Se acercó al Bugatti sin apresurarse. Esta era la lección que las salas del hospital le habían enseñado antes que ninguna otra: que un examen realizado con prisa es un examen realizado dos veces, y la segunda vez siempre es peor.

La conexión del colector de escape estaba como la había dejado. Se agachó junto a él con la linterna cerca y lo observó como era debido ahora, sin la limitación de necesitar comunicar sus hallazgos a Fenchurch o la urgencia del hallazgo inicial. Dejó que le dijera lo que sabía.

Primero, las cabezas de los pernos. Acercó el rostro a quince centímetros del soporte del colector e inclinó la linterna. El desgaste no era uniforme. Era más pronunciado en el perno del lado más cercano que en el del lado más alejado, lo que significaba que la persona trabajando había empezado por el lado cercano, se había topado con resistencia, había aplicado más fuerza de la que el ajuste de la herramienta permitía, había redondeado la cabeza, y luego se había movido al perno lejano con la lección solo parcialmente aprendida. Podía leer la secuencia con la misma minuciosidad con que alguna vez había leído la historia clínica de un paciente. Primero el perno cercano, demasiada fuerza, ángulo de la herramienta equivocado, cabeza completamente redondeada. Luego el perno lejano, enfoque ligeramente mejor, aún demasiada fuerza, aún con la llave del tamaño incorrecto, pero logrando justo el agarre suficiente para completar la tarea.

No era un mecánico trabajando en su elemento. Un mecánico trabajando y luego interrumpido a la fuerza, quizá. Las manos conocían el principio. Pero no conocían este taller, estos pernos, estas condiciones.

Luego, el tubo de goma. Lo giró con cuidado por el extremo atascado, sin desprenderlo, limitándose a observar su posición, y confirmó lo que ya había notado antes. Material estándar de

ferretería. Podía fecharlo de manera aproximada por la textura de la vulcanización: fabricación de posguerra, probablemente del último año, antes de que las calidades mejoradas empezaran a usarse más ampliamente. El tipo de tubo que se conseguía en cualquier tienda de repuestos o tienda de suministros generales, vendido en tramos cortos para usos domésticos y agrícolas. No era el material negro reforzado del tercer estante a la izquierda de Miles. No provenía en absoluto de este taller.

Entonces lo vio.

En el borde inferior del soporte del colector. Una protuberancia irregular donde el metal se había doblado apenas hacia afuera bajo el trabajo forzado, formando un pequeño reborde afilado. Una sola hebra de lana oscura, enredada una vez alrededor del metal con la pulcritud inconsciente de un hilo que se ha enganchado y ha sido tironeado, no colocado allí a propósito.

La sacó con las pinzas que llevaba en el bolsillo del abrigo. La sostuvo ante la linterna.

Gris carbón oscuro. Lana peinada basta. Del tipo que se usa en la chaqueta de un trabajador, comprada por su durabilidad más que por su apariencia, que dura cinco años y muestra con honestidad el desgaste en los puños y los hombros.

Puso el hilo sobre una tarjeta limpia, dobló la tarjeta y la guardó en el bolsillo interior, y se puso de pie.

Satisfecha, recogió la linterna y se encaminó a la casa.

Su saloncito privado era la habitación de Ashcombe Hall que realmente había hecho suya. No el salón formal, con sus retratos de antepasados y sus muebles enfáticos, ni el estudio, con su escritorio heredado y su aire de papeles importantes, sino esta: la habitación del primer piso con el asiento de la ventana, el librero que ella misma había llenado y la mesa de escribir colocada en el ángulo que mejor se ajustaba a su particular manera de trabajar. Para cuando

llegó Elsie, ya había dispuesto las pruebas sobre la mesa y colocado las sillas en el ángulo de trabajo, que era —reflexionó— algo claro y muy distinto a simplemente estar sentadas juntas en una habitación.

Los fragmentos quemados del libro de cuentas estaban extendidos en secuencia sobre un paño limpio. El hilo de lana estaba sobre su tarjeta. El cuaderno verde de Elsie estaba abierto en las páginas pertinentes. Cecily había añadido sus propias notas del examen de la cochera con su letra pequeña y compacta, y había esbozado toscamente en el margen de la conexión del colector, con anotaciones.

Elsie se sentó y examinó la disposición con una rápida mirada de confirmación.

—Bien —dijo—. ¿Todo?

—Todo —confirmó Cecily.

Elsie expuso toda la información reunida durante la tarde con la claridad metódica de quien recopilaba información como otros juntaban recibos, con una comprensión nítida de lo que cada dato podía llegar a servir para demostrar.

Clara Bowes: ausente de su vehículo durante ocho minutos después de que comenzó el desfile, alegando que había regresado a buscar sus antiparras. Las antiparras que llevaba puestas al llegar. Elsie lo había confirmado con el encargado de la entrada, quien había anotado la hora de llegada de la señorita Bowes y había mencionado por iniciativa propia que había entrado por la puerta sur con el equipo completo de automovilista —antiparras, gorra y bufanda— a las 9:10 de la mañana.

—Entonces las antiparras estaban con su vehículo —dijo Cecily.

—O estaban en otra parte por completo —dijo Elsie, con la precisión de quien deja una puerta entreabierta—, y la historia de las antiparras fue una conveniencia.

Lord Pendelton: Elsie amplió lo relativo al intercambio del mediodía con Vance cerca de la exhibición de automóviles. El enfrentamiento había sido acalorado. El color de Pendelton había subido hasta lo que Elsie describió como el carmesí propio de un hombre humillado en público y sin vocabulario para responder con eficacia. Vance había dicho algo con una sonrisa. Pendelton no le había devuelto la sonrisa. El intercambio había durado tres minutos y había terminado con Pendelton alejándose a un paso que delataba rabia, pero sin la dignidad de una retirada. ¿Un crimen de pasión, quizá, concebido a toda prisa?

—Engañado con lo del vehículo —dijo Cecily—. Un agravio real y concreto.

—¿Suficiente para matar? —preguntó Elsie.

—Suficiente para un móvil —dijo Cecily—. Que tuviera el temple a la altura del móvil es otra cuestión, y en el caso de Lord Pendelton, tengo mis dudas. —Hizo una pausa—. Aunque dudar no equivale a exonerar.

Arthur Higgins: Elsie confirmó la ausencia de veinte minutos sin mayores explicaciones, porque no hacían falta. La cifra quedó entre ellas con todo su peso. Veinte minutos eran suficientes. Veinte minutos, dada la ubicación del puesto de la carpa y la de la cochera, eran más que suficientes. Cecily la miró y todavía no dijo en voz alta lo que estaba pensando, porque aún no había seguido todos los hilos, y no señalaría a nadie antes de haber seguido cada uno de ellos.

Fue en ese momento cuando Pip, que había estado echado sobre la alfombra frente al hogar, se estiró con la elocuente pantomima corporal de un perro que siente que sus aportes no han sido debidamente reconocidos, se acercó a la mesa e intentó comerse el fragmento más pequeño.

—Pip —Elsie tenía la galleta fuera del bolsillo antes de que la palabra estuviera del todo formada. la atención de Pip se desvió con la

inmediatez propia de un perro para quien las galletas constituyen todo un sistema filosófico. Aceptó la galleta. La masticó con una satisfacción concentrada y meditativa, luego volvió a la alfombrilla de la chimenea, dio dos vueltas, se acostó, y casi de inmediato se quedó dormido, la barbilla sobre las patas, los esfuerzos de la tarde y la galleta habían alcanzado el equilibrio preciso necesario para la paz.

—Va a hacer eso cada vez —dijo Elsie.

—Guardaré los fragmentos en el pañuelo —dijo Cecily.

—Vas a necesitar más galletas —dijo Elsie.

Se oyeron unos golpes en la puerta de la sala de estar. Tres golpes enérgicos e inquisitivos que comunicaban tanto la identidad de quien llamaba como su opinión sobre la hora con perfecta eficiencia.

—Adelante, señora Fotheringill —dijo Cecily.

La señora Fotheringill entró con una bandeja de cena sostenida a la altura que comunicaba que aquello era un servicio que se prestaba, no una actitud que se aprobaba. La bandeja estaba dispuesta con absoluta precisión. Dos tazas, dos platitos, pollo frío en rebanadas, pan con mantequilla, un plato de mostaza y una sopera tapada de lo que olía a sopa de puerro.

Colocó la bandeja sobre la mesita junto al fuego. Miró a Pip en la alfombrilla de la chimenea. Pip siguió durmiendo con la compostura completa del inocente, una oreja temblando ligeramente. La ceniza en su pelaje se había secado hasta formar un gris pálido fino que se había transferido, en un patrón de curioso efecto artístico, a aproximadamente un tercio de la superficie de la alfombrilla.

—La alfombrilla de la chimenea —dijo la señora Fotheringill— era nueva en mil novecientos veintidós.

Cecily tomó aire, hizo una pausa, muy breve, y luego dijo, con la compostura de quien presenta su propuesta más razonable:

—Lo bañaré por la mañana.

—Lo bañará esta misma noche —dijo la señora Fotheringill, y se fue, y su manera de irse dejó absolutamente claro que aquello no había sido una sugerencia.

Elsie cruzó una mirada con Cecily. Cecily miró al techo por un momento, y luego miró la sopa.

—Sirve la sopa —dijo.

Más tarde, después de que Elsie se retirara, Cecily se sentó sola ante el escritorio con la evidencia frente a ella y la mansión en silencio a su alrededor.

Se metió de lleno como siempre lo hacía. No desde afuera, no con un marco impuesto primero, sino de adentro hacia afuera, partiendo de lo que era tangible e incuestionable y siguiéndolo adondequiera que fuera.

El tiempo disponible. Aproximadamente cuarenta y cinco minutos desde que Vance fue visto por última vez dirigiéndose hacia la cochera, solo, hasta que ella y Miles lo encontraron. Suficiente para una persona que supiera lo que pretendía y tuviera los materiales ya a mano.

Las herramientas necesarias. Una llave pesada de tamaño no estándar, algo capaz de ejercer suficiente fuerza para mover el perno. Un tramo de tubo de goma, traído desde fuera del taller o quizás sacado del maletero de un automóvil. El conocimiento para entender, en líneas generales, qué lograría la combinación de un espacio sellado y un motor en marcha.

El conocimiento necesario. Suficiente comprensión de los sistemas de escape para saber qué intentar. No la suficiente precisión práctica para ejecutarlo sin dejar las marcas de forcejeo, o la extraordinaria habilidad de un experto para hacer que pareciera el intento torpe de un aficionado.

Pensó en Miles diciendo que las manos de la persona misteriosa *eran las de un mecánico*.

El recuerdo de Miles acudió, como a veces lo hacía cuando ella trabajaba, no de forma intrusiva, no como una distracción, sino como una especie de punto de referencia, del modo en que un navegante consulta una estrella fija.

Miró el hilo de lana enrollado en su cartón. Miró los nombres parciales en el fragmento del libro de cuentas. Miró los tres hilos, y hacia dónde llevaba cada uno si se seguía con cuidado, y adónde no llevaban.

Sé fuerte y valiente. No temas ni te desanimes, porque el Señor tu Dios estará contigo adondequiera que vayas.

Retuvo el versículo en silencio por un momento, del modo en que una mano en el volante confirma el rumbo sin esperar que el camino sea recto. Había alguien en algún lugar de esta finca que había llevado algo terrible a través de las puertas de Ashcombe Hall hoy, y cualquiera que fuese la forma completa de aquello, le exigiría no prisa, ni el impulso brutal de la conclusión que se da por obvia, sino el trabajo paciente y fiel de quien no teme adonde lleva la verdad.

Tomó la pluma. Escribió tres nombres en la parte superior de una página limpia, en el orden en que pretendía abordarlos.

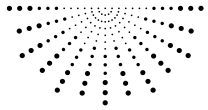
Clara Bowes. Lord Pendelton. Señor Burbage.

Miró la lista. Pensó en el hilo sobre su cartón. Estambre oscuro, hecho para hombros trabajadores, y la mancha plana y permanente de grasa en los dedos de un trabajador de carpas.

Luego cerró el cuaderno, apagó la lámpara y fue a buscar a Pip antes de que la señora Fotheringill lo encontrara primero.

19

EL SECRETO DEL RIVAL



El De Dion no requería estrictamente atención esa mañana. Cecily lo sabía perfectamente, y sospechaba que el De Dion también lo sabía, de esa manera en que una máquina bien mantenida tiene una especie de satisfacción serena, distinta del leve aire de reproche de una que ha sido descuidada. Pero el patio de la finca a primera hora, antes de que la casa alcanzara su impulso pleno de actividad, antes de que la cocina de la señora Fotheringill llegara a ese grado de intensidad organizada que hacía de visitarla toda una maniobra estratégica, era donde Cecily pensaba con mayor claridad, y el De Dion era un pretexto perfectamente razonable para estar allí.

Tenía el capó levantado y examinaba el carburador con la atención concentrada y sin prisa de una mujer que, en apariencia, inspeccionaba una cosa mientras su mente trabajaba en silencio en otra muy distinta. Una habilidad que exigía un interés genuino por la primera para resultar convincente, y ella lo tenía.

La mañana era fresca y traía esa nitidez particular de un día de primavera que aún no había decidido qué iba a ser. Los castaños junto al muro este estaban muy verdes bajo un cielo color lino lavado, y la hierba húmeda todavía conservaba las huellas aplanadas de los vehículos del día anterior. Formas elípticas donde habían

descansado los neumáticos, los fantasmas geométricos del rally que había sido, antes de convertirse en algo completamente distinto.

Pip estaba sentado junto a su pie izquierdo. Olía al jabón de lavanda de la señora Fotheringill, que soportaba con la fortaleza estoica de un soldado que aguanta una indignidad que la historia terminará por reivindicar. El latón de su collar relucía. Su expresión era la de un perro pequeño al que han aseado según un estándar que no pidió ni aprueba, pero que conserva, debajo de la lavanda, una convicción inexpugnable de su carácter esencial.

—Te ves muy bien —le dijo Cecily, sin apartar la vista del carburador.

Pip no dijo nada. Una oreja le dio un solo respingo, y eso bastó como respuesta.

Elsie llegó desde la puerta de la cocina con el paso que usaba cuando tenía algo que comunicar. No corría, porque Elsie no corría salvo en circunstancias de verdad extremas, sino que avanzaba con la eficiencia particular de una mujer cuya zancada parecía ir apenas por detrás de su propósito.

Traía dos tazas de té. Su libreta verde ya estaba abierta en una página nueva.

—No se ha ido —dijo Elsie, ofreciéndole una de las tazas—. Lord Pendelton sigue aquí. Estaba en el comedor de desayuno cuando Mabel fue a poner la mesa. Su equipaje sigue en el vestíbulo. Whitmore dijo que bajó a las siete y le dijo que no se marcharía hasta que el agente Fenchurch confirmara que podía irse.

Hizo una pausa.

—Se ha comido kedgeree y dos rondas de tostadas, y ha pedido una tercera. Mabel dice que tiene cara de hombre que durmió mal y está comiendo para compensarlo.

—¿Sabes? —dijo Cecily, volviendo a colocar la tapa del carburador con un pequeño clic definitivo—. Creo que empezaremos con Lord

Pendelton.

Elsie no pareció sorprendida.

—¿Por ser el más fácil?

—Porque es el más propenso a decirme algo útil por accidente —respondió Cecily—, que no es lo mismo. Los hombres pomposos tienden a representar su inocencia en vez de simplemente tenerla y, por experiencia, esa clase de actuación suele venir cargada de información incidental que de otro modo no ofrecerían.

Se limpió las manos con el paño que llevaba doblado en una presilla del cinturón, terminó su té y miró a Pip.

—Quieto —dijo.

Pip miró el patio. Miró la puerta de la cocina. Miró a Cecily, sopesando sus opciones contra su naturaleza más noble.

—Lo digo en serio —dijo.

Pip se echó al suelo con la elaborada postración de un mártir que aceptaba su destino. Dejó caer el mentón sobre los adoquines con un *toc* de franco reproche.

Lo dejó allí. Unos cuatro segundos después, ya estaba de pie y la seguía por la puerta de la cocina, lo cual, pensó ella, era más o menos lo esperable.

El comedor de desayuno de Ashcombe Hall ocupaba la esquina sureste de la planta baja y recibía la luz de la mañana por dos ventanas altas que daban al jardín del parterre. Era una sala pensada para esa clase de desayuno apacible y sin prisas propio de cierto tipo de mañana en una casa de campo. Sin prisas era, en aquella ocasión en particular, un término relativo, dado que en la sala estaban Lord Pendelton en un estado de visible incomodidad, Lady Fenella en uno de magnífica compostura y Canon Bott en uno de entusiasmo intelectual apenas contenido que ponía ligeramente nerviosos a todos los presentes.

Pendelton iba vestido correctamente. Ahí estaban los plus-fours, los calcetines argyle y los zapatos brogue de dos tonos. Pero el conjunto tenía un aire de corrección mecánica más que de aplomo seguro. Llevaba la ropa puesta, pero no la habitaba, como un hombre que había reunido su armadura habitual y descubría que le ofrecía menos protección de la esperada.

Lady Fenella estaba sentada a la cabecera de la mesa con la autoridad inmóvil y placentera de una mujer que asiste a un entretenimiento que ha superado las expectativas razonables. Duchess estaba acomodada en la silla de al lado. Lady Fenella comía riñones picantes y ofrecía un comentario pormenorizado sobre los acontecimientos de la tarde anterior a toda la sala, lo que significaba, en la práctica, a Lord Pendelton, dado que Duchess no registraba respuestas visibles y el lacayo había desarrollado un interés concentrado en el aparador.

—Por supuesto, en mis tiempos —decía Lady Fenella—, la respuesta correcta ante el hecho de que un hombre de esa clase te estafara un automóvil habría sido retarlo a algo. Una carrera, idealmente. Mucho más civilizado que lo que finalmente ocurrió en la cochera. —Extendió la mano hacia la mermelada—. Aunque supongo que la dificultad con las carreras de automóviles como medio para resolver disputas es que requiere que ambas partes sobrevivan la velada, lo cual le quita un poco el sentido en este caso.

—Buenos días —dijo Cecily con amabilidad, y tomó la silla frente a Pendelton.

Canon Bott levantó la vista de su cuaderno con la expresión de un hombre que ha estado en medio de una oración especialmente fructífera e intenta sostener tanto esa como el requisito social de reconocer a un recién llegado de forma simultánea. Tenía un lápiz detrás de cada oreja. También tenía mermelada en el puño izquierdo, lo cual no había notado.

—¡Lady Ashcombe! —dijo—. Estaba justo... es decir... he estado tomando algunas notas. Observaciones generales. Ambiente general,

ya sabe. Nada específico —palmeó su cuaderno con la eficiencia ligeramente culpable de un hombre que cubre algo que acaba de decidir que es mejor cubrir—. Nada en absoluto específico.

—Qué reconfortante —dijo Cecily, y miró sus lápices—. Tiene mermelada en el puño.

Bott miró su puño.

—Ah —dijo—. Así es. —Extendió la mano hacia su servilleta, se arrepintió, la extendió de nuevo y logró una mejora parcial—. El asunto del... es decir, el sistema de escape. Monóxido de carbono vehicular. Fascinante. Desde un punto de vista técnico —captó la expresión de Pendelton y añadió, con apresurado instinto pastoral—: Terrible, por supuesto. Completamente terrible. El factor humano es... sí. Espantoso —escribió algo en su cuaderno, hizo una pausa y escribió algo más—. La herramienta requerida para ese tipo de trabajo en el colector —añadió, con el aire distraído de quien piensa en voz alta más que de quien conversa— necesitaría ser de un tamaño no estándar, ¿no es así? Para producir ese particular... es decir, Silas necesitaría saber. Por precisión —levantó la vista, pareció recordar dónde estaba y añadió—: Asunto terrible. Sí.

—Arthur —dijo Lady Fenella a Lord Pendelton, con la familiaridad cordialmente afilada de quien lo conoce desde antes de que sus opiniones merecieran ser contradichas—, te ves como si hubieras dormido dentro de tus propios remordimientos. Toma más tostadas. No ayuda, pero pasa el tiempo.

Pendelton abrió la boca.

—Más tostadas —repitió Lady Fenella.

El lacayo, mostrando o bien excelentes instintos o un instinto muy desarrollado de autopreservación, apareció junto al codo de Pendelton con la rejilla de tostadas antes de que se requiriera más discusión.

Cecily se tomó su tiempo con el desayuno. Esto era deliberado. La manera más rápida de poner a un hombre nervioso aún más a la defensiva era abordarlo directamente mientras todavía estaba lidiando con su propia ansiedad, y Lord Pendelton evidentemente estaba en ese proceso. Dejó que la conversación fluyera alrededor de la mesa. Lady Fenella sobre los méritos relativos de los riñones picantes frente a un enfoque más continental del desayuno, Canon Bott sobre la cuestión de si Henry James había escrito alguna vez algo que pudiera describirse razonablemente como consolador, y Pendelton limitándose a monosílabos cada vez menos coherentes. Cecily observó y esperó el momento en que el malestar de Pendelton estuviera al máximo y sus defensas al mínimo.

Pip, que se había instalado debajo de la mesa, aceptó un trozo de tocino del plato de Cecily sin hacer el menor ruido, lo cual representaba, viniendo de él, un nivel de discreción social que ella consideraba notable.

A las nueve y veinte, dejó su taza, sonrió a la mesa con la calidez de una mujer que ha sido una compañera de desayuno genuinamente agradable y tiene toda la intención de seguir siéndolo, y dijo:

—Lord Pendelton, me preguntaba si le importaría echar un vistazo al césped conmigo. Los vehículos dejaron bastante maltratada la sección sur y me gustaría una segunda opinión antes de hablar con el encargado del jardín.

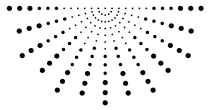
Pendelton, cuyo alivio ante la perspectiva de verse libre de la atención constante de Lady Fenella era casi visible, se puso de pie tan rápidamente que su silla rechinó.

—Por supuesto —dijo—. Sí. El césped. Desde luego.

Lady Fenella lo observó irse con diversión manifiesta.

Canon Bott escribió algo en su cuaderno, lo subrayó y lo rodeó con un círculo dos veces, con el aire absorto y satisfecho de un hombre que acaba de encontrar un hilo del que piensa tirar largo rato.

20
LO QUE TENÍA QUE GANAR



El huerto de la cocina ocupaba el cuadrante sudoeste amurallado de los terrenos, separado del parterre formal por un arco de ladrillo antiguo que, desde aproximadamente 1890, iba ganando en lo pintoresco lo que perdía en lo estructural. El sendero entre ambos era ancho y silencioso, bordeado por lavanda que aún no había florecido y manzanos en espaldera contra el muro sur, y a esta hora tenía la paz particular y productiva de un huerto en las horas de trabajo de la mañana. El aroma de la buena tierra oscura calentándose lentamente, el tenue aroma vegetal de los brotes nuevos, la sensación callada de que todo cumplía con su labor.

Los arbustos de grosellas de la señora Fotheringill ocupaban el bancal oeste en tres hileras precisas. Estaban estacados, protegidos con redes y atendidos con la atención devota y concentrada que declaraba, sin ambigüedad alguna, que estaban bajo su protección personal y que cualquier interferencia con su bienestar sería considerada una afrenta directa a su autoridad y tratada en consecuencia.

Cecily no miró los arbustos de grosellas de inmediato.

Dejó que Pendelton admirara los manzanos en espaldera por un momento, y el calor resguardado por los muros al sur, y le permitió

el pequeño alivio de un espacio donde nadie lo observaba excepto ella, algo que, según había descubierto, la gente solía encontrar más fácil que ser observada por todos.

—Sterling Vance —dijo con amabilidad, examinando una flor de manzano con toda la apariencia de interés—, no era, creo yo, un hombre que hiciera amigos con facilidad.

Pendelton asimiló esto por un momento. La fanfarronería asomó, pero no llegó a manifestarse.

—Era —dijo, con la mesura deliberada de quien pesa cada palabra— un verdadero sinvergüenza.

—Cuénteme sobre el automóvil —dijo Cecily. Lo miró entonces, con la atención directa y franca que dedicaba a lo que genuinamente quería comprender—. No porque necesariamente importe para lo que sucedió ayer, sino porque creo que entender qué clase de hombre era importa mucho.

Algo en la franqueza de la pregunta, o en la implicación de que pedía comprensión y no una confesión, hizo que Pendelton se relajara visiblemente. Miró el manzano. Luego miró los arbustos de grosellas. Entonces le contó.

Había sido un Rolls-Royce Silver Ghost de 1912. Uno particular, no simplemente un tipo, la clase de vehículo que existe en el punto en que un automóvil deja de ser una máquina para convertirse en un testimonio. El propietario anterior había sido persuadido, mediante medios que Pendelton describió como «de la clase que uno no puede demostrar del todo pero que reconoce al instante», de venderle a Vance a un precio significativamente por debajo del valor acordado del vehículo, sobre la base de información acerca del vendedor que Vance había obtenido a través de canales que no admitían escrutinio. Pendelton había estado negociando por el mismo vehículo durante ocho meses. Había sido, en la práctica, dejado fuera del trato sin que nadie le informara de que la negociación continuaba.

—Debió de enfurecerse —dijo Cecily, genuinamente indignada en su nombre. Esto era lo que solía pasar desapercibido bajo los bombachos y la fanfarronería de Pendelton. Lo habían agraviado en serio, de una manera mezquina y deliberada; lo sabía, y no podía hacer nada al respecto.

—Lo estaba —dijo Pendelton. Apartó la mirada con el gesto de un hombre que se contiene—. Lo enfrenté aquí. Ayer, antes del desfile. Él estaba... —Hizo una pausa; Cecily lo vio sopesar y descartar varias palabras—. Sonrió —concluyó Pendelton—. Eso fue lo peor. Sonrió mientras me decía que era todo perfectamente legal y que debía aprender a ser más rápido si quería algo. —Se enderezó, con la dignidad un poco incómoda de un hombre que ha recompuesto su compostura tras revelar más de lo que hubiera querido—. Le dije lo que pensaba de él y luego me alejé, porque no quedaba nada más por hacer.

—¿Y entonces? —preguntó Cecily.

Pendelton miró los arbustos de grosellas de nuevo. La pausa fue a la vez elocuente y ligeramente angustiosa.

—Y luego —dijo él, con la torpeza de un hombre que hace una confesión pero descubre que hacerla es más difícil de lo previsto—, quizá fui a la cocina.

—Por la mermelada de la señora Fotheringill —dijo Cecily.

Siguió un silencio breve y llano.

—Lo habían mencionado —dijo él—. Uno de los muchachos del jardín dijo que era... —hizo otra pausa— lo mejor de lo mejor. Ésas fueron sus palabras exactas. Yo estaba un tanto alterado después del asunto con Vance, y el desfile estaba por comenzar, y pensé, es decir, me pareció que...

Se detuvo.

—Fui a la cocina —dijo, con sequedad rotunda—. Encontré la mermelada. Puede que comiera una cantidad considerable.

—Y la señora Fotheringill volvió.

—Volvió —confirmó Pendelton— con una brusquedad que me resultó... inesperada. Fue muy clara al respecto.

Se acomodó la chaqueta.

—Estuve allí durante todo el desfile —dijo—. Entero. Desde antes de que empezara hasta algún tiempo después de que... hasta que el asunto en la cochera ya había ocurrido. Ella puede confirmarlo.

Cecily lo miró, sabiendo que aquella conversación le había costado mucho, y deseando que su dignidad se retirara con algo de lo que esa conversación le había costado.

—Gracias —dijo—. Sé que eso no fue fácil de decir.

Pendelton dejó escapar un pequeño sonido que intentó ser desdeñoso y terminó pareciéndose más a la gratitud.

—Debería mencionar algo... —dijo en voz baja—. Esta mañana estaba pensando en la secuencia de los hechos, y recordé que, durante la confrontación con Vance, cerca de la carpa, había un hombre allí. Un trabajador. Uno de los hombres de la carpa. Un hombre pequeño pero robusto, endurecido por el trabajo, noté. Caminaba con una cautela pesada, como si quisiera que su presencia fuera tan discreta como su traje de tweed. Llevaba la gorra plana calada hasta las cejas. Intentó hablar con Vance; tenía el aspecto de un hombre que llevaba ya un buen rato intentándolo y que por fin había logrado acercarse lo suficiente para hacer el intento.

Hizo una pausa.

—Vance se apartó de él. Ni siquiera lo miró bien. Dijo algo. No oí las palabras; yo estaba a cierta distancia. Pero era ese tono que uno usa cuando despacha algo que ya ha decidido que no existe.

La miró.

—El hombre parecía, en fin... parecía un hombre para quien esa no era la primera vez, y no era cosa menor. En absoluto una cosa menor.

Se aclaró la garganta.

—Pensé que podía ser relevante.

—Podría serlo —dijo Cecily, archivándolo para después—. Gracias, Arthur.

Rara vez usaba su nombre, y él lo recibió como se recibe algo que no sabía que necesitaba, con una fracción de sorpresa y bastante más calidez de la que habría esperado de sí mismo.

Asintió una vez, con brusquedad, y se alejó por el sendero del jardín.

Cecily lo vio alejarse, fijándose en el porte rígido y herido de sus hombros. Era una retirada táctica que no se detuvo en la verja del jardín. Para las once, Whitmore informó que su señoría había pedido el carro de la finca para llevar sus baúles al Codding Arms. Después de que su dignidad quedara exhaustivamente desmantelada por un frasco de mermelada de grosella espinosa, Pendelton evidentemente encontraba la atmósfera de Ashcombe Hall demasiado poco respirable para su gusto. Esperaría la exoneración formal del agente Fenchurch en el terreno neutral de la posada del pueblo, donde el personal no era testigo diario de sus indiscreciones domésticas.

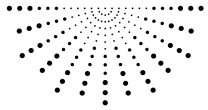
Cecily se quedó sola en la huerta, con el calor de la mañana en la espalda, mientras el hilo del que había estado tirando la acercaba cada vez más a lo que fuera que tuviese atado al otro extremo.

Todavía no le puso nombre. Le quedaban dos nombres en su lista formal, y los seguiría por completo y en orden, porque eso era lo que exigía la verdad y porque no era de las personas que llegaban a una conclusión antes de que las pruebas llegaran hasta ella.

Fue a buscar a la señora Fotheringill.

21

QUEDAN DOS NOMBRES



La cocina estaba cálida por el olor a pan y la tenue dulzura de las hierbas secas colgadas de la viga baja sobre la estufa. Era esa calidez doméstica particular de una habitación que llevaba activa desde antes del amanecer y seguiría así hasta mucho después del anochecer. La señora Fotheringill estaba de pie junto a la mesa central con un tazón de masa de pan, las manos moviéndose con la eficiencia rítmica y autoritaria de una mujer para quien aquella tarea no requería ni concentración ni conversación.

Levantó la vista cuando entró Cecily. No dejó de amasar.

—Lord Pendelton —dijo Cecily—. En la cocina durante el desfile. Lo encontró.

Las manos de la señora Fotheringill siguieron trabajando.

—Lo encontré —dijo—. En la alacena. Con la mermelada de grosella espinosa.

Hizo una pausa de aproximadamente tres segundos, en la que todo el peso de aquel descubrimiento estuvo presente sin necesidad de explicación.

—Tenía una cucharita de té.

—¿La suya o la de la cocina?

—La de la cocina —dijo la señora Fotheringill—. Se había servido por su cuenta.

Plegó la masa mientras reprimía sus opiniones al respecto con admirable moderación.

—Estaba ahí cuando empezó el desfile. Seguía ahí cuando regresé. Había ido al armario de la ropa blanca, que está a unos veinte minutos como mínimo. Estuvo en la cocina todo ese tiempo. —Miró a Cecily—. No salió. Lo habría oído.

—Gracias, señora Fotheringill —dijo Cecily—. Siento mucho lo de la mermelada.

—La mermelada —dijo la señora Fotheringill— era de la primera tanda de la temporada.

Volvió la masa una vez más.

—Dejó el tarro limpio.

Cecily no dijo nada, porque no había nada adecuado que decir sobre vaciar la primera hornada de una conserva premiada cuidada desde el otoño anterior. Simplemente adoptó una expresión de pesar en su justa medida y respetó la gravedad del momento.

Había, pensó, una clase particular de confianza entre dos mujeres que habían sacado adelante la misma casa en tiempos de dificultades considerables. Nada blanda, nada sentimental, sino sólida, como lo son las cosas que han sido puestas a prueba y han resistido. Estaba agradecida por ello, y pensó que la señora Fotheringill lo sabía sin necesidad de que se lo dijera.

—El agente Fenchurch —dijo la señora Fotheringill, sin cambiar el tono— se tomó cuatro tazas de té y empezó a dar su opinión sobre las galletas. Ya repuse la lata que está junto a la ventana del patio. Si vuelve, hay más galletas de mantequilla en la despensa.

—Cuando vuelva, haga lo posible por tenerlo cómodo —dijo Cecily—. Está haciendo lo mejor que puede.

—Así es —convino la señora Fotheringill—. Por eso le di las Ginger Snaps.

Cecily salió por la puerta de la cocina y encontró a Elsie en el pasillo de afuera, apoyada contra la pared con su libreta.

—Pendelton —dijo Cecily.

—¿Descartado? —dijo Elsie.

—Completamente.

Siguió caminando, y Elsie se acomodó a su paso, a su lado.

—Estuvo en la cocina desde antes de que empezara el desfile hasta después de la muerte. La señora Fotheringill lo confirma sin reservas.

—La coartada de la mermelada de grosella espinosa va a convertirse en leyenda del pueblo —dijo Elsie.

—Sospecho que ya lo es —dijo Cecily—. También vio a Vance despedir al mozo de la carpa cerca de la marquesina. El hombre que andaba rengueando.

No dio más explicaciones.

Elsie lo anotó. No comentó lo que eso implicaba.

Llegaron a la puerta del vestíbulo y Cecily se detuvo.

—Dos nombres —dijo—. Clara Bowes primero. Luego Burbage.

—Voy a averiguar dónde se hospeda la señorita Bowes —dijo Elsie—. El registro del organizador tenía su dirección.

—Bien.

Miró la libreta de Elsie.

—¿Algo más de esta mañana?

Elsie volvió dos páginas atrás.

—Arthur Higgins —dijo, con cuidadosa neutralidad—. Le pregunté a Thomas, que estaba en el puesto de la carpa ayer por la tarde. Confirmó que Higgins formaba parte del equipo de la carpa. También confirmó...

Miró la página, como si verificara la exactitud de sus palabras, aunque Cecily estaba bastante segura de que ya las tenía bien presentes.

—Confirmó que Higgins había estado preguntando, a principios de semana, si el señor Vance iba a asistir al rally. Preguntándolo expresamente.

Cecily exhaló en silencio y miró la ventana al final del pasillo. El césped del otro lado seguía marcado por las huellas fantasmales de los neumáticos de los vehículos del rally, surcos difusos en el césped aún húmedo.

—El puesto de la carpa —dijo—. Mañana, a primera hora, quiero revisarlo como es debido. Cada centímetro de terreno entre el puesto de la carpa y la cochera. —Hizo una pausa—. Y quiero averiguar dónde está hoy Arthur Higgins.

—Ya está en marcha —dijo Elsie, que era la respuesta que Cecily esperaba y no por ello le agradeció menos.

Desde el comedor de desayuno llegó, tenue pero con absoluta claridad, la voz de Lady Fenella.

—Y canónigo Bott, ya le he dicho tres veces que la mermelada en el puño de la manga no mejora con el paso del tiempo. La servilleta está justo a su izquierda. No. Su izquierda.

Y la respuesta de Bott, con esa cualidad suave y un poco aturdida de un hombre que ha estado escribiendo y manteniendo al mismo

tiempo una conversación sobre el cuidado de las telas, y al que la combinación le resulta agotadora:

—Sí. Sí, claro. Yo solo estaba... verá, la cuestión de la herramienta no estándar, para Silas... la medida tendría que... sí. —Hizo una pausa—. ¿Esto es la servilleta?

—Eso —dijo Lady Fenella— es la mantequillera.

Cecily se permitió un único y silencioso momento de gratitud completa y genuina por Lady Fenella, por la mantequillera y por esa cualidad particular de una mañana en una casa de campo inglesa que consigue ser, incluso bajo la sombra de una investigación por asesinato, no del todo carente de consuelos.

Luego subió las escaleras para averiguar dónde se hospedaba Clara Bowes y qué, exactamente, había hecho con aquellos ocho minutos perdidos.

Iba a medio camino por la escalera principal, con los pensamientos ya ordenándose en torno a Clara Bowes y a la cuestión de las gafas, cuando descubrió qué le había pasado al calcetín argyle de Lord Pendelton.

Pip estaba en el cuarto escalón desde arriba, entregado a lo que, siendo generosos, podía describirse como una evaluación exhaustiva de las propiedades estructurales del calcetín. El calcetín, de rombos color crema y azul marino, hermosamente hecho, de esa clase de calcetería que sale de un cajón particular de una tienda particular de Jermyn Street y no se reemplaza sin cierta ceremonia, ofrecía ya muy poca resistencia estructural a esas alturas de la evaluación.

—Pip —dijo Cecily.

Pip la miró. Miró el calcetín. Hizo ese cálculo honesto y desprevenido de costos y beneficios que hace un terrier antes de decidir si, en esta ocasión, portarse bien vale la pena... y luego se sentó y le tendió el calcetín.

Elsie, que llegaba al pie de la escalera, echó una sola mirada al calcetín y sacó una galleta del bolsillo.

Pip soltó el calcetín. Aceptó la galleta. La masticó con ese aire meditativo y satisfecho que sugería que el trabajo de la mañana estaba terminado.

Cecily recogió lo que quedaba del calcetín. Ella y Elsie lo miraron juntas. Según cualquier criterio razonable, había dejado de ser un calcetín en cualquier sentido funcional.

—No se lo decimos —dijo Elsie.

—De ninguna manera se lo decimos —convino Cecily, y dobló lo que quedaba para guardarlo en el bolsillo del abrigo, que empezaba a estar bastante lleno de cosas que pensaba examinar más tarde, aunque aquel era quizá el objeto de menor valor probatorio entre todos los que albergaba en ese momento.

Siguió subiendo la escalera. La mañana aún era temprana, la investigación se estaba estrechando y quedaban dos nombres en la lista.

Chapter 8

La piloto despreciada

El De Dion cubrió el camino a Little Codding sin contratiempos, y Cecily lo notó con discreta satisfacción. El motor funcionaba con su nota uniforme habitual, un sonido que conocía del mismo modo en que se conoce una voz familiar, por su cualidad y sus pequeñas variaciones. El camino se desplegaba ante ellas entre altos setos de espino que olían a cosas verdes y tierra húmeda, y a la frescura particular de una mañana primaveral que, por fin, había decidido qué pretendía ser. Los setos a ambos lados hacían su mejor imitación de respetabilidad, frescos y compuestos, demasiado ordenados para un pueblo que estaba, lo supiera o no, en medio de una investigación de asesinato.

Elsie iba sentada en el asiento del pasajero con su cuaderno verde abierto sobre la rodilla, con su sombrero cloché en el ángulo que usaba cuando estaba pensando, en vez de simplemente llevarlo puesto. Pip ocupaba el estrecho espacio detrás de los asientos con la confianza alerta y posesiva de un terrier que considera el De Dion su vehículo personal y le concede a Cecily su uso como una concesión razonable. Todavía olía, levemente, a jabón de lavanda, un hecho que seguía manifestando mediante un silencio sostenido y digno.

—Las gafas —dijo Cecily, sin preámbulos, aprovechando el camino vacío.

—Las gafas —dijo Elsie—. Llegó a la puerta sur con ellas. El comisario de pista las anotó específicamente. Equipo completo, dijo. Gorra, bufanda, gafas. Y luego durante el desfile regresó por ellas.

—Lo que significa que o las dejó en algún sitio y luego las recuperó —dijo Cecily, sorteando una curva suave con una mano en el volante

—, o fue a algún otro lugar por completo y las gafas fueron la excusa que inventó para justificar su ausencia.

—Ocho minutos —dijo Elsie.

—Ocho minutos. —Cecily guardó silencio un momento, observando cómo el camino se desenrollaba ante ella—. Seguramente no es tiempo suficiente para llegar a la cochera y volver desde el campo de desfile.

—La grasa bajo las uñas.

—La grasa bajo las uñas —convino Cecily—. Puede decirnos exactamente qué estaba haciendo durante esos ocho minutos, a menos que eso sea lo que lo mató.

Cambió de marcha con suavidad cuando el camino comenzó un descenso leve, sintiendo la respuesta familiar del pedal, el acople preciso entre conductor y máquina al engranar la marcha—. Lo que necesito de ella es la verdad sobre el carburador. Y luego necesito saber qué vio.

Elsie escribió algo en su cuaderno. Pip, detrás de ellas, emitió un pequeño ruido que pudo haber sido de aprobación o el inicio de una investigación sobre algo que había detectado en la tapicería.

Little Codding lucía su habitual encanto bien ordenado, ajeno por completo a que esa no era mañana para encantos, sino para información. El correo matutino había llegado. La bicicleta del cartero estaba apoyada contra la pared fuera de la tienda general, y la señora Hartley de la casa al fondo del prado estaba de pie en el umbral leyendo lo que parecía ser una carta bastante importante, a juzgar por su expresión. La panadería tenía la puerta abierta y despedía un cálido aroma a levadura hacia el camino. Dos perros grandes, amigables y con las patas embarradas sostenían un detenido encuentro social en medio de la calle, lo que obligó a Cecily a detenerse diplomáticamente hasta que resolvieran el asunto.

Pip se sentó muy derecho y observó esto con la expresión de un perro que contempla una reunión informal de la cual ha sido socialmente excluido.

Mientras avanzaba lentamente con el De Dion, la atención de Cecily se posó en la figura visible a través del cristal del Banco de Ahorros de Little Codding. Burbage. Estaba de pie junto a la ventana, sin trabajar, sin moverse con esa diligencia afectada que normalmente desplegaba cuando era visible para el público. Simplemente de pie, una mano contra el marco, mirando hacia el prado del pueblo con una expresión que nada tenía que ver con la afabilidad servil que llevaba como su uniforme profesional.

Había visto a hombres llevar esa expresión antes. No la expresión de un hombre construyendo una historia cuidadosa, sino la expresión de un hombre que ya ha vivido con su historia el tiempo suficiente como para que esta haya comenzado, en la madrugada, a vivir con él. La culpa sobre la que se ha tomado una decisión y se ha actuado en consecuencia es, había observado, algo muy distinto de la culpa que solo se ha sentido. Tenía un peso particular. Ya no la inquietud de una conciencia que todavía regatea, sino el peso muerto de algo ya hecho que ahora solo queda cargar. Burbage cargaba con algo. Fueran los libros de cuentas o algo peor, aún no lo sabía, pero el peso se veía en la línea de sus hombros y en la opacidad de su mirada.

La vio. Estaba segura de ello. El leve cambio en su postura, la mano cayendo del marco de la ventana, la recuperación de compostura que fue apenas una fracción demasiado deliberada para ser natural. Ella no dio indicación alguna de haberlo notado, y siguió conduciendo.

—Burbage está vigilando la calle —dijo Elsie, sin levantar la vista de su cuaderno.

—Lo sé —dijo Cecily—. Llegaremos al señor Burbage. —Sorteó a los perros sociables—. Mañana, creo. Dejémosle el día de hoy para tomar las decisiones que vaya a tomar. Los hombres asustados que

han tomado malas decisiones son considerablemente más útiles una vez que han tenido tiempo suficiente para asustarse más a sí mismos.

Elsie consideró esto.

—Práctico —dijo.

—Posiblemente cruel —dijo Cecily, en el tono de quien conoce bien ese precio.

El Codding Arms se alzaba al extremo del pueblo donde la calle principal se curvaba hacia el sur, una posada de posta respetable del tipo que proporciona habitaciones y cenas al viajero en apuros desde el siglo anterior y ha desarrollado, durante ese tiempo, una filosofía muy clara sobre lo que los huéspedes pueden esperar razonablemente y lo que no. Su letrero, un brazo heráldico sosteniendo algo que originalmente pudo haber sido una antorcha pero que había sido repintado suficientes veces como para que ahora se pareciera a una zanahoria un tanto entusiasta, se mecía suavemente en el aire matutino.

A través de la ventana delantera de la posada, cuando Cecily detuvo el De Dion en el patio, distinguió una figura conocida en una mesa junto al hogar. Lord Pendelton, recién instalado en la mejor habitación delantera de la posada, se afanaba con lo que parecía un plato muy abundante de carnes frías a una hora en la que esas viandas no solían apetecer. Tenía la expresión particular de un hombre que había dormido mal, había pensado largamente y había llegado a la conclusión de que adelantar el almuerzo unas tres horas quizás le daría más claridad que todo su raciocinio. Iba por su segundo panecillo. Tenía la expresión de un hombre que estaba comiendo *a causa de* algo. Otra vez.

Cecily tomó nota de ello y bajó del automóvil.

Se quedó inmóvil un momento, escuchando, y oyó justo lo que esperaba oír: desde la parte trasera del edificio, ese sonido metálico

concentrado de un trabajo mecánico deliberado. Una serie de pequeñas intervenciones precisas con una herramienta sobre un componente reacio, seguidas de una pausa y luego del clic característico de algo que encontraba su posición correcta. El sonido de quien sabía lo que hacía.

Elsie miró en la dirección de donde venía el sonido.

Dieron la vuelta.

Clara Bowes estaba bajo el capó de su automóvil.

No de una manera vaga o tentativa, como quien abre el motor para ver qué encuentra, sino de la manera específica, resuelta y comprometida de una mujer que ha identificado un problema, ha localizado su origen y está en proceso de resolverlo con la eficacia concentrada de alguien para quien el mundo mecánico resulta bastante más cooperativo que el mundo social. Llevaba su abrigo de cuero de automovilismo, el cabello corto echado detrás de las orejas, y tenía una pequeña mancha de grasa en el pómulo izquierdo que o bien no había notado o bien no había considerado pertinente para el asunto.

El automóvil en sí era un Sunbeam de carreras modificado, tipo tourer. Una clase de vehículo que comunicaba, sin disculpas ni atenuantes, que había sido construido para un solo propósito y que opinaba con firmeza de que se lo usara para cualquier otra cosa. Era de un verde oscuro, profundo e inflexible, y reposaba en el patio de la posada con la quietud contenida de una máquina que simplemente está en reposo y podría ser algo muy distinto en cualquier momento.

Pip salió de detrás de la rodilla izquierda de Cecily, observó el Sunbeam y llegó a una conclusión. Se acercó despacio para efectuar una inspección formal. Hocico bajo, avanzó con ceremonia deliberada por el costado más próximo, deteniéndose a intervalos para cotejar lo que le decía la nariz con sus expectativas profesionales. Llegó al neumático trasero de ese lado, investigó algo

detrás de él con una intensidad breve pero concentrada y reapareció con un pedazo de galleta muy vieja que, presumiblemente, llevaba allí desde la anterior aparición del vehículo en un rally, y lo alzó para que Clara lo inspeccionara.

Clara miró la galleta. Miró a Pip. Luego, a pesar de sí misma, se rió. Un sonido breve y genuino, contenido enseguida, pero real.

—Una de las mías —dijo, dirigiéndose a la galleta con el tono de una mujer que reconoce a una vieja conocida—. El circuito de Cheltenham. Marzo.

Miró a Cecily.

—¿Es suyo?

—Se considera bastante independiente —dijo Cecily—, pero sí, técnicamente.

Clara volvió su atención al motor un momento y terminó lo que estaba haciendo. Clara no era el tipo de persona que dejaba un trabajo a medias. Luego se enderezó y se limpió las manos en el paño que llevaba en el cinturón.

—Lady Ashcombe —dijo.

No era una pregunta. No era cálido, exactamente, pero tampoco hostil. El tono de una mujer que había estado esperando esa visita y había tenido tiempo para decidir cómo pensaba recibirla.

—Señorita Bowes.

Cecily miró el Sunbeam con auténtica atención.

—¿Compresor?

Algo cambió en la expresión de Clara: el ajuste inconsciente de una persona que había estado preparándose para un tipo concreto de conversación y acababa de recibir otra distinta.

—De tipo Roots. Lo instalé en febrero. La relación aún no está ajustada. La potencia está ahí, pero la entrega se vuelve irregular por encima de las cincuenta millas.

Miró el motor con la expresión apenas satisfecha de una artesana que sabe exactamente qué está mal, pero no exactamente qué hará falta para corregirlo.

—Ya saldrá.

—El Roots no perdona a altas revoluciones —dijo Cecily, estudiando el montaje con lo que Elsie describiría más tarde como la mirada que pone cuando de verdad se le olvida que hay una investigación por asesinato en marcha—. ¿Ha considerado la relación de la polea?

Clara se quedó inmóvil medio segundo.

—Usted sabe de compresores.

—Mi De Dion está en el patio —dijo Cecily—. Sé lo que he tenido que aprender.

Levantó la vista del motor y sostuvo la mirada de Clara con la franqueza directa, sin adornos, que era simplemente su modo habitual de dirigirse a los demás.

—Y sé qué puede hacerse en ocho minutos y qué no.

El momento se prolongó. Clara tenía las manos a los costados. Elsie, junto al hombro de Cecily, no había abierto su libreta, porque no era un momento para libretas. Era un momento para la quietud y para lo que Clara Bowes decidiera hacer con ella.

—Las gafas —dijo Clara, con tono llano.

—Las llevaba con usted cuando llegó —dijo Cecily, con esa misma serenidad directa—. El encargado de la puerta tomó nota. Equipo completo.

Clara miró el Sunbeam. Miró a Pip, que se había acomodado junto a la rueda trasera. Luego miró a Cecily.

—No toqué el escape —dijo.

—Siga —dijo Cecily.

Otro instante de silencio. Clara alzó apenas el mentón.

—El carburador —dijo.

—Sí —dijo Cecily.

Clara guardó silencio un momento. Luego dijo, con la entonación llana y precisa de una mujer que había tomado una decisión y la estaba ejecutando sin teatro:

—Siéntese, entonces. Esto va a llevar un minuto.

A lo largo del lado sur del patio de la posada corría un muro bajo de piedra, lo bastante ancho para sentarse y tibio por el sol de la mañana, y Clara Bowes se sentó en él con los codos sobre las rodillas y las manos entre una y otra.

Elsie se sentó a una distancia prudente y abrió su libreta en silencio. Pip se acomodó entre Cecily y Clara con la buena voluntad de quien se mantiene neutral y ofrece apoyo moral a ambas partes. Clara lo miró por un momento, y la línea alrededor de su boca se suavizó.

—Manipulé su carburador —dijo, sabiendo que, en ese momento, la verdad era lo más conveniente—. Ajusté la válvula de la aguja. Suficiente para causar una alimentación irregular de combustible. Suficiente para que el Bugatti tosiera y fallara durante la vuelta de desfile, y en el mejor de los casos se detuviera en el lado más alejado del césped, frente al público más numeroso. —Hizo una pausa—. No lo suficiente para poner en peligro a nadie. En ningún lugar cerca del sistema de escape. El motor habría funcionado mal y luego se habría detenido. Eso es todo.

—¿Por qué? —preguntó Cecily, no como un interrogatorio, sino con genuina curiosidad.

Las manos de Clara se juntaron brevemente.

—Logró que me vetaran.

Lo dijo con sencillez. Cecily esperó, y ese silencio fue respuesta suficiente. Permiso para continuar, sin la presión de una pregunta.

—No de un circuito. De todos. Cada competencia automovilística en los condados cercanos a Londres, cada serie de carreras amateur en Oxfordshire y Berkshire, cada evento de club que dependiera del patrocinio o del alquiler de instalaciones de cualquiera con quien él tuviera alguna conexión, que eran muchos —se detuvo—. Lo hizo el otoño pasado. Después de Wychwood. Lo había vencido —dijo esto sin satisfacción particular; era simplemente un hecho que había tenido consecuencias—. No en su categoría. Él no estaba en mi categoría. Pero fui más rápida que su automóvil, visiblemente, frente a todos los presentes, y no le gustó, y tenía suficiente dinero y conexiones para asegurar que no tuviera la oportunidad de hacerlo de nuevo.

La mañana estaba tranquila a su alrededor. Desde el frente de la posada llegaban los sonidos ordinarios del pueblo. Una carreta en la calle principal, una puerta abriéndose y cerrándose, voces a la distancia, como de una tienda. La textura cotidiana de un mundo que seguía su curso, imperturbable.

—¿Cuánto tiempo habías estado trabajando para llegar a esos circuitos? —dijo Cecily.

Clara miró el espacio entre sus manos.

—Años —dijo—. Desde los veinte. Conduje mi primera carrera en Brooklands en un automóvil que había construido parcialmente yo misma con componentes que no podía costear del todo. Quedé tercera. En mi clase —hizo una pausa—. Me tomó cuatro años abrirme camino hasta los circuitos donde necesitaba estar, desarrollar el automóvil, establecer un historial. Y él lo eliminó en una carta. Una carta a tres organizaciones diferentes, aprovechando tres dependencias financieras diferentes.

Levantó los ojos, y había en ellos la furia precisa y nítida de una mujer que ha atravesado completamente el dolor y salido del otro lado hacia algo más frío y permanente.

—Sonrió con suficiencia en la entrega de premios de Wychwood. No dejó de sonreír en ningún momento.

La oración quedó sola, y Cecily la dejó estar, porque merecía el espacio.

—Sabía lo que iba a hacer, y se sonreía por ello —dijo Clara—. Y no había una sola cosa que pudiera hacer en respuesta que no fuera a verse como el comportamiento de una mujer que no puede aceptar perder con gracia.

—Lo siento —dijo Cecily—. Esa fue una crueldad calculada, y lamento que te hicieran eso.

Clara lo recibió sin restarle importancia, lo que le indicó a Cecily lo poco común que era que alguien se lo dijera.

—El carburador —dijo Cecily, con suavidad, volviendo al asunto en cuestión—. Durante el desfile. Los ocho minutos.

—Fui al Bugatti antes de que comenzara la vuelta de desfile —dijo Clara—. Él lo había estacionado cerca de la carpa norte durante la exhibición. No tomó mucho tiempo. Un ajuste de válvula de aguja son dos minutos de trabajo si sabes lo que haces, y yo sé lo que hago. —Levantó la vista—. Estaba de vuelta en mi posición antes de que el desfile estuviera propiamente en marcha. Nadie me vio. O eso pensé.

—Las gafas estaban con tu automóvil —dijo Cecily.

—Las dejé sobre el capó —dijo Clara—. Las recogí al volver. Era más simple que cualquier otra explicación.

Elsie anotó esto sin comentario.

—El sistema de escape —dijo Cecily. Había estado esperando el momento adecuado para esto, y este era, cuando Clara estaba en plena franqueza y no en la defensa—. Dime qué sabes sobre trabajo de colector. Específicamente: ¿cómo se vería si alguien que entendiera el principio pero no hubiera mantenido la práctica lo intentara rápidamente, bajo presión, con la herramienta equivocada?

Clara frunció el ceño. El cambio de registro, de confesión a consulta técnica, la desconcertó un poco.

—Esa es una pregunta específica.

—Es una importante.

Clara pensó.

—Sería un desastre —dijo, después de un momento, y la palabra no era casual—. Los pernos serían el primer problema. Si trabajas con una llave demasiado grande, una que no ajuste bien a la cabeza, pierdes agarre. Aplica suficiente fuerza y barrenas la cabeza. Los pernos del colector de escape se barrenan rápido, porque suelen estar corroídos por los ciclos de calor —se detuvo, y una mueca visible cruzó su rostro. La respuesta involuntaria de una mujer para quien la imagen de una cabeza de perno barrida representa algo genuinamente doloroso—. Si lo haces apurada, sin la herramienta correcta, barrenarías al menos uno antes de aprender cuánta fuerza es demasiada. La conexión del tubo sería el segundo problema. Si no usas los accesorios originales, el sello no será correcto. Ajustará, pero no quedará bien sellado. —Miró a Cecily directamente—. Así no es como trabajo yo. Preferiría no empezar un trabajo a terminarlo así.

—Lo sé —dijo Cecily—. Los pernos del colector de escape del automóvil de Vance están barridos, el de un lado de forma catastrófica, el del otro parcialmente. El tubo es material de ferretería común, no de calidad profesional. Todo parece obra de un aficionado, quizá deliberadamente.

Clara la miró fijamente.

—Inspeccionaste el vehículo.

—Así es.

Un breve silencio, en el que Clara pareció reconsiderar la situación y de la mujer sentada frente a ella.

—Está usted muy segura de que no fue su chófer —dijo.

No era un desafío, sino una observación.

—Un hombre con las manos de Miles Penrose y la experiencia de Miles Penrose —dijo Cecily, con la misma serena certeza que había usado la noche anterior en la cochera vacía— no daña la rosca de un perno. Bajo ninguna circunstancia. Ni con apuro, ni bajo presión, ni a oscuras.

Hizo una pausa, y por un instante pensó en Miles.

—Alguien más dañó la rosca de esos pernos.

Clara guardó silencio un momento.

—Había un hombre —dijo entonces, con la cautela de quien saca a la luz algo que ha estado rumiando sin entenderlo del todo— cerca de la cochera, poco antes del desfile. Me fijé en él porque lo reconocí del circuito de Brooklands el año pasado. Gregory Miller.

Se interrumpió, y Cecily esperó.

—Era el mecánico principal de Vance hasta que lo despidieron sin previo aviso en noviembre —continuó Clara—. Miller tiene manos de mecánico de verdad. Manchadas para siempre, con la mugre metida hasta los poros. Pero lo que me llamó la atención fue el dorso de la mano derecha. Tiene una cicatriz inconfundible, dentada, sobre los nudillos, de cuando se le resbaló un soldador. Vi esas manos apoyadas en el pestillo de la cochera, y estaba mirando a Vance con una expresión que solo puedo describir como depredadora.

—¿Una cicatriz sobre los nudillos? —preguntó Cecily, mientras su mente volvía de inmediato a la figura menuda que Miles había visto entre las sombras.

—Inconfundible —dijo Clara—. Parecía un hombre que había estado esperando mucho tiempo para tener unas palabras en privado.

Cecily no se movió enseguida. Dejó que la información cuajara. Era una pista nueva, cortante y potencialmente peligrosa. Si Miller era la figura menuda que Miles había visto, sus manos expertas sin duda sabrían cómo manipular un colector de escape, aunque la rabia hubiera hecho el trabajo frenético.

Exhaló en silencio y se puso de pie.

—Señorita Bowes, lo que hizo con el carburador estuvo mal. No fue asesino, ni hubo mala intención contra la vida. Pero estuvo mal, y fue deliberado, y habrá que decírselo al agente. Voy a hablar yo misma con el agente Fenchurch al respecto, y pienso dejar muy clara la diferencia entre lo que hizo usted y lo que le hicieron a ese escape.

Sostuvo la mirada de Clara.

—No puedo prometerle que no habrá consecuencias. Pero sí puedo prometerle que se manejará con honestidad.

Clara la miró un largo momento, sopesando la oferta.

—De acuerdo —dijo por fin—. Gracias.

Cecily asintió. Miró el Sunbeam por última vez.

Cuando Clara se volvió otra vez hacia el motor, la tapa del maletero del Sunbeam se movió apenas, dejando ver un pequeño rollo desechado de manguera gris de goma metido detrás de una llanta de repuesto. Era el mismo tubo de calidad corriente, de provisión comercial, que Cecily había visto encajado en el escape del Bugatti.

—Tiene un equipo muy bien surtido, señorita Bowes —observó Cecily, con voz cuidadosamente neutra.

—Una conductora tiene que estar preparada para cualquier cosa —replicó Clara sin alzar la vista, apretando con más fuerza la llave—. Nunca sabe una cuándo va a fallar un sello o cuándo una línea va a necesitar un arreglo rápido y burdo.

—La relación de transmisión —dijo Cecily—. Yo intentaría bajarla un diez por ciento antes de volver a pasar de cincuenta. Ese motor quiere respirar arriba, no que lo fuercen.

Clara parpadeó. Luego miró el motor con una atención involuntaria y concentrada.

—Eso en realidad podría...

—Señoras —dijo una voz desde la reja trasera de la posada.

Las dos voltearon.

El canónigo Bott estaba en la reja con una bicicleta que, evidentemente, había hecho el trayecto desde Ashcombe Hall en aproximadamente el mismo estado que su dueño. Ambos tenían una ligera inclinación que sugería que el camino había ofrecido más pendiente de la prevista en un principio. Llevaba el alzacuello clerical y las pinzas del pantalón para ciclismo, y había adquirido, desde la mañana, una segunda libreta, que asomaba en el bolsillo del pecho junto a otro lápiz, inclinado en un ángulo que sugería un optimismo tremendo respecto a los apuntes que tenía por delante.

—Yo estaba... —empezó, y luego miró el Sunbeam, a Clara Bowes y a Cecily, con una expresión transparente e irremediablemente legible —. Haciendo visitas pastorales...

—Por supuesto —dijo Cecily con amabilidad.

—El compresor —dijo él, al cabo de un momento, con el aire distraído de alguien que está pensando tres cosas a la vez y deja escapar una de ellas—. Silas, es decir, para el capítulo, la cuestión de

si el sonido que produce se oiría en un espacio cerrado. La cochera, hipotéticamente. Y relacionado con eso...

Hizo una pausa, un poco sobresaltado por un pensamiento más grande que aquel que pretendía tener.

—El tamaño de las herramientas. He estado pensando en el tamaño de las herramientas. Si la llave que uno tuviera a mano —no la correcta, entienda, sino una destinada a algo parecido— fuera, digamos, de uso industrial más que automotriz, la boca se apartaría de la medida estándar por una diferencia concreta. Quizá.

Miró a Cecily con la expresión levemente aturdida de un hombre que se ha metido en algo y aún no está seguro de qué es.

—Lo menciono solo por... por exactitud.

—Desde luego —dijo Cecily.

Bott escribió algo en su libreta. Lo subrayó. Lo encerró en un círculo. Escribió algo más, subrayó eso también, y pareció levemente alarmado por lo que hubiera escrito, a la manera de un hombre que acaba de adelantarse a sí mismo.

—Un asunto espantoso —dijo—. Sí. Espantoso.

Pip trotó hasta donde estaba el canónigo Bott, inspeccionó las pinzas de sus pantalones y estornudó sobre la pernera izquierda.

El canónigo Bott miró hacia abajo, a la pernera, luego a Pip y después a su libreta.

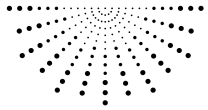
—Detalle auténtico —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Sí. Desde luego.

Dejaron a Clara Bowes examinando la relación de transmisión. Dejaron al canónigo Bott en el patio de la posada, acomodando su bicicleta contra la pared. Dejaron a Pip con la segunda mitad de la galleta vieja, que había recuperado de detrás de la llanta trasera durante la confusión de la llegada de Bott y que estaba devorando

con la serena satisfacción de un perro que considera aquel el final apropiado de una mañana productiva.

22

ORIENTACIÓN



El De Dion hizo el camino de vuelta a Ashcombe sin novedad.

—Queda un nombre en la lista formal —dijo Elsie.

—Burbage —asintió Cecily—. Y alguien que no está escrito en la lista. El piloto de Brooklands con un rencor pendiente.

—Y luego está Miles —agregó Elsie con reticencia.

El camino giró entre altos setos de espino, y por un momento el camino que tenían delante quedó encerrado, verde y muy silencioso. Aquel silencio particular, verde y dorado, de un camino en Oxfordshire a finales de primavera, donde la luz se filtra a través de las hojas nuevas de una manera suave y muy antigua que no tiene nada que ver con lo que la gente ande haciendo bajo ellas.

—¿Qué hay de Higgins? —preguntó Elsie.

—Preguntó, específicamente, si Vance estaría allí —dijo ella—. Conocía las prácticas del taller de Vance. Entendía el principio de los sistemas de escape, si no la precisión. Tenía herramientas. —Hizo una pausa—. Y tenía motivo. Un motivo que no comenzó ayer y que no tenía que ver con un vehículo motorizado ni con un libro de cuentas. Un motivo que comenzó en el Somme y regresó con él a

casa y seguía allí, seguía esperando, seguía completamente sin resolver. —Guardó silencio un momento—. Ese tipo de herida no sana con el abandono. Supura.

Elsie guardó silencio, mirando el camino que tenían por delante.

—No es un monstruo —dijo Cecily, con la compasión sencilla y certera de una mujer que ha reflexionado sobre esto y no va a cambiar de opinión—. Haya hecho lo que haya hecho. No es un monstruo.

—No —dijo Elsie—. No lo es.

—Miles ha estado confinado desde ayer por la tarde —dijo Cecily, en voz baja, tras un momento—. Cada nombre que descarto es un paso más cerca del único nombre que queda. No dijo lo que estaba pensando. Que Miles Penrose, en ese taller, había pasado una carrera construyendo cosas que funcionaban, y ahora esperaba dentro de la teoría errónea de otro. Pero el pensamiento estaba allí, y Elsie, que la conocía bien, no necesitaba que lo dijera.

El De Dion siguió avanzando por la mañana. El camino se ensanchó donde se encontraba con la carretera de regreso a Ashcombe, y los castaños del límite oriental del Hall aparecieron a la vista por encima de los setos, muy verdes y sin prisa alguna, como solo pueden estarlo los árboles que llevan en el mismo sitio desde mucho antes de que cualquier problema actual fuera siquiera una posibilidad.

Cecily se permitió la sonrisa tranquila y genuina de una mujer que cree que Dios guiará sus pasos hasta el final.

Mañana iría a ver a Burbage. Y entonces estaría lista.

Los castaños se acercaron, sus hojas nuevas atrapando la luz mientras el camino ascendía en curva, moteando la calzada con el patrón movedizo y dorado de una mañana primaveral completamente indiferente al asesinato y, por ello, más hermosa aún.

~

El estudio de Ashcombe Hall era una de las habitaciones favoritas de Cecily en la casa, y nunca había logrado explicarse del todo por qué, dado que también era la estancia en la que, a intervalos irregulares pero seguros, la finca le presentaba sus problemas más difíciles. Aquí residían las cuentas. Aquí se acumulaba la correspondencia con los arrendatarios. Y la habitación tenía esa serena concentración que ella valoraba por encima de casi cualquier otra comodidad que el Hall pudiera ofrecer. Olía a papel viejo y cera de abeja y al más leve rastro de humo de leña de los fuegos del invierno pasado, y cuando la luz de la mañana entraba por la ventana del este y caía sobre el escritorio de esa manera particular, larga y sin prisa que tenía antes de que la casa entrara en su ritmo diario, la habitación no parecía tanto un lugar para lidiar con problemas, sino uno donde estos, con suficiente paciencia, podían resolverse.

Cecily se sentó al escritorio con sus notas extendidas ante ella.

Llevaba en eso desde antes de que la cocina alcanzara la calidez activa de sus horas de faena. Tenía una página limpia sobre el escritorio ante ella, y a su alrededor, en un arco cuidadoso, estaban las notas que había hecho durante los dos días anteriores: los pernos barridos del colector de escape, el tubo de la ferretería, las líneas de visión desde la cochera hasta la explanada, la cronología que situaba a cada sospechoso nombrado en un lugar concreto durante el lapso relevante, y la forma cuidadosa y metódica de lo que quedaba cuando todo lo demostrablemente falso se había descartado.

Lo leyó de una vez, en el silencio deliberado de una mujer que piensa mejor cuando tiene un documento al cual anclarse. Luego dejó su lápiz, cruzó las manos sobre el escritorio y guardó silencio por un momento.

Alzo mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? Mi ayuda viene del Señor, creador del cielo y de la tierra.

Cecily había llevado esos versículos en el corazón desde que era niña en la vicaría. Siempre había pensado que el salmista había comprendido algo esencial: que el acto de alzar la vista, esa orientación deliberada y elegida hacia la firmeza frente a un paisaje que no es firme, era en sí mismo una forma de valentía. No una retirada ante la dificultad, sino una manera de afrontarla con algo más perdurable que los propios recursos, por sí solos.

La ventana del este daba al jardín de parterres, inmóvil y cargado de rocío, con los setos recortados proyectando sombras precisas sobre el sendero de grava. Ordinario, hermoso, enteramente inalterado por los acontecimientos de las cuarenta y ocho horas anteriores, como suelen estarlo los jardines, benditamente indiferentes a las dificultades humanas.

Firme, pensó, consciente de la diferencia entre la oración como preparación y la oración como postergación. *Y luego sigue adelante.*

La puerta se abrió y Elsie entró con la bandeja del té. Su sensato vestido azul marino ya estaba cepillado y en perfecto orden; el sombrero cloche todavía no se lo había puesto, pero lo había dejado, con deliberada previsión, en una esquina de la bandeja, porque Elsie Pickering era una mujer que no se ponía el sombrero hasta estar lista para salir por una puerta, pero lo mantenía al alcance de la mano desde eso de las seis de la mañana, como una declaración de intención profesional.

—Fenchurch ha recibido un telegrama —dijo Elsie, dejando la bandeja—. De la Policía del Condado. Le piden un informe de progreso.

Cecily sirvió el té.

—¿Qué clase de petición?

—Urgente —dijo Elsie, sentándose en la silla de la esquina del escritorio que ocupaba durante sus sesiones de trabajo, con su cuaderno ya abierto—. Thomas lo oyó leyéndolo en voz alta en el

patio. Dos veces. —Hizo una pausa—. La señora Fotheringill abrió la caja de galletas de mantequilla de reserva. La de emergencia. Dijo que un agente que recibe correspondencia oficial incómoda es precisamente la clase de crisis doméstica para la que fue comprada.

—No se equivoca —dijo Cecily.

Volvió a mirar las notas. Miles seguía confinado en sus aposentos sobre la cochera. No lo había visto desde la noche anterior. Un intercambio breve e insuficiente a través de la puerta, durante el cual él había dicho que estaba bien y ella le había dicho que avanzaba todo lo rápido que podía. Ninguno de los dos había dicho lo que de verdad pensaba.

Colocó ese pensamiento exactamente donde debía estar: no en el centro, donde le impediría pensar con claridad, sino en el borde, donde conservaba su debido peso y su debida urgencia.

—Recorreremos los terrenos antes de ver a Burbage —dijo—. El sitio del rally. Desde la zona de tiendas hasta la cochera. Quiero cubrir bien la distancia. Líneas de visión, la zona de almacenamiento, la ruta entre una y otra.

—Pensé que dirías eso —respondió Elsie. Pasó dos páginas de su cuaderno—. Le pregunté a Thomas por el incinerador que está cerca de la zona de tiendas. Dijo que seguía ahí esta mañana. El personal de los jardines todavía no ha despejado ese extremo del campo.

—Bien —dijo Cecily. Hizo una pequeña anotación al pie de la página —. ¿Y Pip?

—Debajo de la mesa de la cocina —dijo Elsie—. La señora Fotheringill ya ha tenido con él tres conversaciones distintas sobre lo desaconsejable que es merodear cerca de la despensa mientras se preparan salchichas. Asistió a las tres con lo que ella describe como una amabilidad sospechosa.

Cecily se permitió una sonrisa breve y auténtica.

—Ponle la correa antes de salir —dijo—. Al menos hasta que lleguemos a los terrenos.

La expresión de Elsie sugería que haría exactamente eso y que tendría exactamente el efecto que cabía esperar, dadas las experiencias previas con la correa y la meditada opinión de Pip sobre la autoridad que esta tenía.

Los terrenos del rally, en pleno desmontaje, tenían una atmósfera peculiar. No eran ni festivos ni ordinarios, sino que poseían la melancolía particular de una celebración que había llegado a su fin natural. La gran carpa del sur ya había sido desmontada por completo, y dos trabajadores de la finca enrollaban la lona con la hosca eficiencia de hombres que preferirían estar haciendo casi cualquier otra cosa un jueves por la mañana. La gran carpa del norte seguía en pie, con parte de las estacas ya retiradas del lado más cercano, y las paredes subían y bajaban con la brisa leve y cambiante en un ritmo lento, como un suspiro. La hierba aplastada conservaba la geometría del día anterior. Huellas de neumáticos, las marcas rectangulares de las mesas plegables, las hendiduras circulares de los postes de la carpa. Todo ello se iba borrando poco a poco bajo el rocío de la mañana y la diligente indiferencia del tiempo primaveral de Oxfordshire.

Cecily recorrió la línea entre la zona de tiendas y la cochera, sin apresurarse, sin detenerse innecesariamente, pero avanzando a un paso que le permitía registrar lo que veía, sin imponer teorías prematuras.

Elsie caminaba a su izquierda, tres pasos detrás cuando el terreno lo exigía, a la par cuando no. Observaba el mismo suelo que Cecily, con sus propios ojos y sus propios instintos, que no eran los de Cecily, pero sí, con frecuencia, la corrección que más necesitaban los de Cecily.

Pip caminaba tres pasos adelante de ambas, nariz pegada al suelo, conduciendo su propia investigación forense en el sitio del rally. Había aceptado la correa en el patio de la finca con la resignación

digna de un perro que sabe que no puede ganar la guerra y ha decidido que ceder terreno hoy es ganar la guerra mañana. Para cuando llegaron al terreno, la correa había sido transferida de la mano de Elsie al bolsillo de su abrigo, bajo el argumento de que el campo estaba cercado, los trabajadores eran conocidos y la dedicación profesional de Pip era más valiosa sin trabas.

Mientras lo observaba trabajar el pasto cerca de la carpa norte, Cecily reflexionó que tenía una nariz extraordinaria. Cualquier otra cosa que pudiera decirse sobre su obediencia, su juicio respecto a los olores era esencialmente impecable.

—Cuarenta metros —dijo Elsie, anotándolo en su libreta—. Del puesto de la carpa a la cochera cerca del portón. Una persona moviéndose rápido podría cubrirlo en menos de un minuto.

—Pero no de forma invisible —dijo Cecily. Estaba parada en el punto medio, mirando hacia atrás en dirección al puesto de la carpa y luego hacia adelante en dirección al muro de la cochera—. No durante el desfile. Había gente a lo largo de todo este corredor durante la exhibición. La ruta no es útil para la persona que hizo esto, no mientras el desfile estaba en marcha.

—Lo que significa que el acercamiento a la cochera fue desde la otra dirección —dijo Elsie—. Por la parte de atrás. A lo largo del muro de la finca.

—Donde no hay vista desde el terreno del desfile en absoluto —coincidió Cecily—. Y donde...

Pip se detuvo. Estaba parado junto al quemador, el mismo que había saqueado con tanto entusiasmo el martes por la tarde. Miró el cilindro metálico con el aire de propiedad de un hombre que regresa a su lugar de negocios favorito.

—Tiene razón, Elsie —dijo Cecily, levantando la tapa con más cuidado del que el terrier había mostrado—. La ceniza que encontramos antes era solo la capa superior. Si Burbage tenía tanta

prisa como sugieren los pernos del escape, no habría esperado a que el fuego llegara al fondo.

En la base del quemador, protegido por una capa de ceniza derrumbada que había aislado en lugar de consumir: un fajo de papeles medio quemados.

—Buen chico —dijo Cecily. La cola de Pip pasó de moverse contenida a agitarse enérgica, lo cual era lo más cerca de la satisfacción visible que generalmente se permitía en un contexto profesional.

Elsie sacó un sobre grande del interior espacioso de su abrigo, porque Elsie era una mujer que cargaba sobres grandes por principio y nunca había estado en una situación donde esto no hubiera resultado justificado.

Comenzó a limpiar lo peor de la ceniza de alrededor de los bordes de los papeles sin tocar las superficies.

—Documentos bancarios —dijo Elsie.

—Sí —dijo Cecily.

Se agachó sobre los papeles recuperados y los miró detenidamente. La caligrafía era inconfundible, reconocible de inmediato.

Volteó la primera página lentamente por su esquina, registrando lo que el fuego había hecho y lo que no. Algunas de las cifras habían sido escritas y luego escritas encima. Reforzadas en lugar de corregidas, la pluma repasando sus propias líneas. Se detuvo sobre estas, sosteniendo la página en un ligero ángulo para mejorar la legibilidad, sintiendo en esa repetición deliberada la ansiedad específica de un hombre incapaz de dejar las cosas en paz. *No podía dejar de volver sobre estas cifras*, pensó. *Comprobándolas. Incapaz de confiar en que permanecerían como los había escrito.*

Leyó lo que el fuego había dejado. Retiros sistemáticos de cuentas comerciales, transferidos en porciones a un número de cuenta que no correspondía a ningún negocio registrado que ella reconociera.

Calendarios de pago de préstamos marcados para cobro anticipado, no porque los préstamos estuvieran en mora, sino porque junto a cada marca había un pequeño asterisco a lápiz, y junto al asterisco, una fecha y una instrucción que tuvo que inclinar la página para leer, ya que el fuego se había llevado la esquina superior derecha. Pero suficiente había sobrevivido: *recuperar por instrucción de V*. No era una referencia bancaria. No era una notación oficial. Un nombre, abreviado, informal. Escrito por un hombre que intentaba ser metódico respecto a algo que no lo era en absoluto.

V de Vance.

Pasó a la última página que quedaba.

La mayor parte había desaparecido, los dos tercios superiores consumidos, la sección inferior parcialmente preservada por la ceniza derrumbada encima. Una columna de nombres en el margen izquierdo, cada uno con una cifra correspondiente y una fecha. La mayoría de los nombres faltaban. Pero las últimas tres líneas habían sobrevivido.

—Mira esta —susurró Elsie. Sostuvo un fragmento donde el fuego solo había lamido los bordes—. Es una lista de fechas. Y cantidades.

Cecily tomó el papel con las pinzas.

—No es solo un libro de cuentas; es un libro de cuentas de liquidaciones. Mira los nombres, Elsie. Miller's Precision Engineering, debe ser la antigua firma del padre de Gregory Miller. Forzada a entrar en quiebra en noviembre. Ashford & Mills, Chipping Norton. Pendelton's Tenant Holdings, Vance estaba apretando los límites de la finca. Y aquí... Merton Road Garage: Higgins & Son.

—No solo compraba negocios —dijo Cecily, mientras asimilaba el hallazgo—. Los exprimía. Usaba a Burbage para identificar a los vulnerables. Hombres que habían regresado de la guerra sin nada más que un oficio y un poco de esperanza, y luego él se abalanzaba

para darles el golpe de gracia. No era solo un hombre de negocios, Elsie. Era un depredador.

—Así que cualquiera de ellos pudo haberlo hecho —dijo Elsie, mirando los nombres—. Miller, Pendelton, Ashford...

—Sí —dijo Cecily, mientras su mente ya volvía al mecánico de nudillos marcados del que había oído hablar en la posada—. Cualquiera de ellos. Pero quienquiera que haya sido, Burbage no quería que supieran de su participación.

—Burbage está asustado —dijo Elsie—. Sabía que alguien encontraría esto tarde o temprano. Intentó destruirlo.

—No se esforzó lo suficiente —dijo Cecily—. Preparó el fuego, metió los documentos y se marchó antes de poder asegurarse de que hubieran quedado reducidos a cenizas. Un hombre más minucioso habría esperado. Pero Burbage no es un hombre minucioso. Es un hombre asustado, y los hombres asustados no se quedan a ver arder las cosas.

Pip había vuelto a investigar el terreno circundante con la meticulosidad profesional de quien no deja nada a medias.

—Burbage es el mecanismo —dijo Cecily—. El estrangulamiento financiero, los cobros de préstamos, las ventas forzadas, y Vance proporcionando el precio de compra y el trabajo de fábrica que llena el vacío. Los veteranos pierden todo lo que habían construido. Terminan trabajando, si es que tienen la suerte de encontrar trabajo, en la fábrica que lo reemplazó. Por salarios que no guardan ningún parecido con lo que tenían antes.

Hizo una pausa.

—Ese es un motivo muy poderoso. Estaba documentado, era deliberado e infligido a hombres que ya habían dado más de lo que nadie tenía derecho a pedir.

Elsie cerró su libreta. Un gesto poco común. Casi nunca la cerraba durante una sesión de trabajo. Era el gesto, comprendió Cecily, de una mujer para quien aquello había dejado de ser solo trabajo. Luego colocó los documentos cuidadosamente dentro del sobre grande y lo selló.

Estaban recogiendo sus cosas cuando unos pasos en la grava anunciaron la llegada de alguien.

El canónigo Bott llegó sin anunciarse, con el vigor de un hombre que ha descubierto recientemente un nuevo y fascinante pasatiempo. Blandía un folleto brillante y engrapado como si fuera un Evangelio recién descubierto.

—¡Lady Cecily! Creo que «El caso del colector desigual» de Silas Bellweather, su último título de trabajo, ¡nos ha proporcionado una epifanía técnica!

Se acercó apresuradamente, evitando por poco una colisión con Pip.

—¿Una epifanía técnica, canónigo? —preguntó Cecily, protegiendo cuidadosamente los fragmentos quemados del libro de cuentas.

—Precisamente.

Abrió el folleto. Era un catálogo comercial de 1923 de Vance Industrial Works.

—Estaba pensando en lo que dijiste —la naturaleza «tosca» del trabajo en el escape de ese pobre hombre. Consulté las especificaciones del Bugatti Type 35. Usa accesorios especializados de 24 mm, importados de Molsheim.

Golpeó una página del catálogo.

—Pero mira aquí. La fábrica local de Vance no produce herramientas de 24 mm. Su equipo estándar para la planta es la llave de trabajo pesado de 32 mm. Es su modelo «Workhorse». Cada llave está estampada con el escudo de Vance Industrial Works directamente en el mango.

Cecily miró el diagrama. Una llave de 32 mm sería demasiado grande para un perno de 24 mm.

—Si alguien usara una de treinta y dos en una de veinticuatro...

—Sería un desastre —terminó Bott alegremente—. Tendrías que forzarla. Destrozarías las aristas del perno solo intentando conseguir agarre. Se vería exactamente como el desastre frenético y chapucero que encontramos en la cochera.

La mirada de Cecily se fijó en el nombre en la parte superior de la página: Vance.

—Así que el asesino no solo tenía una herramienta —dijo en voz baja —. ¿Tenía una herramienta del propio piso de la fábrica de Vance?

—¡Eso parece! —Bott ajustó sus anteojos—. Bellweather siempre dice: «La mano que sostiene el martillo suele conocer al hombre que lo compró». Pensé que podría ser una pista valiosa.

—Es más que eso, canónigo —dijo Cecily, mientras su mente ya se aceleraba hacia la lista de hombres que Vance había arruinado.

—Vamos con Burbage —dijo Cecily—. Llevamos los libros de cuentas. Y entonces descubriremos todo lo que necesitamos saber.

Ante ellos, el camino al pueblo se extendía claro y despejado, y más allá, un gerente de banco que había preparado su fuego con demasiada prisa y se había marchado antes de poder estar seguro de haber cumplido su cometido.

Chapter: The Banker's Confession

La confesión del banquero

El prado del pueblo se comportaba con la serena alegría de un lugar que no ha sido informado de que está junto a una investigación de asesinato. Los narcisos a lo largo del borde sur habían decidido

aprovechar al máximo la mañana, la oficina de correos tenía el toldo desplegado, y la señora Hartley de la casita del fondo estaba en su umbral enfrascada en el tipo de conversación con su vecina que tiene una cualidad cómoda y gastada, que sugiere que ha estado en marcha, de una forma u otra, desde aproximadamente 1907. Dos gorriones sostenían una disputa territorial de considerable intensidad en el castaño junto al monumento de guerra, completamente indiferentes al peso moral de los acontecimientos que estaban a punto de desarrollarse treinta metros a su izquierda.

Cecily se detuvo al borde del prado y miró hacia el otro lado, al Banco de Ahorros de Little Codding.

Burbage estaba en su escritorio. Podía verlo a través de la ventana. No con claridad, pero lo suficiente. Estaba escribiendo algo, o fingiendo la postura de escribir algo. La concentración laboriosa de un hombre que ha decidido que fingir una ocupación febril es una alternativa razonable a la desesperación callada.



El edificio en sí era una construcción modesta del tipo que había absorbido las lecciones de sus predecesores georgianos y concluido que la dignidad institucional podía lograrse mediante una fachada suficientemente limpia y una puerta con herrajes de latón lo bastante serios. El letrero sobre la puerta era verde oscuro y dorado —BANCO DE AHORROS DE LITTLE CODDING— con la tipografía de una organización empeñada en que la tomen en serio por personas con depósitos limitados y mucho de qué preocuparse. Todo en el exterior transmitía una probidad confiable y convencional, a la manera de una fachada mantenida con bastante más esfuerzo del que justifica el interior.

—Está pendiente de la puerta —dijo Elsie, dos pasos detrás de su hombro izquierdo, con el tono de observación neutral que usaba para hechos que no requerían comentario.

—Ha estado pendiente de ella desde el martes por la tarde —dijo Cecily.

Pip intentó investigar el escaparate de la carnicería a través de una puerta abierta mientras pasaban.

Fue un intento muy exhaustivo. Desplegó el repertorio completo. Ambas patas delanteras, el hocico curioso y una expresión de investigación profesional legítima que era casi convincente, antes de que Elsie lo redirigiera con un tirón igualmente convincente de su correa.

—Tenía la correa lista antes de que llegáramos a la carnicería —le dijo a Cecily mientras continuaban.

—Lo sé —dijo Cecily.

—Él sabe que la tenía lista —agregó Elsie—. Simplemente considera que es una cuestión de principios intentarlo de todos modos.



El interior del Banco de Ahorros de Little Codding era un valiente intento de presentarse como un lugar de inmensa importancia, todo latón pulido y el aire silencioso y ligeramente cargado de los secretos ajenos.

Silas Burbage levantó la vista de su libro de cuentas cuando Cecily se acercó. La sonrisa profesional que intentó fue algo frágil que no llegó a sus ojos, que se desviaban hacia la puerta como si calculara la distancia hacia la salida.

—Lady Ashcombe —dijo, con la voz una fracción demasiado aguda —. Un asunto trágico. Verdaderamente. El pueblo está en un estado de...

—Señor Burbage —lo interrumpió Cecily con el tono frío y ecuánime de una mujer que ya ha visto los libros de cuentas. Colocó un

pequeño bulto envuelto en seda sobre el mostrador—. Creo que podemos ahorrarnos las condolencias. He pasado la mañana con Pip.

Burbage se quedó inmóvil. El pañuelo permaneció presionado contra su sien.

—¿El... el terrier?

—Exactamente. Tiene olfato para las cosas que la gente intenta ocultar —desenvolvió el bulto para revelar los fragmentos carbonizados de los libros de cuentas bancarios—. Miller's Precision Engineering. Pendelton's Tenant Holdings. Higgins and Son.

El color abandonó el rostro de Burbage, dejándolo del tono del pergamino viejo.

—Yo... yo puedo explicar...

—¿Puede? —Cecily se inclinó hacia adelante, su mirada tan afilada como una aguja quirúrgica—. Porque parece más bien un plan metódico de ruina. Identificó a los hombres locales que estaban pasando dificultades después de la guerra, y Sterling Vance proporcionó el capital para quedarse con todo por monedas. No era solo su banquero, Silas. Era su informante.

La respiración de Burbage se volvió entrecortada.

—Él tenía una manera de... de hacer que las cosas parecieran una inevitabilidad. Sabía sobre una pequeña... una muy pequeña... discrepancia en mis propias cuentas de hace años. Lo usó para presionarme, Lady Ashcombe. Lo tenía sobre mi cabeza.

—Así que lo mató en la cochera el martes —dijo Cecily, mientras la deducción tomaba forma—, y quemó las pruebas de su complicidad antes de que llegara la policía.

Burbage se derrumbó sobre su taburete, el pañuelo ahora una bola arrugada en su mano.

—No lo maté —susurró—. Lo juro. Fui a la cochera para informarle sobre algunos de los avisos finales de ejecución hipotecaria. Lo encontré ya... muerto. El olor de los gases estaba por todas partes. Entré en pánico. Vi el libro de cuentas en el asiento del Bugatti y lo tomé. Pensé que si los registros desaparecían, la deuda con él moría con él.

—¿Y la llave inglesa? —preguntó Cecily, observándolo de cerca—. ¿La llave de fábrica de 32 mm de Vance Works?

Burbage levantó la vista, confusión genuina en sus ojos acuosos.

—¿Una llave? No. No vi ninguna herramienta. Solo vi el libro de cuentas y esos ojos terribles, fijos. Cerré la puerta y huí. He estado huyendo desde entonces.

Cecily se enderezó. Estaba diciendo la verdad, o al menos la versión cobarde de ella. Burbage era un ladrón y un colaborador, pero carecía de la frialdad metódica necesaria para sellar a un hombre en una tumba de sus propios gases.

—Lo escribirá todo, Silas —dijo Cecily, bajando la voz a un tono que no admitía discusión—. Cada nombre. Cada préstamo. Cada amenaza. Lo entregará al agente Fenchurch antes de las cinco, o me aseguraré de que la Junta de Gobernadores reciba una copia de estos fragmentos antes de que el banco abra mañana.

Se apartó del mostrador.

—Había algo más —dijo Burbage, con el tono de un hombre que ya no puede contenerse y suelta los hechos según le vienen a la memoria—. Vi a alguien. Antes del desfile. Cerca de la cochera —la pared trasera, donde el muro de la finca corre junto al camino de servicio.

Cecily se quedó muy quieta.

—Descríbalo.

Burbage hizo una pausa, su expresión cambió con ese aire particular de quien recuerda algo que no había registrado del todo y solo ahora comprende su importancia.

—Parecía que llevaba una carga, encorvado e inestable, con un paso rítmico, pesado e inusual. Miraba hacia la cochera —se detuvo—. Pensé que era uno de los hombres de la finca. Pero no pensé... Tenía mis propias preocupaciones en ese momento. No—

—No se preocupe por eso, señor Burbage —dijo Cecily—. Gracias.

Recogió el sobre y volvió a colocar las páginas.

Afuera, el prado del pueblo los recibió de vuelta en su normalidad alegre e indiferente. Los gorriones habían resuelto su disputa territorial y ahora estaban posados juntos en el monumento a los caídos con el aire amigable y ligeramente exhausto de adversarios que han llegado a un acuerdo.

Cecily se quedó de pie en la acera frente al banco y guardó silencio por un momento. Elsie se quedó a su lado y también guardó silencio, porque entendía lo que significaba ese silencio y sabía que no estaba vacío.

La figura de Burbage era apenas visible a través de la ventana del banco. Había vuelto a su escritorio. Esta vez no simulaba laboriosidad. Simplemente estaba sentado con las manos cruzadas sobre el secante, con la postura de un hombre recién aliviado de un peso, aún desconcertado por esa nueva liviandad.

Los nombres en esa lista carbonizada ya no eran solo entradas en un libro de cuentas. Eran las víctimas de una guerra que había continuado mucho después de que se firmara el armisticio, librada con tasas de interés y avisos de ejecución hipotecaria en lugar de artillería.

Cualquiera de ellos podría haber decidido que la única forma de detener a un depredador era acabar con él.

Silbó para llamar a Pip, que estaba investigando una envoltura de dulce perdida.

Mientras subía de nuevo al De Dion, no miró ninguna casa en particular. Miró el pueblo en su conjunto. Un lugar que parecía pacífico, pero que se mantenía unido por la resistencia callada y desesperada de hombres que ya lo habían dado todo y a quienes ahora se les pedía el resto.

Un momento de fe en calma

La tarde se había asentado en esa cualidad particular de luz que pertenece a finales de primavera en Oxfordshire, cuando la energía del día se ha agotado pero aún no ha cedido a la noche. Una luz larga, nivelada y sin prisa que se extendía sobre el parque en bandas amplias y cálidas y hacía que todo lo que tocaba pareciera temporalmente permanente. Los céspedes todavía estaban levemente marcados por la geometría del rally, las huellas del evento persistiendo en el pasto aplastado y la ocasional cuerda de sujeción olvidada, pero la actividad que había abarrotado los terrenos cuarenta y ocho horas atrás se había disipado hasta volverse manejable, y lo que quedaba era la quietud ordinaria y restauradora de la finca.

Cecily cruzó el patio de los establos con una bandeja.

La señora Fotheringill la había preparado sin que se lo pidieran, lo cual era, Cecily lo había comprendido hacía tiempo, una de las formas en que la señora Fotheringill expresaba tanto sus sentimientos como su autoridad. Había una tetera, dos tazas dispuestas con la precisión cuidadosa de una mujer que no deja nada al azar, un plato de galletas de mantequilla que Miles había descrito una vez, en un momento de excepcional locuacidad, como «muy buenas», y un plato cubierto de caldo de carne que había estado en el fogón desde la mañana. Era pesada, práctica y olía a

calidez, y era, como razón para visitar las habitaciones de Miles Penrose, casi completamente inverosímil.

Ni ella ni la señora Fotheringill habían comentado esto.

La cochera se alzaba en el extremo más alejado del patio de los establos, sus grandes puertas dobles cerradas y aseguradas por la autoridad de Fenchurch. Un candado colocado con la diligente solemnidad de un hombre que por fin ha encontrado una tarea a la altura de su sentido del procedimiento. A través de la ventana lateral más pequeña, apenas visible desde el patio, el estante de herramientas estaba exactamente como Miles lo mantenía: cada herramienta en su posición designada, cada mango alineado, toda la disposición exhibiendo el orden callado y metódico de un hombre para quien la organización de las herramientas no es un hábito sino un valor. El proyecto del Bentley estaba bajo su funda antipolvo en el espacio del fondo. Todo en su lugar. Su dueño, notoria e injustamente ausente.

El estante de herramientas se veía diferente sin Miles frente a él. La cochera, con sus puertas cerradas y su trabajo interrumpido y su dueño confinado arriba por la lógica de un hombre que había acomodado los hechos disponibles de la manera que más le convenía, parecía un lugar que contenía el aliento.

Cambió la bandeja de mano y tomó la escalera externa.

Las escaleras de madera subían por el lado este de la cochera hasta el rellano y la puerta sencilla de las habitaciones de arriba. Cecily había subido estas escaleras solo tres veces antes. Una vez para discutir la línea de combustible saboteada, una vez por asuntos rutinarios de la finca, y una vez cuando el distribuidor del De Dion había requerido una conversación de emergencia en un momento en que el decoro y la urgencia mecánica habían entrado brevemente en conflicto, pero hoy las subía con una sensación de propósito que iba más allá de la bandeja.

Se detuvo en lo alto. El rellano era estrecho, la puerta sencilla, la luz de la tarde cayendo sobre ella en una línea larga y nivelada. Abajo, un caballo se movió en el box del fondo. En algún lugar del olmo más allá del huerto de la cocina, una paloma torcaz hizo su anuncio bajo y sin prisa. Llamó a la puerta.

Miles Penrose en su ropa informal era, descubrió Cecily, muy distinto de Miles Penrose en su uniforme de chófer. El uniforme era impecable y formal y creaba una distancia profesional muy efectiva. La camisa de lino sencilla, abierta en el cuello, mangas enrolladas hasta el codo, no creaba tal distancia en absoluto.

—Lady Ashcombe. —Su voz era la misma. Firme, callada, precisamente calibrada.

—La señora Fotheringill mandó caldo —dijo Cecily, con el tono de una mujer que da una explicación perfectamente razonable—. Y galletas de mantequilla. Le preocupaba que estuvieras comiendo de manera irregular.

Hizo una pausa.

—Acepté traértelo.

Miles miró la bandeja. La miró a ella.

—Entra —dijo.

Se hizo a un lado, y ninguno de los dos comentó el hecho de que cualquier miembro de la casa podría haber subido la bandeja por las escaleras, y que ninguno lo hubiera hecho.

La habitación era sobria y ordenada hasta rozar la severidad. Una cama angosta de hierro, con una manta gris de lana doblada a los pies con precisión geométrica. Un librero de modesta altura que contenía quizá cuarenta volúmenes, cuyos lomos y disposición sugerían un sistema que ella necesitaría tiempo para comprender. Una mesa sencilla con una silla. Una jofaina en su mueble en el rincón. Una sola lámpara, encendida, porque la ventana orientada al

este recibía la luz de la tarde solo un instante antes de que la línea del techo la cortara.

En el alféizar había una pequeña fotografía enmarcada en plata. Una niña de unos ocho o nueve años, riéndose de algo apenas fuera de cuadro, con el cabello oscuro saliéndose de dos trenzas desiguales, a la manera de una niña que se ha dejado arreglar y enseguida ha deshecho el arreglo. Lucy. Cecily lo supo sin necesidad de que nadie se lo dijera.

Sobre la mesa, junto a la lámpara, había una Biblia. Abierta, con el aspecto gastado y entrañable de unas páginas a las que se ha vuelto una y otra vez.

Dejó la bandeja en la mesa y sirvió el té. Miles se sentó en la silla. Ella se sentó en el borde de la cama, el único otro lugar donde sentarse, con la practicidad directa de una mujer que se ha sentado en catres de hospital en puestos de socorro y no iba a dejarse intimidar, ni por asomo, por una cama angosta en Oxfordshire.

Bebieron el té.

El silencio entre ellos no era incómodo. Era el silencio de dos personas que habían trabajado juntas el tiempo suficiente para que la quietud tuviera su propia densidad. Familiar, no vacía. Pero por debajo, ese día, estaba la otra cosa: la particular restricción de la situación, él confinado y ella libre para actuar, lo errado de aquella inversión, sentada entre los dos con todo su peso no dicho.

—Estás avanzando —dijo él.

No era una pregunta.

—Vi a Burbage esta mañana —dijo ella—. Confesó. Por completo, y con mucha menos compostura de la que yo esperaba. Creo que había estado esperando que alguien viniera a preguntárselo como es debido.

Rodeó la taza con ambas manos.

—Que haya cooperado lo ayudará. De todos modos tendrá que rendir cuentas por la malversación y la complicidad, pero no lo van a colgar por asesinato.

Hizo una pausa.

—A menos, claro, que sea un mentiroso mucho más ruin y un mecánico mucho más diestro de lo que le concedo.

Algo en la expresión de Miles se aquietó.

—El escape —dijo.

—Los pernos están partidos y el sello fue forzado.

Le sostuvo la mirada directamente.

—Cualquiera que viera ese colector y supiera lo que estaba viendo entendería que no fuiste tú. Me estoy asegurando de que ese conocimiento llegue a la gente que debe oírlo.

Él guardó silencio un momento.

—Te lo agradezco.

Ella miró la Biblia abierta sobre la mesa y no apartó la vista, no por cortesía, sino porque encontrarla allí la serenó de esa manera particular en que serenan las cosas familiares cuando una se topa con ellas inesperadamente.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó.

Él extendió la mano y giró un poco el libro hacia la lámpara, como si confirmara la cita.

—Salmo 27.

Su voz era pareja, pero había algo distinto en ella. Lo dijo como un hombre que responde una pregunta por completo y no a medias.

Ella conocía el salmo; ella misma había vuelto a él a intervalos durante muchos años, y en clases de oscuridad muy distintas.

—El Señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? —dijo en voz baja.

Él la miró.

—He vuelto a él desde el martes —dijo—. No exactamente por consuelo.

Sopesó la palabra.

—Por guía.

—Sí —dijo ella.

Entendía exactamente la diferencia. El consuelo sugería que aquello no era tan malo como parecía. La orientación simplemente señalaba lo verdadero y firme, sin importar cuán mala fuera la situación.

—La llevé conmigo por Francia —dijo ella—. El versículo cuarto, en particular.

No lo citó en voz alta. *Una cosa he pedido al Señor; esta buscaré: que yo habite en la casa del Señor todos los días de mi vida.* La única cosa. La única cosa esencial.

—Mi hermano Edward solía recitar el primer versículo —dijo Miles—. Antes de entrar en acción. No lo supe hasta que...

Se interrumpió.

—Lo encontré en las cartas que le escribió a nuestra madre. Después de Passchendaele.

Calló un momento.

—No sabía que era ese, precisamente. Una vez que lo supe, me pareció muy propio de él.

Miró la fotografía en el alféizar. Lucy, sorprendida en plena risa, con las trenzas deshaciéndose.

—Habría sido un buen mecánico. Probablemente mejor que yo. Tenía una paciencia que yo, por naturaleza, no tengo. Yo he tenido que trabajarla. Edward la tenía desde el principio.

Una pausa, tranquila y sin autocompasión.

—Lucy la tiene, sobre todo ahora que ya es una joven adulta. Tal vez fue a dar allí.

—Es maravillosa —dijo Cecily.

—Lo es —convino Miles.

La lámpara titiló una vez cuando algo se movió en el entretecho, un pájaro acomodándose en el alero, y luego recobró la firmeza. En el patio de las caballerizas, abajo, los pasos de Thomas cruzaron los adoquines con el sonido rítmico y resuelto de un hombre entregado a sus últimas tareas antes de que la jornada de trabajo cediera al ritmo más sosegado de la tarde.

—Mañana voy a la fábrica —dijo Cecily—. A la planta consolidada de Vance. Necesito ver las condiciones con mis propios ojos antes de pararme en la biblioteca y hablar de lo que cuestan. No puedo...

Hizo una pausa, ordenando el pensamiento con cuidado.

—Puedo describirlo a partir de documentos y testimonios, pero verlo en persona es otra cosa. He aprendido a no presentar aquello que no he visto.

—Llévate a Elsie —dijo Miles.

—Lo haré.

Una pausa.

—Y Thomas, con el automóvil de la finca. No el De Dion —lo dijo con esa sequedad particular de un hombre cuyo instinto profesional está activado y que es incapaz de no aplicarlo, incluso desde el confinamiento—. El De Dion está bien mecánicamente. Pero es

reconocible. Si la gente de Vance está inquieta, prefiero que vayas en algo que no hayan catalogado.

Cecily notó la evaluación práctica. También notó, con la atención serena y firme que reservaba para lo importante, lo que había debajo. *Prefiero que vayas.* Tres palabras, enmarcadas profesionalmente y con intención personal, en esa mesura que era el lenguaje particular de Miles Penrose.

—Entendido —dijo.

Él la miró un momento, y ella le devolvió la mirada, de ese modo firme, honesto y sin aspavientos que era el suyo. La lámpara ardía con luz firme. Afuera, la tarde avanzaba en silencio hacia su conclusión.

El silencio que siguió no era el silencio incómodo de lo que no se quiere mencionar, sino la quietud clara y asentada de lo que ya se ha comprendido.

Lo rompió un golpe en la puerta. Un golpe agudo y rítmico que solo podía pertenecer a una persona.

Antes de que Miles pudiera ponerse de pie, la puerta se abrió. La señora Fotheringill estaba en el umbral, con la espalda tan vertical que parecía estar bajo tensión. Llevaba una bandeja de plata con una tetera fresca y un plato de galletas de mantequilla que parecía haber sido nivelado con un instrumento de precisión.

No pareció sorprenderse al ver a Cecily sentada junto al banco de trabajo. No pareció escandalizada. Parecía una mujer que había esperado exactamente este nivel de irregularidad social y había preparado una actitud de silencio muy concreta para afrontarla.

—Noté la bandeja que bajó usted antes, milady —dijo la señora Fotheringill, con voz de precisión neutral y gélida—. Me pareció que lo anterior era... un arreglo demasiado informal. Una no querría que el administrador de la finca piense que nos hemos quedado sin porcelana apropiada.

Colocó la bandeja en la única esquina despejada del banco de trabajo, moviendo un componente grasiento del carburador unos ocho centímetros hacia la izquierda con la punta de un dedo, como si moviera una pieza de evidencia sospechosa en la escena de un crimen.

—Gracias, señora Fotheringill —dijo Cecily, sintiendo un impulso súbito y ridículo de alisarse la falda—. Estábamos justamente discutiendo... las cuentas.

—Desde luego, milady. Las «cuentas» suelen dar mucho que hacer —la mirada de la señora Fotheringill recorrió la habitación, descansando por una fracción de segundo en la Biblia compartida sobre la mesa, luego en las mangas arremangadas de Miles—. Informaré a la cocina que su regreso a la casa principal para la cena puede verse... retrasado por la complejidad de las matemáticas.

Se dio la vuelta, su salida tan coreografiada como una procesión real.

—Señor Penrose. Procure no manchar el encaje con mermelada. Es Valenciennes.

La puerta se cerró con un clic que sonó notablemente como un veredicto.

Miles miró las galletas, luego a Cecily. Una sonrisa lenta y genuina tiró de la comisura de su boca. El primer destello real de luz que ella había visto en sus ojos desde que comenzó el rally.

—Creo —dijo Miles en voz baja— que acabo de recibir una carta de recomendación. Y posiblemente una advertencia.

Cecily se rió, y la tensión de la hora anterior se rompió.

—Te han advertido, Miles. La señora Fotheringill no se pierde nada. Lo cual me devuelve a las matemáticas. —Se inclinó hacia adelante, y el humor se desvaneció para dar paso a la concentración—. Vi un catálogo antes. Una llave de fábrica de 32 mm de los Talleres Vance.

Si un aficionado, alguien no tan hábil como tú, intentara usar una herramienta pesada como esa en un colector de Bugatti, ¿cuánto le tomaría?

—Dañaría la rosca casi de inmediato —dijo Miles—. Demasiado torque para la tolerancia. El perno cede antes que la conexión. Tendría que compensar. Forzar el sello y esperar que la junta aguantara —otra pausa—. Resistiría. Lo suficiente. Pero la evidencia en el perno sería visible para cualquiera que supiera qué buscar.

Cecily quedó muy quieta.

Doce minutos. Quince. El desfile en marcha, toda la multitud en el césped sur, la ventana específica y documentada en la que había quedado ubicado cada sospechoso nombrado. Y quince minutos en la parte trasera de la cochera, en el camino de servicio donde no había línea de visión desde el campo del desfile, donde alguien no habría atraído atención particular entre los encargados de las carpas y el personal de utilería.

Quince minutos. Con una llave de fábrica que no encajaba en el perno para el que se estaba usando. Llevada, quizá, al evento, ¿o simplemente hallada?

Miró a Miles. Él la miró a ella. El intercambio duró quizás dos segundos.

Cecily se puso de pie. Recogió la bandeja con los movimientos pequeños y prácticos de una mujer organizando su partida, y fue consciente al hacerlo de que la partida era lo que menos deseaba.

—Mañana —dijo—. La fábrica por la mañana. Para la tarde siguiente, estaré lista para la biblioteca.

Miles se puso de pie.

—Ten cuidado —dijo. Simple. Directo. Las palabras de un hombre al que solo se le permiten dos palabras y ha elegido las más esenciales.

Ella comprendió lo que contenían.

—Lo haré.

Fue hacia la puerta. Tenía la mano en el marco cuando él habló de nuevo, en voz baja.

—*Aunque un ejército me asediara, mi corazón no temerá.* El siguiente versículo. El que sigue al anterior.

Cecily se quedó en el umbral un momento y dejó que el versículo se asentara en su interior, con todo su peso sereno. Luego lo miró y sostuvo la mirada durante el tiempo justo que la honestidad exige y el decoro permite.

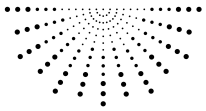
—*Aunque estalle la guerra contra mí, aun entonces estaré confiada* —dijo.

Bajó las escaleras.

El patio de los establos la recibió de vuelta en sus sonidos ordinarios. El caballo, la paloma torcaz, el ritmo distante de las tareas finales de Thomas. La lámpara en la ventana de Miles proyectaba un cuadrado firme y cálido de luz sobre los adoquines al pie de la escalera, y ella lo sintió a su espalda mientras cruzaba el patio.

23

EL SEGUNDO DESCUBRIMIENTO DE PIP



A la mañana siguiente, Cecily recorrió el perímetro del césped sur con las manos en los bolsillos de su chaqueta de tweed y Pip sujeto con la correa; esto último era, en gran medida, una formalidad ceremonial que ambos entendían perfectamente en su justo contexto. Pip consideraba la correa una declaración de intenciones por parte de Cecily y la trataba como tal: avanzaba, a grandes rasgos, hacia donde fueran, mientras se reservaba la libertad de investigar cualquier cosa interesante que apareciera en el camino, ya que cooperar con la dirección del paseo era de por sí una concesión considerable que compensaba con creces cualquier pequeño desvío de hocico o de pata.

Elsie caminaba a la izquierda de Cecily, libreta en mano, bajo el pretexto de supervisar las últimas etapas de la limpieza, porque eso era exactamente lo que estaban haciendo.

—Ya revisamos el césped sur —dijo Elsie, con la eficiencia neutral que reservaba para los hechos—. La ruta del desfile. La zona de la carpa. La mesa de registro. El área junto al portón por donde entró el automóvil de Vance.

—Lo que deja el camino de servicio —dijo Cecily—. Y el muro norte.

—Y la pila de neumáticos.

Las dos miraron, sin mayor ceremonia, hacia el extremo norte del patio de las caballerizas, donde habían apilado los neumáticos de repuesto del rally contra el muro de la finca con la vaga intención de ocuparse de ellos más tarde. La pila tenía la altura y la confianza estructural de un edificio armado por personas que saben muchísimo de neumáticos por separado y han aplicado ese conocimiento en conjunto sin consultar a nadie con opiniones sobre la distribución de la carga.

Pip miró la pila de neumáticos con intensidad profesional.

La correa se tensó.

—Aquí vamos —dijo Cecily, con el tono de una mujer que venía esperando aquello desde que doblaron la esquina. Ajustó el agarre sobre la correa.

La dificultad con Pip, en momentos de verdadera entrega profesional, no era su entusiasmo, que, tomado en sus propios términos, era una magnífica cualidad en un investigador, sino su método. Un método desarrollado a lo largo de varios años de excavación entusiasta y asentado finalmente en un enfoque que priorizaba el acceso total por encima de cualquier consideración estructural. Lo aplicó ahora en la base de la pila de neumáticos, tirando de su restricción y lanzándose hacia aquel edificio de caucho.

El primer neumático, sacudido desde abajo, reconsideró brevemente su posición y luego se desplazó hacia la izquierda con un sonido plano y resonante.

El segundo lo siguió, con más convicción.

El tercero, uno más grande, del Riley de Lord Pendelton, colocado en una posición de carga, confiado en su tamaño, cayó de lleno.

Lo hizo sin aspavientos y fue a dar sobre la hierba con un golpe seco y definitivo.

—¡Pip! —exclamó Elsie—. ¡Cuidado!

Pip no modificó en nada apreciable su interpretación de «cuidado», pero sí aflojó, apenas, y eso bastó para que Elsie y Cecily lo consideraran una victoria.

Ahora estaba junto al muro, en la base de lo que había sido la pila, con el hocico trabajando con la rapidez y la intensidad concentrada de un perro para el que el mundo se había reducido a un único punto de extraordinario interés. Sus patas delanteras removían la tierra. Todavía no era una excavación en toda regla, sino la evaluación preliminar que la precedía: ese olfatear, detenerse y rascar que, para un terrier, equivale a medir dos veces antes de cortar.

Luego se sentó sobre los cuartos traseros y miró a Cecily por encima del hombro con una mirada directa y clara.

Cecily se acuclilló a su lado. La tierra al pie del muro estaba removida. Recién removida, advirtió Cecily. La superficie era más oscura donde la habían removido hacía poco. Había un bulto metido en la estrecha rendija donde la hilada más baja del muro se unía con el suelo, empujado lo bastante hacia adentro como para requerir un hocico de exactamente las dimensiones de un Jack Russell terrier. Un trapo, manchado de grasa y doblado. Y dentro del trapo, un peso sólido de metal.

—Buen chico —dijo Cecily en voz baja.

Pip recibió aquello con la digna compostura de un profesional que reconoce un trabajo bien hecho, y luego estornudó. Un estornudo que lo sacudió entero y esparció una buena porción de la tierra removida por los alrededores inmediatos en una pequeña nube terrosa que pronto dio paso a la expresión alerta y de ojos brillantes de un terrier renovado y listo para lo que viniera después.

Cecily metió la mano y sacó el bulto. Lo llevó hasta el muro y lo apoyó allí. Permaneció un momento de pie, con las palmas apoyadas sobre la superficie, sintiendo el peso bajo la tela, antes de empezar a desenvolverlo.

Primero el trapo. Era una tela de algodón grueso del tipo que se usa en talleres y fábricas, no el lino fino de una casa, no la franela gastada de una reparación privada, sino el algodón áspero que se usa en la limpieza industrial. Había sido usado, con el tiempo, precisamente para eso. La grasa estaba incrustada, no solo en la superficie, sino acumulada de un trabajo mecánico prolongado. Y en la esquina, donde la tela había sido doblada y el pliegue la había protegido parcialmente de lo peor de la grasa, un sello. Tinta negra, aplicado en fábrica. Las letras ligeramente irregulares, impresas en la tela con la autoridad firme e impersonal de un marcador industrial.

VANCE CONSOLIDATED WORKS — OXFORDSHIRE.

Elsie abrió el cuaderno y escribió sin que se lo pidieran.

La llave estaba debajo de la tela, y era exactamente lo que debía ser. Pesada, de fábrica, de una medida mayor que la especificación del perno de escape de un automóvil de pasajeros. El tipo de herramienta distribuida a trabajadores que pasaban sus días con componentes industriales hechos con tolerancias distintas a las de los automóviles particulares. Su cabeza mostraba el daño específico e inconfundible de una herramienta aplicada a un perno para el que no estaba diseñada. El metal rayado y marcado con el patrón de algo que había sido forzado en lugar de ajustado.

La sostuvo con firmeza y pensó en la voz de Miles de la noche anterior: *Demasiado torque para la especificación. El perno cede antes que la conexión.*

Miró el sello de fábrica en el trapo, y el peso de todo aquello se le instaló en el pecho. No el peso del metal, sino el peso de la imagen completa, ensamblándose pieza a pieza. Cada línea trazada. El conjunto emergiendo del ruido de los últimos cinco días hacia algo claro, sereno y doloroso.

Dejó la llave sobre el muro con el cuidado delicado y deliberado que daría a algo frágil, aunque era todo menos eso.

Una paloma torcaz llamó en el olmo más allá de la huerta. En el césped sur, un mástil de la carpa cayó con un impacto amortiguado por la lona, y la voz distante y alegre de uno de los hombres de la finca llamó algo a otro. La mañana seguía su curso alegre y sin prisa, igual que antes.

Pero la forma de la investigación había cambiado.

Cecily se arrodilló junto al borde del camino de servicio, la llave Vance de 32 mm pesada y fría en su bolsillo. Era una cosa tosca y sobredimensionada. Una herramienta para maquinaria pesada, no para la precisión delicada de un Bugatti.

Miró el suelo, donde la tierra compactada del camino de servicio contaba su historia silenciosa. Cerró los ojos, repasando mentalmente las descripciones que Miles, Burbage y Pendelton habían compartido.

Caminaba con un paso rítmico y pesado. Esas fueron las palabras exactas de Burbage.

Esa revelación no le trajo una respuesta, sino que abrió dos caminos muy distintos y peligrosos.

Por un lado, era el andar de las trincheras. Herido y desigual. Apuntaba hacia la fábrica, hacia los hombres como aquellos en la lista de liquidación que habían sido descartados por Sterling Vance. Un "hombre de Vance" usando una "herramienta de Vance" para saldar una deuda de Vance.

Pero luego estaba la otra posibilidad. Pensó en Clara Bowes, con sus ojos penetrantes y su capacidad aterradora y absoluta. Clara se movía con la zancada pesada y decidida de una mujer con botas de conducir pesadas, acostumbrada a obligar al mundo a apartarse de su camino.

—¿Era una cojera, Pip? —susurró Cecily, observando al terrier olfatear una prímula aplastada—. ¿O era solo la firmeza de su propósito?

Si era Clara, la "tosquedad" del trabajo en el escape era la parte más inteligente del crimen. Una piloto profesional usando una herramienta de fábrica tosca para hacer que un asesinato pareciera el accidente de un aficionado. Era el tipo de engaño táctico que una competidora experimentada usaría para desviar la atención de un experto en mecánica.

Cecily se puso de pie, con la mandíbula apretada. Tenía los *medios*, esa llave pesada y marcada. Pero el *quién* ahora estaba dividido entre dos mundos. La tragedia del trabajador arruinado y la fría ambición de la piloto rival.

—Mañana, vamos a la fábrica —le dijo a Pip—. Averiguaremos si esa llave fue robada o si es una pista falsa plantada por alguien que sabe exactamente cómo llevarse la victoria.

Se volvió hacia la casa, con los ojos fijos en el contorno distante de las chimeneas de la fábrica. La verdad estaba ahí fuera, en algún lugar entre el hollín de los talleres y la grasa de los boxes. Y mientras caminaba, se sorprendió esperando, por primera vez, que la respuesta fuera la más simple.

Porque si una mujer como Clara Bowes había decidido que el asesinato era solo otro obstáculo en la pista, entonces nadie en Ashcombe Hall estaba realmente a salvo.

La pista del hospicio y el sabotaje

El automóvil de la finca aguardaba en el patio de los establos con un aire paciente y ligeramente presuntuoso. El consejo de Miles había sido profesional e inequívoco: tomar el automóvil de la finca, dejar el De Dion, no hacerse reconocible en el camino a la fábrica de Vance. Ella lo había seguido con la misma practicidad directa con que seguía cualquier consejo que fuera sensato y viniera de una fuente en la que confiaba. Que el consejo hubiera venido de un hombre confinado a sus habitaciones por orden burocrática del agente Fenchurch, y que seguirlo fuera una de las pequeñas maneras

cotidianas de mantener la fe en él hasta que se abrieran caminos más amplios, eso fue algo que no analizó con demasiado detalle. Simplemente lo siguió, y dejó que el seguirlo significara lo que significaba, lo cual era, sospechaba, bastante más de lo que estaba dispuesta a decir en voz alta a las ocho y media de un martes por la mañana en el patio de los establos.

A Pip le habían dado instrucciones sobre un asunto completamente diferente.

La explicación no había salido bien.

—Lo ha hecho otra vez —informó Elsie, llegando desde el pasillo de la cocina—. La señora Fotheringill lo tiene. Está sobre las losas haciéndole ojitos.

—Ojitos —dijo Cecily.

—Los dos. Muy grandes. Apuntando directamente a la lata de las galletas de mantequilla. —Elsie ajustó la correa del bolso de cuero sobre su hombro con la eficacia de quien no piensa detenerse—. Ella se mantiene firme. Yo diría que las probabilidades están cincuenta y cincuenta.

Desde la cocina, a un volumen que parecía dramáticamente desproporcionado al tamaño del animal que lo producía, llegó un sonido que no era del todo un ladrido y no era del todo un aullido, sino que quedaba justo a medio camino entre ambos. Se elevó, se sostuvo por un momento de notable empeño expresivo, y luego cayó a un silencio elocuente y lleno de reproche que era, a su manera, peor.

—Estará perfectamente bien y se portará bien —dijo Cecily, con la confianza de una mujer que ha dicho esto antes y tiene la intención de seguir diciéndolo sin importar las pruebas en contrario.

Lady Fenella estaba en la terraza.

Llevaba un vestido matinal de azul pavorreal intenso, una elaborada creación de seda y ambición descarada que no tenía ningún motivo sensato para estar al aire libre antes del mediodía. Sostenía un vaso que contenía, a esta hora, algo que Cecily eligió no identificar. Duchess estaba en la silla junto a ella, acomodada sobre un cojín de terciopelo.

—Vas a la fábrica —dijo Fenella. No era una pregunta realmente. Fenella rara vez preguntaba cuando ya había reunido la respuesta y la encontraba suficientemente confirmada por la evidencia que tenía ante sí.

—Así es —dijo Cecily.

—Antes del almuerzo.

—Las fábricas, hasta donde he comprobado, no respetan mucho los horarios de almuerzo.

Fenella miró el automóvil de la finca. Miró a Thomas. Luego miró a Cecily con esa mirada larga y evaluadora de una mujer que había sobrevivido a tres maridos, a la Gran Guerra y a los peligros sociales específicos de los años veinte, y que, en consecuencia, había desarrollado opiniones muy precisas sobre qué riesgos eran aceptables y cuáles representaban una imprudencia.

—Lleva algo para comer —dijo al fin—. La señora Fotheringill habrá puesto algo. Siempre pone algo. —Alzó su vaso hacia Cecily en un gesto que logró ser simultáneamente despedida, bendición y leve reproche, de la manera en que solo Fenella podía lograr con un solo movimiento—. Intenta no volver en peor estado del que te vas.

—Esa es mi firme intención —convino Cecily.

—Las intenciones —dijo Fenella, que había visto cómo décadas de intenciones chocaban con la realidad y salían del encuentro bastante maltrechas— son muy bonitas hasta que la realidad se encarga de ellas. —Se acomodó de nuevo en su silla. Duchess abrió un ojo

ámbar, evaluó la partida con la economía rápida y eficiente de una gata que tiene cosas más urgentes que atender, y lo cerró de nuevo.

Llevaban unos doscientos metros por el camino de entrada cuando el canónigo Bott se materializó en la verja con su cuaderno abierto y las pinzas de ciclista aún puestas.

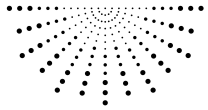
—¡Lady Ashcombe! —Levantó la mano en un saludo que estuvo peligrosamente cerca del poste de la verja—. Solo... sí... el automóvil de la finca... para mayor precisión, comprende... —Ya estaba escribiendo, el lápiz moviéndose absorto en su tarea—. El sonido del motor al partir... ¿diría que es más bien un sostenido... no, no importa, ya lo tengo. —Levantó la vista con una expresión ligeramente aturdida—. La fábrica, supongo. Excelente investigación. Silas habría... —Hizo una pausa. El cuaderno bajó una fracción. Su expresión se ajustó a algo más honesto y considerablemente más sosegado, como el rostro de una persona que deja de actuar y simplemente es—. Tenga cuidado, Lady Ashcombe.

—Siempre, Canónigo Bott.

Cuando el automóvil pasó por la verja y giró hacia el camino, Cecily miró hacia atrás por la ventana trasera y vio al canónigo observándolos partir con el lápiz todavía levantado, la verja abierta detrás de él, la luz de la mañana cayendo brillante y pareja sobre el camino. Parecía, a esa distancia, mucho menos un hombre dedicado a la investigación literaria y mucho más un hombre rezando una oración.

24

UNA DECLARACIÓN DE GUERRA



Las Obras Consolidadas Vance anunciaban su presencia desde media milla de distancia.

No visualmente, el camino se curvaba a través de un bosquecillo de castaños antes de abrirse al acceso, sino por sonido y por olor, en la forma en que los establecimientos industriales suelen anunciar su presencia a la campiña circundante, lo haya pedido esta o no. El sonido era un retumbar y rechinar rítmico y profundo de maquinaria construida para la producción, no para la belleza. El olor era aceite y metal caliente y esa cualidad particular del aire que ha permanecido en un edificio grande con ventilación inadecuada el tiempo suficiente como para haber perdido todo recuerdo de lo que era antes de convertirse en eso.

El edificio era utilitario, como todo lo construido con un solo propósito. Largo, bajo, techo de hierro corrugado sobre paredes de ladrillo rojo, un patio de tierra compactada y grava, una garita ocupada por un hombre con abrigo marrón que miró el automóvil de la finca con la cautela de alguien cuyas instrucciones sobre los visitantes no habían previsto mujeres en tweed.

—Inversionistas —dijo Elsie con calma desde el asiento trasero, antes de que Cecily pudiera hablar—. Estamos considerando una

diversificación de intereses y nos han aconsejado inspeccionar las obras antes de comprometer capital. Requeriremos solo un recorrido breve.

Agregó, con la autoridad pausada y firme de una mujer que ha hecho esto antes y lo está haciendo de nuevo:

—El señor Geddes, si está disponible.

El hombre del abrigo marrón miró a Elsie. Miró su garita. Entró, y regresó con la expresión resignada de un hombre que ha concluido que la solución más eficaz para una situación inesperada es derivarla a alguien cuya antigüedad la convierte en problema suyo.

—El señor Geddes las atenderá.

El señor Geddes era un hombre de quizás cincuenta años, con el rostro cuidadoso y vigilante de alguien que ha trabajado mucho tiempo para personas a las que no logra respetar del todo y ha desarrollado, como consecuencia, una economía de expresión muy precisa. Les estrechó las manos con la cortesía automática de un largo hábito profesional y las condujo adentro. Dijo lo que las obras requerían que dijera. Cifras de producción, capacidad, rango de componentes, volumen de contratos desde la consolidación. Lo dijo con el tono de un hombre que recita hechos en los que hace mucho dejó de invertir sentimiento personal alguno.

Cecily escuchó. Caminó. Observó.

Los trabajadores eran predominantemente veteranos. Lo supo no por sus rostros, aunque también lo supo por ellos, sino por la forma en que ocupaban el espacio. Esa actitud contenida, particular, de los hombres que han soportado ciertas cosas. Atención manejada con cuidado, ojos en el trabajo inmediatamente frente a ellos, sin elevarse a la distancia media, sin dirigirse a quienes pasaban. El silencio que no es paz, sino práctica. La disciplina propia de hombres que han aprendido a vivir en condiciones que no eligieron y no pueden cambiar. Lo había visto en Francia. Lo reconoció aquí con

una certeza que la atravesó lentamente y se asentó en un lugar hondo y doloroso, como sucede con los reconocimientos que también son acusaciones.

El aire adentro era denso y sofocante. El piso vibraba con el esfuerzo sostenido de la maquinaria a plena producción, un temblor bajo e insistente que entraba por las plantas de los pies y se alojaba allí. El calor que emanaba del metal no era el calor honesto del verano, sino el calor acumulado y reciclado de un edificio cuyas ventanas no se habían abierto adecuadamente en mucho tiempo, quizá nunca.

Se detuvo.

Las herramientas en el banco más cercano a la puerta no eran las herramientas que debían estar en ese banco. Eran herramientas grandes, industriales. Pesadas, de dotación industrial, construidas para componentes con tolerancias mucho más amplias que las del trabajo al que se estaban aplicando. Los hombres las usaban porque los hombres usaban lo que se les daba.

Pensó en el perno barrido del colector de escape de Vance.

Cecily le comunicó a Elsie lo que era necesario mediante pequeños y precisos ajustes en la dirección de su mirada, y Elsie lo recibió y lo registró. Ninguna de las dos habló en voz alta.

Cerca de la segunda bahía, un hombre mayor hizo una pausa en su trabajo. Una pausa cuidadosa que no parecía tal para quien estuviera supervisando, pero que era inconfundible para quien prestaba una atención de otra índole. Sus manos no dejaron de moverse. Pero la mirada se sostuvo una fracción de segundo más de lo que la cortesía o la coincidencia requerían, y en ella estaba el reconocimiento sin palabras de quien ve, en el rostro de un extraño, a alguien que ve de verdad, no que finge interés.

Ella sostuvo la mirada durante la misma fracción de segundo y le dio el pequeño y firme asentimiento de una mujer que ha comprendido un mensaje que técnicamente no le fue enviado. Él lo devolvió,

apenas perceptiblemente, y su atención volvió a su trabajo, y ella siguió caminando.

Llevó consigo aquel rostro hasta el extremo más alejado de la segunda bahía, donde le preguntó al señor Geddes, en el tono de alguien que hace indagaciones poco notables sobre la composición de la fuerza laboral, cuánto tiempo llevaba el personal actual en las obras. La mayoría desde la consolidación, dijo. Algunos más tiempo. Nombró varios nombres con la facilidad cansada de un hombre acostumbrado a producir esta información cuando se le solicita. Ella escuchó sin mostrar interés particular y, entre los nombres, oyó el que había estado esperando.

—Higgins —dijo Geddes—. Arthur Higgins. Ha estado aquí desde los primeros días. Confiable, callado. No causa problemas.

Lo dijo sin inflexión. Una descripción entre descripciones, ofrecida sin ninguna conciencia del peso que llevaba en esta conversación particular.

—Imagino que eso se valora —dijo Cecily.

—En este tipo de lugar —dijo Geddes con tono plano—, lo es.

Estaban a una milla y media de la fábrica, en la ruta de regreso, cuando la voz de Thomas llegó desde el frente.

—Lady Ashcombe, parece que los frenos no responden.

Cecily levantó la vista de sus notas. La colina era una que conocía, un descenso largo y curvo a través de un camino con setos, del tipo que exigía frenado temprano. Al conducir el De Dion, ella anticipaba el camino con cincuenta yardas de ventaja y comenzaba a aplicar los frenos con suavidad antes de que la pendiente impusiera su inercia al vehículo. Vio, en el mismo momento en que escuchó la voz de Thomas, que el automóvil no estaba reduciendo la velocidad como debía, y que el seto al fondo de la colina se acercaba con mucha más rapidez de la deseable.

No pensó en moverse. Simplemente se movió.

Saltó al asiento delantero con la rapidez compacta y resuelta de una mujer que ha conducido ambulancias por caminos peores que este, a horas peores y con menos visibilidad, y aun así ha logrado mantener intactos tanto el vehículo como a sus ocupantes. Se acomodó en el asiento del pasajero delantero y le puso una mano en el brazo a Thomas, para afirmarlo y dirigirlo al mismo tiempo.

—Baja el cambio. A segunda. Deja que el motor la frene —dijo con voz serena—. Pégate a la orilla izquierda... no a la zanja, Thomas, a la orilla izquierda. Apunta al seto blando. No luches contra ella. Guíala.

Thomas reaccionó de inmediato, con precisión y sin vacilar. Bajó el cambio. La resistencia del motor se opuso al impulso de la pendiente. No lo suficiente para detener el descenso, pero sí para reducirlo, para marcar la diferencia entre el control y el caos, y Cecily estaba improvisando el control con lo que tenía.

—Despacio. A la izquierda. Ahí... ahora.

El automóvil se metió en el seto. Una detención controlada a una velocidad que dejó a todos sacudidos, pero enteros. Una rama atravesó la ventanilla trasera. Cayó directamente sobre el cuaderno de Elsie.

Los tres se quedaron sentados en el silencio brusco y resonante.

—¿Todos están bien? —La voz de Thomas era firme.

—Perfectamente —dijo Cecily.

Thomas salió del automóvil y se agachó junto a la rueda trasera. Cecily se puso en cuclillas a su lado, en la franja de hierba junto al camino, mientras su falda de tweed iba adquiriendo esa combinación tan específica de polvo de tiza y espino albar que requeriría cierto tipo de conversación con la señora Fotheringill. Observó la pieza con la mirada que Miles había ayudado a desarrollar en ella a lo largo de

tres años trabajando junto a él en la cochera. No era la mirada de una experta, pero sí una mirada informada, y una mirada informada a menudo basta.

La unión de la línea de freno estaba suelta. No se había aflojado por desgaste. El patrón de desgaste no correspondía en absoluto a eso: demasiado repentino, demasiado concentrado en un solo punto. La habían aflojado a propósito. La habían ajustado deliberadamente para que cediera bajo una presión sostenida; es decir, en lo alto de una colina larga, con una curva al pie y una zanja del lado derecho, a una velocidad que aumenta antes de que el conductor advierta que los frenos no responden.

Se sentó sobre los talones y se quedó inmóvil un momento.

Estaba sacudida. Lo reconoció con franqueza. Pero estar sacudida no era lo mismo que estar deshecha, y no había vuelto a estar deshecha desde una estación de campaña invernal a las afueras de Ypres, en 1917, en la oscuridad, con los obuses cayendo cerca y el trabajo frente a ella exigiéndole más de lo que creía tener.

Respiró. Dejó que la solidez de la tierra volviera a afirmarla, como siempre ocurría cuando dejaba de pelear contra el miedo y simplemente se volvía hacia aquello en lo que más confiaba. *Busqué al Señor, y él me respondió, y me libró de todos mis temores.* No la ausencia del miedo. La liberación a través de él, que era algo completamente distinto.

Se puso de pie.

—Alguien sabe que estamos cerca —dijo.

Elsie miró la unión del freno. Luego miró a Cecily. Su expresión era la de una mujer que ya había hecho sus cálculos y había tomado partido.

—Entonces más nos vale acercarnos todavía más —dijo.

Thomas caminó hasta la granja más cercana, visible al otro lado de la loma, a un cuarto de milla de regreso hacia el pueblo.

Cecily y Elsie se acomodaron junto a un tramo de muro de piedra seca, bajo el calor tenue de las últimas horas de la mañana, y esperaron. El seto bullía de vida gracias a un zorzal que parecía entregado a una actuación en solitario de ambición extraordinaria, por completo indiferente a su público. Más allá del muro, un rebaño de ovejas contemplaba el automóvil incrustado en el seto con indiferencia filosófica.

Cecily alzó la vista hacia el cielo pálido e indiferente, con el corazón todavía golpeándole las costillas en un ritmo frenético. El aire olía a aceite caliente y a helechos magullados.

—¿Fue él, milady? —preguntó Elsie, con la voz temblorosa—. ¿Gregory Miller? ¿O será la señorita Bowes? La vi mirándonos en el paddock... parecía que quería echarnos del camino ahí mismo.

—Esto es un golpe de precisión, Elsie —dijo Cecily; hasta a ella misma su voz le sonó lejana.

Se arrodilló para examinar la línea de freno cortada.

—El trabajo en el escape de la cochera fue un desastre. Fuerza bruta y una llave pesada. Pero esto... esto es una muesca en la línea. Una falla limpia, calculada, pensada para producirse exactamente cuando alcanzáramos la bajada.

Se limpió la grasa de las palmas. La teoría que había armado en el camino de servicio era ahora una realidad cruda y descarnada.

Si aquello era obra de un bruto con la llave de fábrica, entonces había pasado de un delito de impulso desesperado a un intento frío y premeditado contra su vida. Significaba que la «víctima de guerra» por la que había sentido compasión era, en realidad, un depredador tan peligroso como Sterling Vance.

Pero si había sido Miller o Bowes... Cecily entornó los ojos al mirar de nuevo hacia el pueblo. Clara tenía manos de cirujana y el móvil de una rival. Ambos tenían cuentas pendientes y quizá secretos que ocultar. Ambos sabrían exactamente cómo hacer que un sabotaje pareciera una falla mecánica. Tal vez el trabajo burdo en el escape había sido una artimaña desde el principio. Una astuta puesta en escena para hacer que la policía buscara a un torpe con las manos mientras el verdadero asesino observaba desde el asiento del conductor de un automóvil deportivo.

—No lo sé, Elsie —admitió Cecily; aquella certeza la heló más que el viento—. El primer acto fue una tragedia. Este segundo acto es un acto de guerra. Quien haya hecho esto ya no solo intenta borrar su rastro. Intenta asegurarse de que yo no lo siga.

Después subió por el camino para reunirse con Thomas y la carreta que había conseguido.

El día siguiente se cernía al final del camino, donde la aguardaban la verdad y la ardua, necesaria y misericordiosa tarea de sacar por fin a la luz toda aquella historia sórdida.

Ensamblando las piezas

El carro avanzaba por el camino de Ashcombe con el ritmo pausado de un caballo de granja poco dispuesto a apresurarse. El granjero en el pescante casi no había dicho nada desde que los recogió del camino, más allá de un único comentario sobre el seto. En concreto, que era un buen seto, uno de los mejores en ese tramo del camino, y que se alegraba de que no hubieran ido a parar a la zanja, lo cual habría sido considerablemente menos conveniente para todos los involucrados, incluida la zanja. Cecily había coincidido en que el seto había cumplido admirablemente. Habían continuado el resto del trayecto en un silencio cómodo, sin necesidad de hablar.

El patio de los establos los recibió con la quietud atareada y ordinaria de media tarde. Un gorrión llevaba a cabo una inspección

del abrevadero. Las puertas de la cochera vacía estaban abiertas.

Thomas los ayudó a bajar del carro.

Lady Fenella estaba en la terraza para recibirlos.

Estaba, como a su partida, ataviada de seda y autoridad, aunque el azul pavo real había dado paso a un vestido de un oro intenso. Duchess estaba en la balaustrada junto a ella.

Fenella miró a Cecily. Observó la tiza en la falda de tweed de Cecily y el fragmento de espino en el cabello de Elsie, pasado por alto durante el arreglo junto al camino y preservado como evidencia. Luego miró el patio de establos vacío detrás de la carreta.

No dijo nada por un momento.

—El automóvil de la finca está en un seto.

—Así es —coincidió Cecily.

—Y ustedes no.

—También correcto.

Fenella levantó su copa y la dirigió hacia ellas en un gesto que logró transmitir simultáneamente alivio y una leve desaprobación por haber necesitado sentirlo.

—Vengan a comer algo sensato —dijo—. La señora Fotheringill ha estado lanzando advertencias cada vez más amenazantes respecto al almuerzo desde la una y media, y yo he estado intentando sostener la defensa yo sola, lo cual encuentro agotador tanto física como espiritualmente.

—Entraremos enseguida —dijo Cecily—. Primero necesito encontrar al agente Fenchurch.

La expresión de Fenella cambió de forma leve y precisa.

—Está en el salón de servicio —dijo—. Llegó hace aproximadamente dos horas, se instaló en la mesa con esa seguridad burocrática de quien sigue el protocolo al pie de la letra, pidió té y ha estado leyendo su manual con la concentración de quien busca algo que sabe que está ahí, en alguna parte. —Hizo una pausa—. Va por el capítulo nueve.

El salón de servicio olía a té y pan caliente, y a ese ambiente campechano de una tarde compartida. La señora Fotheringill estaba, como era habitual, dedicada a un trabajo serio que no se beneficia de interrupciones. Miró a Cecily cuando entró, evaluó la tiza, la situación del espino y la evidencia general de una mañana que no había transcurrido del todo según lo planeado, y dijo, con magnífica y total compostura:

—El almuerzo aguarda, milady. Siéntese cuando esté lista.

El agente Fenchurch estaba en el extremo más alejado de la mesa del salón de servicio con su *Procedimientos Policiales para Distritos Rurales* abierto en una doble página que leía con atención minuciosa y concentrada. Habiendo encontrado el capítulo relevante, se aseguraba de comprenderlo a fondo antes de seguir. Proceder sin estar absolutamente seguro era el tipo de cosa que conducía a complicaciones, y en los últimos días había acumulado ya bastantes complicaciones como para andarse con más.

Era un hombre de buen carácter, Fenchurch. Cecily siempre lo había pensado, incluso cuando su buen carácter se expresaba a través de una obstinación bienintencionada que era su principal modo de investigar. Levantó la vista cuando ella entró, aliviado y a la vez aprensivo de que ella hubiera llegado.

—Lady Ashcombe. —Se levantó, sacudiendo ligeramente los *Procedimientos Policiales*, que intentaron deslizarse hacia el borde de la mesa; él los atrapó con el reflejo de la larga práctica—. Estaba justamente... el capítulo nueve cubre la evidencia mecánica bastante exhaustivamente, en realidad. Hay una sección sobre interferencia vehicular que encontré muy...

—Agente Fenchurch —dijo Cecily, acomodándose en la silla frente a él—. La línea de freno del automóvil de la finca fue deliberadamente saboteada. La conexión fue aflojada en un solo punto. El patrón de desgaste es totalmente incompatible con una degradación natural, lo cual su manual confirmará en el capítulo nueve, ya que esta se caracteriza por un desgaste uniforme en todo el componente, y no por un aflojamiento concentrado en una junta específica. —Hizo una pausa—. Puede agregar eso a sus notas.

Fenchurch escribió. Escribió con cuidado y a un ritmo que sugería que también estaba simultáneamente verificando cada palabra contra su propia comprensión mientras avanzaba. Cuando terminó, levantó los ojos para encontrarse con los de ella.

—Deliberadamente saboteada —confirmó—. Un solo punto. Patrón de desgaste incompatible. —Encontró su página nuevamente y pasó el dedo por la parte inferior del párrafo relevante—. Solo pregunto porque el manual señala, en la página ciento cuarenta y siete, que los vehículos rurales están sujetos a lo que denomina... «degradación natural de los componentes de freno en condiciones de...»

—Estoy segura —dijo Cecily. El tono era paciente, impecablemente cortés y absolutamente terminante. Era el tono que zanjaba la cuestión y no dejaba resquicio alguno para que el manual la reabriera.

Fenchurch tomó su lápiz. Escribió: *Confirmado deliberado.* Lo subrayó. Una vez. Luego, tras un momento de consideración, dos veces, y contempló el doble subrayado con la expresión de quien ha hecho algo formalmente significativo y es consciente de ello.

—Eso sería un segundo delito —concluyó.

—Así es.

—Lady Ashcombe —dijo—. Entre nosotros, y enteramente de manera procedimental, he anotado en el expediente del señor

Penrose que ha sido... —Hizo una pausa con cierto cuidado—. Cooperativo —terminó—. Y no ha dicho mucho. Anoté eso como sospechoso o muy cortés. Todavía no he decidido cuál.

Cecily lo miró con calma. Fenchurch observaba su libreta con la expresión de un hombre en quien una pequeña duda reacia se había instalado y empezaba a hacerse notar. Tal como ocurre con las dudas honestas cuando por fin encuentran un hueco para acomodarse.

—Sugeriría, agente —dijo, con bastante gentileza—, que un hombre que guarda silencio en circunstancias difíciles y no intenta desviar la culpa hacia otros tiene más probabilidades de ser íntegro que sospechoso.

Fenchurch consideró esto. Escribió algo en su libreta que no leyó en voz alta, lo que significaba que era para su propia referencia en lugar del expediente oficial. Cecily pensó, con la calidez particular que reservaba para esos momentos genuinos en que la gente lograba hacerlo mejor de lo que venía haciéndolo, que aquello era un progreso real y significativo.

—¿Y qué hay de Gregory Miller? —preguntó Cecily, manteniendo su tono conversacional—. ¿El mecánico de carreras que fue visto merodeando cerca de la cochera más temprano ese día? Parece haber desaparecido del pueblo.

Fenchurch asintió, pasando varias páginas hacia atrás en su libreta.

—De hecho ha partido, milady. Rastreé sus movimientos esta mañana. Parece que el señor Miller no tenía intención de quedarse ni un minuto más del necesario para hacerse notar. Sin embargo, ya no figura en mi lista de preocupaciones para la hora del asesinato. El cartero y la esposa del dueño del pub lo vieron en el extremo opuesto de la plaza del pueblo durante el desfile. Aparentemente estaba enfrascado en una discusión muy acalorada con un conductor de reparto en el momento exacto en que movieron el Bugatti.

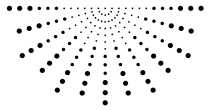
Cecily sintió que un poco de la tensión anterior se aliviaba.

—¿Entonces Miller tiene coartada?

—Completamente —confirmó Fenchurch, marcando una línea gruesa a través de un nombre—. Tiene el motivo, desde luego, pero su paradero está plenamente verificado.

Ella lo dejó con su capítulo.

25
LO QUE SE REQUIERE



Cecily cruzó el patio bajo la luz pareja y plana de la tarde, con las puertas abiertas de la cochera vacía ante ella.

Las habitaciones sobre la cochera tenían esa cualidad particular y auténtica de los espacios que pertenecen por entero a quien los habita. No había nada excesivo ni nada afectado.

Miles estaba de pie junto a la ventana cuando ella llamó. Se volvió al oír el sonido. No sobresaltado, porque Miles Penrose era por naturaleza incapaz de sobresaltarse de manera visible, sino presente del modo en que siempre lo estaba.

—Milady —dijo.

No llegó a formularlo como pregunta, pero la entonación la insinuaba.

—Todos están bien —dijo Cecily.

Porque eso era lo primero, y ella lo sabía, y lo dijo antes que nada para que él no tuviera que preguntar.

Él asintió y se apartó de la ventana.

—Los frenos —dijo.

—Se aflojaron. Deliberadamente. Un solo ajuste, desgaste concentrado en un punto. —Entró y se detuvo cerca del banco de trabajo—. Thomas lo manejó bien. Fuimos a dar contra el seto a una velocidad manejable.

—El seto de Bicester lane.

No era una suposición. Conocía ese camino, como conocía todos los caminos de los recorridos de la finca.

—Sí.

—Alguien sabe que estás cerca.

—Eso pensé exactamente. —Hizo una pausa—. Primero la fábrica. Fuimos esta mañana.

Él alzó la vista ante eso.

Ella le contó lo que había visto. Los obreros, el aire, las herramientas equivocadas sobre el banco, la calefacción insuficiente, el hombre mayor en el segundo puesto con esas manos que no dejaban de moverse. Geddes, recitando cifras de producción con el tono de un hombre que ha aprendido a no mirar aquello que hace posible. Los nombres dados sin la menor conciencia de lo que se estaba entregando.

Miles escuchó sin interrumpir. Era muy bueno para escuchar. No la apariencia de escuchar, sino escuchar con genuina atención. Asimilar lo que se le decía y darle su peso, sin apresurarse a responder, algo bastante más raro de lo que suele reconocerse.

Cuando ella terminó, él guardó silencio un momento. Luego:

—La llave de tuercas.

—De la fábrica. Un tamaño más grande de lo debido para esa especificación.

—He estado pensando en eso. —Se acercó al banco de trabajo.

Miles era un hombre que pensaba con más claridad cuando tenía las manos cerca de las herramientas, incluso cuando no estaba haciendo nada con ellas.

—Volví a repasar el colector en mi cabeza. El paso de rosca de ese modelo es estrecho. Ningún mecánico profesional habría usado esa llave en ese perno. No porque no pudiera, sino porque sabría antes de empezar que no era la medida correcta. Se habría detenido y habría buscado la adecuada. Las herramientas estaban ahí mismo, a mano.

Lo dijo con sencillez y sin la menor complacencia. No era una defensa. Era un hecho.

—Eso completa el cuadro. —Cecily asintió.

—Mañana —dijo ella—. La biblioteca. ¿Estarás allí?

—Sí, si Fenchurch me deja salir.

Se movió hacia la puerta. Tenía la mano en el marco cuando él volvió a hablar.

—Lady Ashcombe.

Ella se volvió.

Él seguía junto al banco de trabajo. La miraba con la expresión directa y atenta de un hombre.

—Eres la persona más meticulosa que he conocido —dijo.

Hizo una pausa.

—Y la menos cuidadosa contigo misma.

Le llegó exactamente como él había querido que le llegara: como reproche y como algo más amable. Protector. Sintió que se asentaba en ella, cálido y con peso, y no apartó la mirada.

—Estoy trabajando en la segunda cualidad —dijo—, mientras saco todo el provecho posible de la primera.

Algo que no era del todo una sonrisa cruzó por su rostro. Breve, genuino y enteramente Miles.

—Bien —dijo.



Tomó la escalera de servicio hacia la biblioteca, que era el camino más largo, y no se apresuró. El pasillo estaba fresco y en silencio, con esa quietud particular de una casa en las horas entre una actividad y otra. Era consciente, sin permitirse analizarlo demasiado, de un calor que se le había asentado en alguna parte del pecho y que no estaba allí cuando había llamado a esa puerta media hora antes.

No le puso nombre. No estaba lista para nombrarlo y, pensó, era lo bastante sensata para saber la diferencia entre no estar lista y no saber. Sí sabía. Simplemente siguió por el corredor, entró en la biblioteca y se puso a trabajar.

La biblioteca la recibió con la serena disposición de una habitación que sabe para qué se usa y se ordena en consecuencia. Los altos ventanales derramaban la luz de la tarde en largos rectángulos pálidos sobre el suelo. La evidencia estaba sobre la mesa, donde la había dejado, cubierta con un paño en esa disposición práctica de una mujer que tiene un terrier curioso y ha aprendido por experiencia.

Retiró el paño y permaneció de pie ante la mesa, mirando lo que tenía delante. No como inventario, no repasando otra vez cada objeto, sino como un todo: el cuadro completo, por fin ensamblado, cada pieza presente y en su debida relación con las demás. Tenía esa cualidad que a veces poseen las cosas terminadas. No triunfo, porque el costo había sido demasiado alto para que esa fuera la

palabra adecuada, sino una sobria plenitud. El trabajo estaba hecho. Estaba bien hecho. Estaba listo.

Escribió las invitaciones ella misma, de su propia mano, porque había cosas que no debían delegarse. Breves, objetivas, corteses. El agente Fenchurch, la señorita Bowes, Lord Pendelton, el señor Burbage, Arthur Higgins. Miles. No lo llamó convocatoria. Lo llamó reunión. La palabra era más modesta y más sincera respecto de lo que era. Gente en una habitación, a la que se le pedía que respondiera por sí misma.

Mañana.

Dejó la pluma y respiró.

Entonces, sin buscarlo del todo, la mano se le posó sobre la pequeña Biblia que guardaba en una esquina de la mesa. Un hábito adquirido en la vicaría, mantenido en Francia, traído hasta aquí. La abrió. La página que se le ofreció fue Miqueas, y el versículo era el 8 del capítulo 6. Lo leyó en el silencio de la biblioteca, con la luz de la tarde sobre la mesa y las pruebas ante ella.

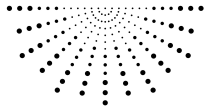
Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; y qué requiere de ti el Señor sino practicar la justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios.

Lo leyó dos veces. Justicia y misericordia juntas. No una en lugar de la otra. No una misericordia que aparta la mirada de la justicia para ahorrarse dificultades, ni una justicia que confunde dureza con integridad. Ambas a la vez, sostenidas sin dejar que una apagara a la otra. No era fácil. Tampoco debía serlo.

Cerró la Biblia. Se quedó sentada un momento más. Luego fue a vestirse para la cena.

26

JUSTICIA Y MISERICORDIA



El comedor tenía esa calidez acogedora de una estancia en la que de verdad vive gente que come tanto porque lo necesita como porque la ocasión lo exige. La señora Fotheringill había preparado algo reparador. Una buena sopa, un pollo asado de una seriedad moral indiscutible, un pudín que sugería una idea muy clara de lo que la velada exigía, aplicada directamente al horno. La mesa no era formal. Fenella había tomado esa decisión ejecutiva al sentarse en la cabecera equivocada y dejar establecido el precedente antes de que llegara alguien a discrepar.

El canónigo Bott, como era su costumbre, se había invitado a sí mismo y lo habían aceptado, porque siempre era así, y porque su presencia se había vuelto menos un añadido a las veladas habituales de la casa y más uno de sus rasgos establecidos. Como uno de esos muebles un poco excéntricos cuya ausencia, con el tiempo, uno notaría enseguida. Llevaba su segunda mejor chaqueta y las pinzas de bicicleta en los pantalones, que había vuelto a olvidarse de quitarse y que nadie volvió a mencionar.

Estaba más callado de lo normal.

Eso, en sí mismo, merecía señalarse. El registro natural del canónigo Bott consistía en una corriente constante, aunque suave, de

observaciones, relatos y disculpas automáticas por haber hecho la observación, de modo que sus silencios resultaban llamativos. Siguió con la sopa. Miró a Cecily una o dos veces con la expresión de un hombre que tanteaba el límite exacto entre la preocupación genuina y el impulso de convertirla en material literario, y que, honorablemente, pensó ella, elegía la preocupación genuina.

Dejó la cuchara. Volvió a tomarla.

—He estado repensando la moralidad de la revelación en el capítulo doce. La de Silas Bellweather.

Hizo una pausa.

—El... el asesino de ese. No estoy seguro de que sea del todo imposible simpatizar con él.

Fenella, que se había concentrado en su pollo con la apreciación concentrada de una mujer que respeta un ave bien asada, dijo sin levantar la vista.

—Se te está enfriando la sopa, Alistair.

—Sí —convino—. Lo sé.

No la probó.

—Es solo que... las circunstancias en las que un hombre puede llegar a... quiero decir, si uno se pusiera a considerar las circunstancias de fondo...

Se interrumpió. Se acomodó los lentes.

—Me preocupa —dijo, con toda sencillez, con el tono de un hombre que ha abandonado la arquitectura por completo y ha llegado a la planta baja—. El del capítulo doce.

Fenella dejó el tenedor. Miró al canónigo Bott con la expresión clara, sin adornos, de una mujer que ha observado a muchas personas en muchas habitaciones difíciles y que hace tiempo decidió que lo más

útil que se puede ofrecer es una verdad precisa dicha sin aspavientos.

—La cuestión no es si el hombre tenía razones, Alistair —dijo—. La cuestión es si eso basta.

Hizo una pausa.

—Y sabes perfectamente bien que no. Precisamente por eso te preocupa.

Volvió a tomar el tenedor.

—Cómete la sopa antes de que la señora Fotheringill se la tome como una afrenta personal.

La mesa quedó en silencio un momento.

—Tiene razón —dijo Cecily en voz baja—. Y creo... creo que la preocupación que siente, canónigo Bott, es la respuesta correcta. Significa que no ha dejado de verlo como una persona. Eso importa. Mañana se me exigirá lo mismo.

El canónigo Bott la miró. Asintió una sola vez, con la franqueza seria y desguarnecida de un hombre que ha recibido algo que necesitaba y no piensa fingir lo contrario. Entonces se puso a comer la sopa.

Fenella no hizo más comentarios. Se ocupó de su pollo. Pero sus ojos, cuando alzó la vista hacia Cecily al otro lado de la mesa, tenían una calidez que no había puesto allí deliberadamente y que, pensó Cecily, ni siquiera había tenido la intención de dejar ver, lo que la volvía lo más genuino que había ofrecido en toda la velada.

~

La casa ya se había ido en silencio cuando Cecily regresó a la biblioteca. Las lámparas estaban bajas. Pip se había instalado en el sillón más cercano al fuego con la absoluta autosatisfacción de un terrier que había negociado una tarde excepcional y una velada

satisfactoria y pensaba afianzar su triunfo con un descanso ininterrumpido. Había, ahora que miraba de cerca, una prueba definitiva e incriminatoria: migas de shortbread en el hocico. La señora Fotheringill, si alguien llegaba a preguntarle, no sabía absolutamente nada del asunto, y Cecily no tenía la menor intención de hacerlo.

Se quedó junto a la ventana, con la oscuridad de la propiedad extendida ante ella: los olmos, negros contra el cielo; el césped del sur, en silencio; la cochera, con la luz en la ventana de arriba que indicaba que Miles seguía despierto. Leyendo, muy probablemente, o sentado en el silencio sincero de un hombre que ha aprendido que el silencio no es enemigo del pensamiento, sino su compañero natural.

Pensó en los hombres de la fábrica. Pensó en la línea de freno en Bicester Lane. Pensó en las injusticias y los horrores de la guerra, en la estafa despiadada y sin corazón de hombres y mujeres honrados a manos de hombres de alta posición y baja moral. En el hombre o la mujer que pretendía enderezar un agravio de la manera completamente equivocada.

No podía excusarlo. No iba a intentarlo. Pero podía llevar la totalidad de aquello a la biblioteca al día siguiente. Eso era lo exigido. Eso era lo que el versículo pedía y lo que su fe pedía.

Justicia, y misericordia, y humildad respecto de la diferencia entre una y otra.

Podía hacerlo. Estaba lista para hacerlo.

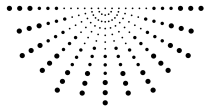
Apagó la lámpara. Pip se removió un instante en el sillón, suspiró con la elocuencia infinita de un terrier que conocía su lugar y volvió a acomodarse sin abrir los ojos. El fuego crepitó suavemente. La habitación volvió a asentarse en su propio silencio.

Cecily subió las escaleras. Se durmió en cuestión de minutos. No fue el sueño inquieto y vigilante de las noches anteriores, sino algo más sereno y más seguro: el sueño de una mujer que ha puesto cada

pieza de la tarea en su lugar preciso y que, por fin, está de verdad lista para la mañana.

27

LA REVELACIÓN DE LA EDAD DORADA



La biblioteca había sido dispuesta para reflejar la seriedad de la ocasión sin caer en lo teatral. Cecily estaba en eso desde antes de que la casa despertara de verdad. Llevaba allí más de una hora, después de haber renunciado al sueño en el punto exacto en que dormir dejaba de ser útil y se convertía simplemente en una versión horizontal de pensar.

Las pruebas ocupaban la mesa central en una secuencia que no era alfabética ni cronológica, sino lógica. El orden en que tendrían que presentarse para llevar a una sala llena de gente de la confusión a la comprensión por la vía más eficiente y menos eludible. Los libros de cuentas medio quemados estaban apilados junto a sus notas. La pieza de la línea de freno reposaba en su platillo poco profundo. La llave de fábrica estaba en el extremo más alejado, todavía envuelta en su trapo y cubierta con un cuadrado de lino hasta el momento en que fuera necesaria.

El servicio de té estaba sobre el aparador. Nadie iba a tomarlo. Cecily había aprendido, a lo largo de los meses anteriores de manejar las crisis imprevistas que Ashcombe Hall parecía generar con la misma regularidad estacional que sus jardines, que el té en una habitación seria sirve más como ancla de la civilización que como bebida. La seguridad tácita de que Inglaterra seguía siendo la misma y de que

una seguía formando parte de ella, sin importar lo que esté a punto de decirse.

Elsie llegó y cerró la puerta detrás de sí.

Del otro lado de la puerta de la biblioteca se oyó un sonido.

El registro acústico específico de un terrier Jack Russell al que han dejado fuera de una habitación y que consideraba eso una injusticia imperdonable que exigía una protesta inmediata y enérgica por todos los medios disponibles. Se detuvo. Volvió a empezar, con variaciones artísticas. Volvió a detenerse y luego produjo, desde algún rincón de su repertorio, una nota baja y sostenida de puro y elocuente reproche que habría conmovido a un santo de piedra, seguida de lo que solo podía describirse como un trabajo experimental de percusión contra el zócalo.

—Se va a calmar —dijo Elsie, con la confianza de una larga experiencia y ninguna prueba en particular.

—No —dijo Cecily, con la misma seguridad—. Pero se las arreglará.

Elsie colocó las sillas sin consultar nada. La disposición tenía la silenciosa autoridad de una mujer que sabe leer una habitación antes de que se ocupe y colocar todo en consecuencia. La silla del agente Fenchurch estaba un poco por delante del grupo principal, con una vista despejada hacia la mesa de las evidencias, porque había que hacerle sentir que eran sus evidencias las que se estaban presentando. No era crueldad. Era precisión.

Fenchurch llegó primero, como correspondía y era de esperar. Llevaba su mejor uniforme, el de los botones a juego. Se sentó en la silla que se le había asignado con la postura erguida y concienzuda de un hombre resuelto a demostrar que se tomaba aquello en serio, y Cecily le reconocía, sinceramente, que así era.

Lord Pendelton llegó después, lo cual no era de esperar, porque Lord Pendelton era por naturaleza incapaz de llegar puntual a nada que no le ofreciera una oportunidad visible de precedencia. Al parecer

había decidido compensar la ambigüedad de la ocasión con sus más enfáticos pantalones bombachos de cuadros y una gorra de tweed lo suficientemente grande para cobijar a media familia. Miró la habitación con la expresión de un hombre al que han convocado a algo que considera por debajo de él y que piensa dejar claro, en silencio pero de manera exhaustiva, lo que siente al respecto durante toda la velada.

—Lady Ashcombe —dijo, con la cortesía rígida y ligeramente resentida de un hombre que ha ensayado su dignidad durante el trayecto—. Confieso que no tengo del todo clara la necesidad de...

—Muchas gracias por venir, Lord Pendelton —dijo Cecily con calidez, indicándole su silla.

Se sentó, se acomodó la gorra y apretó los labios de una forma que sugería que la conversación no había concluido a su entera satisfacción, pero había quedado, por el momento, en suspenso.

El señor Burbage llegó con el aspecto de alguien para quien la mañana iba rematadamente mal desde las cuatro y no había encontrado ni una sola ocasión de mejorar. Su levita tenía el brillo particular de una prenda que un hombre se pone porque es su armadura y de cuya insuficiencia para las circunstancias presentes ha terminado por darse cuenta. Llevaba el pañuelo con monograma bien visible. Una concesión a lo inevitable, o simplemente señal de que ya había dejado de fingir que no lo necesitaba. Llevaba los quevedos un poco torcidos. No parecía haberse dado cuenta. Se sentó, se secó con el pañuelo y miró la mesa de las evidencias, cubierta, desde el otro lado del cuarto con la expresión de un hombre que alcanza a ver desde lejos algo que, con toda el alma, preferiría no ver de cerca, y que no se hace ninguna ilusión de que vayan a respetar esa preferencia.

Clara Bowes entró con su abrigo de cuero para conducir. Había conducido ella misma, lo cual era totalmente propio de su carácter, con la bufanda de seda anudada al cuello y el mentón en un ángulo que dejaba clara su postura ante lo que iba a ocurrir antes de que

dijera absolutamente nada. Era, pensó Cecily, la clase de mujer capaz de hacer que estarse quieta pareciera movimiento hacia delante. Evaluó la habitación con esa rapidez exhaustiva de quien está acostumbrada a evaluar una pista antes de recorrerla, y luego se colocó junto a la chimenea, a la izquierda. Cruzó los brazos y miró a Cecily, no con hostilidad, sino con la expresión directa y mesuradora de una mujer equipada sin temor para lo que surgiera.

Cecily se la devolvió sin inmutarse, y algo pasó entre ellos — no del todo un reconocimiento, todavía no— antes de que Cecily continuara su camino.

Miles entró en silencio, que era la única manera en que hacía cualquier cosa, y se colocó cerca de la chimenea. No miró a Cecily al entrar, no por frialdad, sino por la discreción particular de un hombre de principios que entiende que una habitación tiene un centro y que él, hoy, no es ese centro.

El canónigo Bott había aparecido de algún modo sin que nadie lo notara, cualidad que poseía en un grado notable y ligeramente inexplicable. Estaba en el rincón más próximo a la ventana, en la silla más pequeña, con la libreta abierta sobre la rodilla y el lápiz suspendido en un ángulo de aplicada disposición. En esa pose, parecía menos un vicario en una reunión de crisis que un hombre a quien le habían procurado unas condiciones excelentes para investigar y que estaba discretamente agradecido por ello. Cuando se encontró con la mirada de Cecily, le hizo una pequeña inclinación de cabeza, sincera, la de un hombre que está allí en todos los sentidos. Estaba, de eso ella estaba bastante segura, rezando, a la manera discreta con que hacía todo, es decir, con sinceridad y sin exhibición alguna.

Arthur Higgins fue el último en llegar.

Entró con la gorra plana entre ambas manos y con la cojera más pronunciada de lo habitual. El frío, pensó, o quizá simplemente el peso particular de una mañana que debía de haber sabido que venía. Tomó la silla más cercana a la puerta sin que nadie se lo

indicara. Se sentó con la quietud contenida y cautelosa de un hombre que ha aprendido a ocupar muy poco espacio, y no miró a nadie en particular sino al suelo en general, y sencillamente esperó.

Cecily miró la habitación. La habitación le sostuvo la mirada.

Desde el corredor, Pip emitió un sonido de pena tan resignada y tan absoluta. Una nota larga y trémula de pura injusticia, que descendía una tercera menor hasta algo cercano a una crisis existencial.

—Gracias a todos por venir —dijo Cecily.

Comenzó por Lord Pendelton.

—Lord Pendelton —dijo desde su sitio al extremo de la mesa de pruebas—. Usted tenía tanto motivo como oportunidad para desearle mal al señor Vance. Lo estafó con el Delage. Un modelo de 1921, según creo, de considerable importancia personal para usted. Al menos tres personas distintas lo oyeron dejar muy claros sus sentimientos al respecto durante la tarde del rally.

Hizo una pausa.

—Sin embargo, usted no lo mató.

La expresión de Pendelton pasó con rapidez de la ofensa a la gratificación y luego, cuando una idea llegó con retraso, a la incertidumbre.

—Bueno, desde luego —dijo—. Por supuesto que no. Yo…

—Porque —continuó Cecily, con la serena precisión de quien no iba a permitirle terminar la frase—, a la hora en que murió el señor Vance, usted estaba en las cocinas.

Hizo una breve pausa, reflexiva.

—En concreto, estaba sacando, del armario de conservas de la señora Fotheringill, un frasco de su mermelada premiada de grosella espinosa.

La habitación quedó en silencio.

La expresión de Lord Pendelton recorrió una extraordinaria gama de emociones, que fue de la negación al horror preciso de comprender que cierta verdad no podía esquivarse de manera eficaz, luego a un intento experimental de dignidad y llegó, por fin, a la confirmación manchada e impotente de un hombre sorprendido en algo que no era asesinato y que, en varios sentidos, resultaba considerablemente peor por la calidad de la humillación implicada.

—Yo solo... me pareció... el armario no estaba...

Se acomodó la gorra de tweed. Abandonó la frase y guardó un silencio avergonzado.

La puerta del extremo opuesto de la habitación se abrió y entró la señora Fotheringill. Le hizo a Cecily una pequeña e impecable inclinación de cabeza. Luego miró a Lord Pendelton con la serenidad devastadora de una mujer para quien el armario de conservas no es un asunto menor.

Lord Pendelton pareció encontrar algo de enorme interés en un punto de la distancia media, aproximadamente a dos pies por encima de la mesa de pruebas.

—Gracias, señora Fotheringill —dijo Cecily.

La señora Fotheringill se retiró. La puerta se cerró. Desde el corredor llegó de inmediato el sonido inconfundible de Pip iniciando, al parecer, una nueva fase de su campaña. Hubo una breve pausa. Luego algo que sonó, de manera improbable, como un cuerpo pequeño intentando colarse por una rendija de puerta manifiestamente insuficiente para ese propósito.

—Señorita Bowes.

Cecily se volvió hacia la estantería.

El mentón de Clara Bowes se elevó apenas. No exactamente en desafío, sino a la manera de una mujer que ha tenido que manejar

durante demasiado tiempo las suposiciones ajenas sobre ella y ha desarrollado reflejos muy precisos mucho antes de que llegue un juicio de verdad.

—Tenía razones de sobra para despreciar a Sterling Vance —dijo Cecily—. Usó su influencia económica para apartarla del circuito de carreras sin fundamento legítimo. Lo que hizo estuvo mal, no debió haberse permitido y, en algún momento, se rectificará. Pienso averiguar qué vías le quedan todavía abiertas.

Hizo una pausa deliberada, dejando que aquello se asentara.

—Pero ese no es el asunto que hoy nos ocupa. Lo que hoy nos ocupa es esto: usted alteró el carburador de Vance durante el rally, con la intención de que su automóvil se averiara durante la vuelta de exhibición.

La mandíbula de Clara se tensó. Pero no apartó la mirada, y tampoco lo negó.

—Merecía algo peor que un motor averiado y la cara roja delante de sus amigotes —dijo, con la convicción llana y sin adornos de una mujer harta de guardar las apariencias y que no ve ninguna razón particular para fingir lo contrario.

—Es muy posible —dijo Cecily con voz serena—. Lo que no merecía era el tipo de muerte que recibió. Y lo que hiciste fue peligroso, independientemente de su provocación. Quiero que eso quede registrado, y quiero que se entienda con claridad.

En la habitación se contuvo el aliento.

—Pero no tocaste el escape. Lo sé porque la interferencia en el carburador es limpia y competente, el trabajo de alguien que sabe exactamente lo que hace, aplicado al sistema específico que pretendía afectar. La interferencia en el escape no lo es. Es obra de manos diferentes, con ánimos completamente distintos.

Sostuvo la mirada de Clara Bowes por un momento. Algo cambió en la expresión de Clara. No el colapso de una mujer a la que le perdonan la culpa, sino el reconocimiento callado de una mujer a la que han tratado con justicia y lo registra en silencio. El trato justo había sido tan escaso en su experiencia que no lo daba por sentado hoy. Bajó la barbilla, apenas un poco.

—Se te dará una advertencia oficial —dijo Cecily—. Y se dejará constancia de todas las circunstancias.

—También debo referirme al señor Gregory Miller, aunque no se encuentra aquí —añadió Cecily, su mirada recorriendo la habitación para asegurarse de que se tomara nota de ello—. Fue visto cerca de la finca más temprano ese día, y su despido por parte del señor Vance le proporcionó un motivo tan agudo como cualquiera de los que hemos discutido. Sin embargo, el señor Miller ha sido descartado de toda sospecha por el excelente trabajo de investigación del agente Fenchurch. Fue visto por dos testigos independientes en el extremo opuesto del pueblo durante el desfile. Al parecer solo vino a la mansión para encararse en silencio con su antiguo empleador desde la distancia. Un último acto silencioso de rebeldía antes de partir. Carecía de la oportunidad que este crimen requería.

Luego, volviéndose hacia él, Cecily comenzó:

—Señor Burbage.

El pañuelo ya estaba en movimiento.

Cecily se acercó a la mesa de evidencias y colocó la mano sobre los libros de cuentas medio quemados sin abrirlos. No necesitaba abrirlos. Los ojos de Burbage le dijeron que sabía con precisión lo que contenían.

—¡Estaba malversando fondos de la sucursal de Little Codding! —dijo Cecily. No era una pregunta. El señor Vance lo descubrió y lo usó en su contra. Le exigió, a cambio de su silencio, que cobrara los

préstamos pendientes de negocios locales específicos, en su mayoría de veteranos, en términos y plazos diseñados específicamente para forzar su impago, de modo que él pudiera adquirir los locales y el equipo por una fracción de su valor.

No apartó la mirada de él.

—Hombres que habían vuelto de la guerra y construido algo con lo que les quedaba de vida laboral. Que tenían un banco de trabajo, un juego de herramientas, unos cuantos clientes leales y la dignidad común de un trabajo honrado. Usted les cobró los préstamos y observó lo que les sucedía. Y lo hizo porque tenía miedo.

Dejó que eso reposara durante exactamente un segundo.

—Eso no es una exoneración. Ni es todo el peso de la culpa.

Burbage no iba a ofrecer nada dramático. Había estado colapsando por grados desde que se sentó, y el colapso ahora era completo. La derrota sofocante de un hombre que llevaba mucho tiempo cargando un peso y ahora se encontraba en una habitación donde ya no podía seguir haciéndolo. Hundió el rostro en el pañuelo. No lo apartó durante un buen rato.

—Hablará con las autoridades correspondientes —dijo Cecily—. El agente Fenchurch lo facilitará. Esta tarde.

Miró a Fenchurch, que había estado escribiendo con intensidad concentrada y diligente. Levantó la vista al escuchar su nombre con la expresión de una persona a la que le han dado una tarea clara y está calladamente agradecida por la claridad. Pasó a una página nueva.

—De acuerdo —confirmó—. Sí. Esta tarde.

Escribió: *Burbage. Banco. Esta tarde.* Lo subrayó dos veces con firmeza.

—Ahora —dijo Cecily.

La palabra llevaba un peso diferente al de las anteriores. El aire en la habitación cambió.

—El asunto del señor Penrose.

Miles no se movió. Permaneció junto a la chimenea en la misma posición que había ocupado desde que entró, y su expresión no se alteró. Pero la habitación se transformó a su alrededor. Se tensó, sutilmente, a la manera de las personas que han estado esperando este momento en particular y ahora están de pie en su umbral.

—El agente Fenchurch detuvo al señor Penrose porque el asesinato ocurrió en la cochera, que es su dominio, y porque el método de muerte, envenenamiento por monóxido de carbono de un escape manipulado, requería precisamente el conocimiento mecánico que él posee —dijo Cecily. Lo dijo sin inflexión y sin reproche hacia Fenchurch. Había hecho lo que la lectura más obvia de la evidencia disponible sugería, pero la lectura más obvia había sido errónea, y ese era precisamente el propósito de esta reunión.

—Entiendo ese razonamiento. Era la conclusión inmediata y lógica a partir de la información disponible.

Una pausa.

—También era incorrecta.

Fenchurch tenía el lápiz preparado y la expresión abierta más que defensiva. Estaba escuchando. Cecily le reconoció plenamente eso.

—El colector de escape del automóvil del señor Vance usa un perno de paso fino. Una rosca estrecha, específica de ese modelo importado —dijo Cecily, manteniendo la voz clara y serena—. Una llave de fábrica de tamaño estándar o reforzado aplicada a ese perno destrozará la rosca con la fuerza habitual. Un mecánico consumado, un profesional, sabría cuál es la herramienta correcta antes siquiera de tomar la equivocada. No seguiría. No necesitaría forzarlo. No destrozaría la rosca.

Se volvió un momento hacia Miles.

—Señor Penrose, ¿la especificación del perno de ese colector?

Miles la miró a ella, luego al cuarto. Cuando habló, su voz fue baja y precisa.

—Una llave estándar de ese tamaño aplicaría un torque superior al que esa rosca tolera normalmente. Un mecánico que conoce el vehículo no la usaría. Es lo primero que uno revisa.

Miró a los presentes.

—Yo no habría usado esa herramienta en ese perno. Cualquier profesional con experiencia equivalente le diría lo mismo.

La señorita Bowes asintió con firmeza.

No dijo nada más. Había dicho todo lo que hacía falta decir.

—La manipulación fue frenética —continuó Cecily—. Los pernos tienen la rosca destrozada y están deformados. Es trabajo de alguien que hizo fuerza porque no tenía la técnica correcta y no tenía tiempo de hallarla. Alguien desesperado, trabajando a toda prisa, usando lo primero que tuvo a mano. Ese no es el trabajo de Miles Penrose.

Miró a Fenchurch.

—Le pido que lo haga constar formalmente.

Fenchurch ya estaba escribiendo. Escribió durante más tiempo del que habría requerido un simple resumen. Cuando terminó, alzó la vista.

—Queda asentado —dijo—. Formalmente.

Dejó el lápiz con la pequeña precisión deliberada de un hombre que acaba de corregir su propio registro.

La habitación pareció soltar el aliento.

Miles estaba mirando la chimenea. Lo que hubiera en su expresión era asunto suyo, y Cecily no se entrometió. Simplemente volvió la atención a la mesa. Algunas cosas podían esperar a que el aire estuviera más despejado y llegara una tarde cualquiera. Este no era el momento para ellas, y él lo sabría.

Cecily llegó al otro extremo de la mesa.

Levantó el cuadrado de lino que cubría la llave de fábrica y lo dobló a un lado con el mismo movimiento deliberado, sin apuro, que ponía en todos los actos pequeños y significativos que aquel día exigía.

La llave estaba sobre la mesa. Pesada, hecha a medida, de fábrica. El logotipo estampado de Vance's Consolidated Works se veía en el mango pese a la grasa que cubría el resto. El trapo junto a ella llevaba la misma marca.

El cuarto estaba en absoluto silencio.

Practica la justicia. Ama la misericordia. Camina humildemente. Las palabras la recorrieron como el rumbo de una brújula, guiándola hacia lo que trataba de hacer en aquella habitación y hacia lo que había tratado de hacer desde el principio.

—Esta herramienta fue tomada de la fábrica de Vance —dijo Cecily —. Es exactamente del tamaño y del tipo que destrozaría la rosca de ese colector con la fuerza habitual, aplicada por alguien que no sabía corregir eso. La usó alguien que tenía acceso a la fábrica. Alguien que tomó la herramienta porque era la que tenía a mano, no la correcta. Que la usó porque no era mecánico de formación.

Hizo una pausa.

—Era un hombre que en otro tiempo había trabajado junto a mecánicos. Que entendía lo suficiente para saber lo que ofrecía el escape, pero no lo bastante para hacerlo limpiamente. Que había estado dentro de esa fábrica y sabía dónde guardaban las herramientas, qué aspecto tenían y cuánto pesaban en la mano.

Mantuvo la voz clara. Había estado en la segunda nave. Había visto a los veteranos en sus bancos de trabajo con llaves del tamaño equivocado, las cifras de producción y la manera contenida, cautelosa, en que se sostenían en aquel aire cerrado.

Se volvió.

Miró a Arthur Higgins.

Estaba sentado con la gorra plana entre ambas manos, los ojos fijos en el suelo. Estaba muy quieto. La quietud que no es paz, sino su límite más exterior, el borde mismo de la capacidad de un hombre de contener algo enorme que lleva demasiado tiempo empujando desde dentro.

Cecily no pronunció su nombre.

Todavía no.

Esperó en silencio. Esa clase de silencio en la que una persona por fin comprende que la verdad va a ser dicha y que ningún acto de voluntad que le quede podrá impedirlo, y por lo tanto debe decidir, en los últimos instantes de que dispone, si la recibirá de pie o sentado, y qué expresión tendrá en el rostro cuando llegue.

Arthur Higgins alzó los ojos del suelo.

La habitación contuvo el aliento; cada persona en ella quedó suspendida en ese momento inmóvil, cargado de tensión.

El cuaderno de Canon Bott estaba cerrado.

Llevaba cerrado ya un buen rato.

Chapter 16: The Tragic Truth

La trágica verdad

Arthur Higgins levantó los ojos del suelo.

Eran ojos grises. El gris particular y deslavado de un hombre que ha visto apagarse demasiada luz en demasiadas cosas como para conservar mucha en sí mismo. Miró a Cecily con la firmeza directa y exhausta de una persona que ha llegado, después de un viaje muy largo por una ruta muy difícil, al lugar donde se alza la última puerta y ha decidido que lo que haya detrás lo enfrentará de pie.

No habló de inmediato. Cecily no lo apremió.

Había aprendido esto en los hospitales improvisados del campo de batalla. No se apresuran las confesiones. No se llena el silencio con palabras de consuelo, porque el consuelo, en esas circunstancias, era una forma de rechazo — una manera de decir *no puedo soportar lo que estás a punto de contarme* disfrazada de amabilidad. Simplemente te quedabas. Estabas presente. Dejabas que la verdad llegara a su propio ritmo, porque llegaría de todos modos. La única pregunta era si llegaba a una habitación dispuesta a recibirla.

La biblioteca estaba dispuesta.

Arthur Higgins tomó aire. Lento y deliberado.

—Estuve en Passchendaele —dijo.

Su voz era tranquila. Tenía ese tono particular y apagado de una voz que ha hablado de ciertas cosas tan raramente que hablar de ellas ahora tiene un costo palpable. No estaba recreando el recuerdo. Simplemente estaba en él.

—Tercera batalla de Ypres. Octubre del diecisiete —no miraba a nadie en particular. Su mirada descansaba en un punto indefinido,

viendo algo que no estaba en esa habitación—. Había un hombre. El cabo Davies, Tom Davies, de Witney. Quedó atrapado en el alambre. No se podía... —Se detuvo. Miró sus manos. Volvió a levantar la vista —. No se podía llegar hasta él. El terreno no aguantaba. Ibas tras un hombre y el terreno mismo se los llevaba a ambos. Lo intenté alcanzar. Dos veces. —Una pausa, precisa y terrible—. Tom Davies estuvo allí dos días. Podía oírlo.

Nadie habló. Nadie se movió. El fuego se había consumido hasta un calor constante y bajo, y la habitación mantenía su silencio. En toda la habitación se comprendía que ciertas cosas necesitaban ser escuchadas. No interpretadas, no respondidas de inmediato, sino simplemente recibidas en toda su extensión.

—Volví a casa con la pierna izquierda, la mayor parte de la audición y no mucho más —dijo Arthur—. Mi padre había mantenido el taller en marcha. Merton Road, Little Codding. Mi padre, Frank Higgins, construyó ese negocio desde una sola nave y un torno de segunda mano durante veinte años. No era mucho. Pero era nuestro. —Hizo una pausa, y algo cambió en su rostro. No era exactamente dolor, sino su pariente más viejo y silencioso, una pena tan antigua que se había asentado en los huesos—. Iba a volver a él. Lo tenía planeado, durante todo... durante las partes malas. Pensaba en el olor del aceite. El peso de una rueda bien equilibrada en las manos. Te aferras a las cosas que conoces, cuando estás allá afuera. Las cosas cotidianas. Te aferras a ellas con fuerza, porque son lo único por lo que vuelves, y si las sueltas ya no sabes bien a qué vuelves.

Lo dijo sin sentimentalismo. Simplemente era verdad, y él sabía que era verdad, y todo hombre que había estado en Francia sabía que era verdad.

—El señor Burbage reclamó el préstamo en abril del veintidós.

Arthur no miró a Burbage. No necesitaba hacerlo. Burbage no había levantado la vista de su pañuelo en varios minutos, y el pañuelo había dejado de cumplir cualquier función práctica hacía tiempo. En

cambio, se había convertido en lo que un hombre sostiene cuando no puede sostenerse a sí mismo.

—Sesenta días de aviso. Mi padre fue al banco. Fue en persona, dos veces. Le dijeron que las condiciones eran inamovibles. —No hubo margen para negociar. Había habido una... una revisión de políticas. —Algo en la mandíbula de Arthur se tensó brevemente y luego se relajó—. Mi padre tenía sesenta y un años. Había hecho cada pago durante diecinueve años. Nunca había estado en mora ni una sola vez. —Dejó que eso se asentara por un momento, porque merecía asentarse—. En cuatro meses, el señor Vance había adquirido el local y el equipo por aproximadamente un tercio de su valor tasado.

Se detuvo.

—Mi padre murió en noviembre de ese año.

Lo dijo con el mismo tono mesurado que todo lo anterior, y fue precisamente esto, la uniformidad, la absoluta ausencia de dramatismo, lo que hizo que cayera como lo hizo. No con un estruendo, sino con el peso de algo que cae desde gran altura en aguas profundas. El sonido no al entrar, sino en el largo y silencioso asentarse que sigue.

Cecily dejó que el silencio se extendiera una respiración entera más allá de lo cómodo, porque el momento lo requería.

—Tomé trabajo en la fábrica en enero del veintitrés —continuó Arthur—. En el taller de mi padre. Los hombres de Vance habían reconfigurado las naves —derribaron las paredes divisorias, pusieron los bancos largos para trabajo de producción—. El torno había desaparecido. El foso de inspección estaba tapado con tablones —hizo una pausa—. Había once hombres trabajando en ese espacio cuando empecé. Conocía a cuatro de ellos de la guerra. Rennie, que había sido cabo en los Ox and Bucks. Geddes. Otros dos. —Una breve quietud—. Rennie perdió dos dedos en la prensa en marzo. No había protecciones en la maquinaria. El capataz de Vance dijo que fue culpa del hombre por descuido.

No enfatizó la palabra. No necesitaba hacerlo.

Rennie había salido del Somme con ambas manos intactas. En esa fábrica perdió dos dedos en una sola mañana.

La habitación estaba sumida en un silencio absoluto, roto solo por el fuego y por la presencia muy distante y contenida de Pip al otro lado de la puerta, que en algún momento de los minutos anteriores había cesado por completo sus protestas y ahora simplemente estaba ahí, un peso cálido y silencioso del otro lado de la madera. Hasta los perros comprenden cuándo el tono de una habitación ha cambiado de una forma que exige quietud, no ruido.

—El día del rally —dijo Cecily con suavidad.

No era una orden, sino una apertura. Una puerta ofrecida en lugar de forzada.

Arthur asintió. Miró sus manos.

—Había ido a hablar con él —dijo—. Eso era todo lo que pretendía. Sé cómo suena eso.

Lo dijo sin actitud defensiva, como un hombre que reconoce, como un simple hecho, lo increíble que sonaba su historia.

—Le había escrito tres veces. A su oficina de Londres. Nunca recibí respuesta. Había intentado hablar con el capataz sobre los resguardos de la maquinaria y me dijeron que me ocupara de mi trabajo. Pensé... si tan solo pudiera hablar con él directamente. Si pudiera oírselo de sus propios labios.

Se detuvo.

—Eso era todo lo que pretendía.

Cecily pensó en Arthur Higgins en el sendero de servicio detrás de las carpas del rally, su acercamiento cuidadoso y meditado, la dignidad particular de un hombre que se ha preparado para una conversación difícil y quiere tener esa conversación con toda la

cortesía que pudiera reunir. Y en Vance, que no se había vuelto del todo para mirarlo. Que se había dirigido a él con el desprecio específico y casual de un hombre para quien ciertas categorías de personas ni siquiera merecían que les diera la cara.

—Me dijo que volviera a las carpas —dijo Arthur—. Delante de varias personas. Dijo que no había lugar en un evento de caballeros para que un hombre en mi condición anduviera importunando a gente de su clase. Y se alejó.

La palabra *condición* quedó flotando en la habitación.

—No sé con precisión cuándo decidí —dijo Arthur—. No estoy seguro de que haya habido una decisión, exactamente. Creo que esa decisión se había estado gestando durante mucho tiempo y yo simplemente llegué al final de ese proceso. Ese día, en ese momento.

—No me propuse matarlo esa tarde —dijo Higgins, con los ojos desenfocados como si mirara de vuelta al atestado paddock de la Sección C—. No al principio. Solo quería verlo humillarse. Estaba parado ahí junto a ese Bugatti, fanfarroneando ante quien quisiera escucharlo, pero estaba furioso. Odiaba estar en la zona común de exposición. Odiaba no estar al frente, en el lugar de honor.

Cambió el peso de un pie a otro; su pierna mala claramente le molestaba.

—Vi a Gregory Miller cerca, mirando el automóvil con ceño fruncido como si fuera un insulto personal. Fue entonces cuando se me ocurrió. Sabía que el orgullo de Vance era un nervio expuesto, así que decidí tocarlo. Me acerqué derecho a Miller y empecé a hablar. Lo suficientemente alto para que toda la Sección C me oyera. Señalé «discrepancias» en el colector, «fallas» en las juntas con especificaciones Vance. Hice que sonara como si el gran Sterling Vance estuviera conduciendo una trampa mortal y fuera demasiado «caballero» para notarlo.

—Y Vance te oyó —dijo Cecily.

—Oh, me oyó. No nos miró, no nos daría esa satisfacción, pero vi su mandíbula tensarse. Le aterraba quedar en ridículo frente a sus pares. Para asegurarme de que la semilla creciera, volví más tarde y derramé un poco de aceite usado bajo el chasis. Una «fuga» para confirmar la treta.

Higgins tomó un aliento tembloroso.

—Pensé que solo lo vería sudar durante la carrera. Pero entonces lo vi moviendo el automóvil. Lo estaba llevando a la cochera, desesperado por arreglarlo en secreto antes de la mañana. Cuando lo vi dirigirse allí solo, algo... algo se apoderó de mí. Los años de verlo arruinar hombres como mi padre, la forma en que me traspasó con la mirada en el paddock... todo se torció dentro de mí. Me di cuenta de que no quería que quedara en ridículo. Lo quería muerto.

—La oportunidad te dio los medios —susurró Cecily.

—Así fue. Ya estaba ahí. Había caído en la mentira tan completamente que estaba tratando de reconstruir un motor perfectamente bueno sin tener idea de cómo.

Estaba mirando sus manos.

—Tenía la llave conmigo. La tenía en el bolsillo de mi chaqueta. Sabía lo que un escape podía hacer en un espacio cerrado. Lo había visto en un accidente de granja, años atrás. Y cuando Vance entró a la cochera para ver su automóvil antes de la premiación al Mejor en Muestra, lo seguí.

—Estaba justo ahí —dijo Higgins, y su voz descendió hasta un susurro quebrado—. Sudando sobre el colector con esa llave enorme, maldiciendo el automóvil y la luz. Cuando entré en el charco de luz de la linterna, ni siquiera preguntó quién era yo. Solo vio a un hombre con una llave de Vance Works y asumió que estaba ahí para cumplirle todos sus caprichos.

—¿Te reconoció del paddock? —preguntó Cecily.

—No miró mi cara. Solo miró la grasa en mis manos. Le dije que lo había visto mover el auto y que sabía que había descubierto la «fuga». Le dije que era ajustador senior de la fábrica. Que conocía el colector del Bugatti mejor que los franceses. Le dije que podíamos arreglarlo ahí mismo y nadie tendría que saber jamás que Sterling Vance había estado conduciendo una máquina defectuosa.

Higgins se inclinó hacia adelante, los ojos ardiendo con el recuerdo.

—Vi el alivio en él. Fue la única vez que lo vi vulnerable, cuando su reputación estaba en juego. Le dije que la junta no asentaría a menos que el motor estuviera en marcha para calentar el metal. Le dije: «Siéntese al volante, señor Vance. Enciéndala y mantenga las revoluciones estables. Yo sostendré la junta desde atrás y le avisaré cuando deje de gotear».

—Y le creyó —dijo Miles, con una nota de incredulidad en la voz.

—Quería creerme. Se subió a ese asiento de cuero como si fuera un trono. Arrancó el motor, y el rugido en esa pequeña cochera era ensordecedor. No pudo oírme cerrar las pesadas puertas de roble. No pudo oírme correr los cerrojos. Estaba demasiado ocupado vigilando los indicadores, esperando que yo le diera la señal de que su orgullo estaba a salvo.

Las manos de Higgins comenzaron a temblar.

—Ya había tapado las rejillas de ventilación con trapos aceitosos del foso. El escape no tenía por dónde salir. Me planté justo fuera de la ventanilla del conductor, asintiendo y gesticulando como si estuviera trabajando en los tubos, observándolo a través del cristal. Se quedó ahí durante cinco minutos, respirándolo, pensando que estaba «dominando» la máquina. Para cuando se dio cuenta de que el aire tenía sabor a cobre, sus manos estaban demasiado pesadas para alcanzar el tirador de la puerta. Murió tratando de arreglar una fuga

que nunca existió, dirigido por un hombre al que no consideraba digno de una segunda mirada.

Cuando terminó, la biblioteca guardó ese silencio peculiar de una habitación donde acaba de caer una verdad enorme y aplastante.

Cecily miró a Arthur Higgins.

No era un monstruo. Lo había sabido desde antes de la llave inglesa, antes de la fábrica. Había comprendido lo que le cuesta a una persona mantenerse en pie entre los escombros de todo aquello por lo que había regresado y seguir así, día tras día, sin reconocimiento, sin recurso, sin la más mínima esperanza razonable de que algo de eso se vaya a enmendar jamás. Era un hombre que se había quebrado del modo particular en que la década anterior quebró a muchísimos hombres. Primero por la violencia, y luego por la injusticia más lenta y desgastante: que le dijeran que lo que había sobrevivido y sacrificado no valía nada a ojos de hombres como Sterling Vance.

Nada de eso hacía aceptable lo que había hecho. Tenía absoluta claridad al respecto, y no tenía intención de oscurecerlo.

Pero tener claridad sobre algo y ser dura al respecto no son lo mismo, y había aprendido la diferencia en Francia. No iba a olvidarlo aquí.

—Arthur —dijo.

Era la primera vez que usaba su nombre de pila. Fue deliberado. Él la miró.

Retuvo por un momento la verdad de lo que estaba a punto de decir antes de pronunciarla.

—Los Salmos dicen que Dios está cerca de los quebrantados de corazón —dijo en voz baja—. Y de los de espíritu abatido. He creído eso en circunstancias considerablemente peores que estas, y lo creo ahora, y quiero que lo lleves contigo. No como un consuelo vacío

que no te exige nada, sino como una verdad que permanece, incluso aquí, incluso en esto.

Hizo una pausa. Lo que se le hizo a tu familia, a tu padre, a los hombres que trabajaban a tu lado, eso fue una grave injusticia. Fue posible gracias a la corrupción y se agravó con crueldad deliberada, y se le pondrá remedio. Te doy mi palabra, y te pido que entiendas que mi palabra no es un gesto de cortesía en un momento difícil. Es un compromiso, y lo honraré.

Dejó que eso se asentara antes de continuar.

—Pero no puedo decirte que lo que hiciste estuvo bien. No puedo decirte que la injusticia que sufriste te daba derecho a tomar esa decisión, porque no lo hizo. Creo que lo sabes. Que lo has sabido, quizás, desde el momento en que saliste de esa cochera.

Los ojos de Arthur permanecieron firmes. No dio indicación alguna de querer rebatir esto. La miró con la mirada de un hombre que ya ha tenido consigo mismo todos los debates posibles, extensamente, en la oscuridad, noche tras noche, y que ha llegado a la misma conclusión que la mujer que le habla ahora.

—Voy a asegurarme de que se contrate a un abogado progresista en tu nombre —dijo Cecily—. Uno con experiencia en casos que involucran veteranos de combate y las heridas particulares de la guerra, no solo las visibles. Todo lo que has contado en esta habitación hoy será registrado formalmente y presentado en su totalidad. La situación de tu padre. Las condiciones en esa fábrica. Lo que se les hizo a los hombres en esos bancos de trabajo. Todo quedará registrado, donde no pueda ser apartado discretamente por hombres de pañuelo en el bolsillo y tejemanejes políticos.

Sostuvo su mirada.

—Eso no es poca cosa, y quiero que entiendas que no es poca cosa.

Arthur guardó silencio un momento.

—¿Por qué? —preguntó.

No era un desafío. Era la pregunta genuina de un hombre que llevaba demasiado tiempo al fondo de demasiados sistemas como para saber, de inmediato, cómo encajar un acto de poder ejercido con honestidad en su beneficio.

—Porque usted es un ser humano hecho a imagen de Dios —dijo Cecily, sencillamente—. Y porque la justicia que se necesita aquí es una justicia íntegra, no solo la que se ocupa de lo que usted hizo, sino también la que se ocupa de lo que le hicieron. Una sin la otra no es justicia. Es solo conveniencia.

El fuego se asentó con un suave desplazamiento de madera y ceniza.

Clara Bowes había descruzado los brazos en algún momento durante el relato de Arthur y no los había vuelto a cruzar. Estaba de pie con las manos a los lados y la barbilla en un ángulo apenas distinto del habitual. Más baja. Su expresión era compleja, como la de una persona que ha estado escuchando el relato de otro y ha encontrado su propia rabia devuelta en una forma que reconoce. La comparación la hacía sentir incómoda. No era una mujer que llevara bien la incomodidad, y no fingía lo contrario. Simplemente miraba el suelo, justo delante de sus pies.

Miles estaba junto a la chimenea. No se había movido en todo el relato de Arthur. Miraba hacia la ventana, hacia la finca al otro lado del vidrio, o hacia algo que no era visible desde la habitación.

Lo miró brevemente. Él ya la estaba mirando.

La mirada duró apenas un instante. No decía nada que no se hubiera dicho ya en los días anteriores. No era, exactamente, una resolución, porque hay cosas que no se resuelven en una sola mañana. Pero, mientras le sostuvo la mirada en ese breve instante inmóvil, fue consciente de algo que le exigía un precio.

En la quietud de sus ojos, vio al hombre que había sobrevivido a la guerra mientras su hermano no. Era una mirada que llevaba el peso de los ocho años que él había pasado decidiendo en qué creía. Años vividos en el silencio que Edward había dejado atrás. Pensó en la fotografía sobre el alféizar de su ventana, en la niña de trenzas desiguales que nunca conocería el rostro de su padre, y comprendió que la paciencia de Miles no era solo un rasgo, sino una fortaleza que había construido para convivir con sus fantasmas.

Era un hombre que entendía lo fácil que era desmontar el mundo, ya fuera un motor de Bugatti o una línea familiar. Al reconocer ese hueco dentro de él, Cecily sintió de pronto, con punzante claridad, el precio que eso le cobraba a su propia compostura. Ya no era solo su empleadora, ni siquiera solo su amiga. Era testigo de sus silencios, partícipe de un duelo que había comenzado mucho antes de que ella pusiera un pie en la cochera.

El peso de todo ello era enorme, una herencia compartida del largo saldo de la guerra, pero cuando él por fin apartó la mirada, ella no se volvió. Se mantuvo firme, aceptando el costo de conocerlo.

—Canónigo Bott.

Canónigo Bott estaba sentado con el cuaderno cerrado en el regazo y el lápiz detrás de la oreja. No lo había abierto desde que Arthur empezó a hablar. Miró a Cecily con la expresión clara y sin disimulo de un hombre que estaba allí como persona, no como cronista. Asintió una vez, despacio; de esa clase de asentimiento que no expresa acuerdo con una idea, sino el reconocimiento de algo presenciado. No iba a escribir este capítulo, y ella se alegró; y pensó, por su expresión, que él también.

—Agente Fenchurch.

Fenchurch ya estaba de pie. Miró brevemente su cuaderno, luego a Arthur Higgins, y entonces hizo algo que Cecily no había anticipado del todo y que no olvidaría. Dejó *Procedimientos policiales para distritos rurales* sobre la silla detrás de él. Lo dejó con un

movimiento silencioso y deliberado, sin aludir al libro ni explicar el gesto. Guardó el cuaderno en el bolsillo interior de la chaqueta y caminó hacia Arthur con el paso pausado y reflexivo de un hombre que ha decidido cumplir la siguiente parte de su deber como hombre y no como procedimiento.

—Señor Higgins —dijo—. Tendré que pedirle que venga conmigo.

Hubo una breve pausa, durante la cual algo en el rostro de Fenchurch intentó adoptar la expresión oficial adecuada y luego, al parecer, decidió que era mejor no hacerlo.

—Podemos salir por el jardín, si le parece. No hace falta ningún..., es decir, puede salir por su propio pie... —Se aclaró la garganta—. Saldremos juntos. Sin apurarnos.

No estaba en el capítulo nueve. Cecily estaba absolutamente segura.

De todos modos, se lo agradecía por completo.

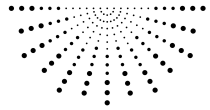
Arthur Higgins miró a Fenchurch un largo momento. Luego se inclinó, recogió la gorra de donde había reposado todo ese tiempo y se la puso con el movimiento firme y sin apuro de un hombre que está en paz con el siguiente paso, aunque no con todo lo que lo condujo hasta él. Se puso de pie. Recorrió la habitación con la mirada una sola vez, brevemente, con el aire de un hombre que se aseguraba de haber sido escuchado.

Salió caminando. Fenchurch caminó a su lado, no detrás de él.

La puerta de la biblioteca se cerró con un clic suave y definitivo.

28

EL TRABAJO QUE QUEDA



La habitación contuvo la respiración un instante para luego liberarla: la lenta exhalación colectiva de quienes han cargado algo juntas y por fin lo han dejado caer.

Lord Pendelton, notó Cecily desde el margen periférico de su atención, estaba sentado muy quieto con su gorra de tweed entre ambas manos. No había dicho una sola palabra desde lo de la mermelada de grosellas. Para Lord Pendelton, esto representaba algo cercano a un genuino logro de carácter, y ella se lo reconocía plenamente.

Burbage no había levantado la vista. Sería tratado apropiadamente, a fondo, y con la asistencia completa de las autoridades correspondientes. Había mucho trabajo por delante. Cartas que escribir, abogados que contratar y justicia que perseguir por todos los canales disponibles, con todos los medios a su alcance. Ella se encargaría de ello. De todo.

Pero eso era cosa del mañana, y el mañana podía quedarse con eso.

La atmósfera de la biblioteca se asentó a su alrededor, sus estantes y su luz de lámpara y sus sillones gastados retomando su existencia ordinaria y sosegada como si una semana de peso extraordinario

hubiera sido simplemente una cosa más para la que la vieja habitación había hecho espacio.

Fuera de la puerta de la biblioteca, Pip emitió un pequeño sonido satisfecho. No un ladrido ni un gemido, sino el ruido suave particular de un perro que está aliviado de que el mundo se mueva de nuevo en la dirección correcta.

Cecily pensó que, en general, estaba bastante de acuerdo con él.



La biblioteca parecía, justo después de lo ocurrido, una habitación que había pasado por algo y estaba evaluando los daños.

No estaba desordenada. Ashcombe Hall no permitía el desorden en sus habitaciones principales, un estándar impuesto con autoridad silenciosa y exhaustiva por la señora Fotheringill. Ella consideraba que el desarreglo visible en una biblioteca era una falta personal de más o menos el mismo peso moral que olvidarse de dar cuerda a los relojes. Pero los sillones seguían acomodados como los habían dejado, la mesa de evidencia aún sostenía su cuidadosa secuencia de objetos, y el aire conservaba esa cualidad particular de un espacio que acababa de contener una enorme cantidad de emoción humana y aún no había tenido tiempo de liberarla.

Cecily estaba de pie junto a la mesa de evidencia y miraba la llave. Había estado mirándola durante quizás treinta segundos. Había aprendido que la mente a veces necesitaba una breve pausa después de algo importante, antes de estar lista para pasar al siguiente. Se lo permitió, considerando que había estado de pie desde antes de que la casa despertara apropiadamente, y que treinta segundos era una concesión bastante modesta dadas las circunstancias.

—Bien, entonces —dijo Elsie, desde detrás de ella.

Apareció junto al hombro izquierdo de Cecily con la energía diligente y decidida de una mujer que ha visto que la situación requiere acción práctica y tiene toda la intención de emprenderla. Inspeccionó la habitación, luego cruzó hacia el sillón más cercano y comenzó a moverlo de vuelta a su posición apropiada contra la pared con la eficiencia práctica de alguien para quien restaurar el orden no es algo simbólico, sino simplemente lo siguiente que corresponde hacer.

Cecily recogió los libros de cuentas.

Trabajaron en silencio amigable por un momento. Del tipo bueno y fácil que existe entre personas que se conocen desde hace tanto tiempo que ese silencio resulta cómodo, no incómodo.

—Estará bien, sabes —dijo Elsie sin preámbulo. Estaba enderezando el sillón más cercano a la ventana con un pequeño ajuste decisivo que dejaba clara su opinión al respecto—. El señor Higgins. No... no bien, obviamente. No de inmediato. Pero hay una diferencia entre un hombre que ha hecho algo terrible porque es terrible y un hombre que ha hecho algo terrible porque todo lo terrible se le hizo a él primero, y cualquiera con un poco de sentido común puede ver de qué tipo es.

—Sí —dijo Cecily.

—No es que esté diciendo que estuvo bien.

—Sé que no lo estás diciendo.

—Solo digo —continuó Elsie, acomodando un segundo sillón con idéntica determinación— que el abogado es el plan correcto y deberías ocuparte de arreglar eso a primera hora mañana por la mañana, antes de que empieces con las demás cosas, porque hay un número considerable de otras cosas y necesitarás un sistema.

—Tengo una lista —dijo Cecily.

Elsie le dirigió una mirada afectuosa, no del todo convencida. Había observado las listas de Cecily en acción en una variedad de circunstancias suficiente para haberse formado una opinión matizada sobre su confiabilidad.

—Una lista —dijo— es el comienzo de un sistema.

—Entonces tengo el comienzo de un sistema. Quizás podrías ayudarme con la estructura adicional —dijo Cecily.

—Iba a hacerlo, me lo preguntaras o no —dijo Elsie simplemente—. Eso nunca estuvo en duda.

Del corredor fuera de la puerta de la biblioteca llegó un sonido.

Comenzó con un solo rasguño exploratorio. Luego un olfateo largo y minucioso, como una inspección cuidadosa del espacio bajo la puerta. Luego, aparentemente satisfecho con la información recabada, un ladrido agudo y brillante de ese tono particular que Cecily había llegado a reconocer como el anuncio de Pip de que consideraba el estado actual de los asuntos suficientemente concluido como para justificar que lo dejaran entrar, y que pretendía que esta opinión fuera atendida sin demora significativa.

—Déjalo entrar —dijo Cecily.

Elsie abrió la puerta.

Pip entró con la velocidad y la convicción propios de la injusticia que había sufrido. Cruzó la biblioteca en cuatro brincos, llegó a los pies de Cecily y dio dos giros. El giro completo y entusiasta de un perro que ha encontrado lo que buscaba y exige que el mundo lo sepa. Se sentó y la miró con expresión brillante e inequívoca, la de un animal completamente seguro de que, fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, debió haber estado incluido en todo. Y ahora, por fin, exigía que se le reconociera.

Cecily se agachó y puso su mano sobre su cabeza, y él se apoyó en ella con la calidez generosa y sencilla de una criatura que no guarda

rencor por las puertas cerradas, y nunca lo ha hecho.

—Bien hecho —le dijo, porque lo había hecho muy bien en verdad.

La cola de Pip indicó que estaba en completo acuerdo.

Se enderezó y miró la mesa de evidencia. La llave tendría que ir con Fenchurch. Los libros de cuentas también.

La puerta, que Elsie no había vuelto a cerrar completamente, se abrió de nuevo. La cabeza del canónigo Bott apareció primero, aparentemente conduciendo una inspección preliminar antes de comprometerse con la llegada completa. Buscó la mirada de Cecily, no detectó objeción inmediata, y terminó de entrar.

Llevaba su sombrero en ambas manos.

—Lady Cecily —dijo—. Quería... es decir, pensé que debía... —Se detuvo. Giró el sombrero una vez en sus manos—. He estado rezando —añadió, que no era lo que había empezado a decir, pero parecía ser lo que había llegado en su lugar, y ella pensó que era bastante mejor por ello. Por todos en la casa. Desde el lunes. Todos ustedes: el señor Penrose y usted misma y la señorita Pickering y, ah... —Miró brevemente hacia el sillón donde Pip estaba ahora dedicado a un merecido descanso—. Él, eh... sí. Todos ustedes. Por si era de alguna utilidad.

—Estoy completamente segura de que lo fue —dijo Cecily. Lo decía sin reservas, y algo en su tono debió de transmitirlo, porque él pareció serenarse un poco al oírlo.

—Bien —dijo él.

Volvió a girar el sombrero entre las manos. Luego, con la expresión de un hombre que llevaba casi toda la última hora resistiéndose a una confesión y había descubierto que ya no podía resistirse más:

—También debo decirle que, a lo largo de esta semana, he estado tomando ciertas notas. Para la novela de Bellweather. Los aspectos vehiculares, los detalles mecánicos, el... —Se detuvo. Tuvo la

decencia de parecer de verdad contrito—. Soy consciente de que esto no es del todo...

—Canon Bott —dijo Cecily, con la cálida paciencia de una mujer a la que aquello no sorprendía ni un poco—, me consideraré halagada cuando, llegado el momento, aparezca, debidamente disfrazada, en un misterio de Silas Bellweather. Solo le pido que mi contraparte ficticia encuentre la solución por lo menos un capítulo antes que yo.

Parpadeó. Luego apareció una sonrisa pequeña, sorprendida y genuina: la de un hombre que se había preparado para una reacción distinta.

—Lo hará —dijo con calidez—. Es notablemente rápida. Una mujer extraordinaria, como suele decirse.

Pareció sentir que aquello estaba un poco por debajo de su registro habitual, y se compuso en consecuencia.

—Es decir... es un personaje excepcional. Muy... perspicaz.

—Un gran elogio —dijo Elsie desde el otro extremo de la habitación, sin volverse.

Él volvió a sonreír, se puso el sombrero con una ligera inclinación que era enteramente involuntaria y le sentaba bastante bien, y se marchó.

La puerta hizo clic detrás de él.

—Estaba rezando por Pip —observó Elsie—. Dijo «por todos ustedes».

—Así es.

—Ese —dijo Elsie— es un hombre de fe auténtica y cabal.

—Lo es —convino Cecily, y descubrió, con leve sorpresa, que estaba sonriendo.

Lady Fenella estaba en la terraza.

Esto no era sorprendente. Lady Fenella estaba en la terraza con la misma calma inevitable con que las zonas de la finca orientadas al sur recibían el calor de la tarde. Un fenómeno natural, fiable y, si una era honesta, ligeramente reconfortante. Llevaba un vestido de seda de ese tono preciso de azul pavo real que usaba cuando quería indicar que el día era significativo sin comprometerse aún con los tonos de joya más intensos que reservaba para ocasiones que había decidido, de antemano, aprobar. Su sombrero lucía tres plumas de pavo real dispuestas en un ángulo que comunicaba una opinión deliberada.

Duchess estaba sobre su cojín de terciopelo.

Eso, en particular, sí era notable. La persa plateada había pasado la semana del rally en diversas configuraciones de descontento. La alerta tiesa y ofendida de una criatura cuyas expectativas básicas sobre el orden del mundo se habían visto contrariadas de forma persistente por la proximidad de automóviles, extraños y un terrier Jack Russell en particular. En ese momento estaba instalada en una postura de aprobación serena y suprema. Tenía los ojos entornados. La cola estaba dispuesta con precisión arquitectónica. Por cualquier medida posible, estaba en paz con el mundo.

—La gata se ha relajado —murmuró Elsie cuando cruzaron la puerta de la terraza.

—La gata siempre sabe —dijo Lady Fenella, sin apartar la vista de su copa.

Cecily se acomodó en la silla de mimbre de enfrente, tibia aún por la tarde, y descubrió que era exactamente lo que hacía falta. Los prados estaban ya despejados de vehículos. La infraestructura del rally había sido desmontada por secciones, y los hombres de la finca trabajaban a media distancia con la eficiencia constante y bien ensayada de quienes ya habían hecho aquello antes y lo tendrían todo listo antes de que se fuera la luz. La propiedad se parecía notablemente a sí misma, como si la semana anterior hubiera sido

un sueño de considerable viveza que no hubiera dejado ninguna alteración permanente.

—Bien —dijo Lady Fenella.

Levantó su gin tonic y lo sostuvo con una ligera inclinación. No del todo un brindis, no del todo un gesto, sino el gesto preciso de una mujer que marca algo sin rebajarse a la sentimentalidad.

—Has hecho un trabajo muy satisfactorio —dijo— con un asunto profundamente desagradable.

Tomó un sorbo y dejó la copa con un pequeño *clin* resonante que actuó como puntuación.

—Vance era una verdadera amenaza, por supuesto. Lo ha sido durante años. La pregunta siempre iba a ser qué clase de desastre provocaría antes de que llegara alguien con la capacidad necesaria para arreglarlo.

Alisó una pluma de pavo real con un dedo de deliberada lentitud.

—Por fortuna, alguien así llegó. Aunque tenga aceite de motor en el puño izquierdo por el trabajo de esta mañana, cosa que no comentaré más.

Cecily se miró el puño de la manga izquierda. En efecto, tenía aceite de motor de su rato temprano en la cochera, antes de que la casa se hubiera puesto en marcha del todo. No se le había ocurrido cambiarse antes de la reunión.

—El gerente del banco cooperará plenamente, supongo —continuó Lady Fenella.

—No tiene alternativa.

—Bien. Los hombres con libros de cuentas dudosos suelen descubrir que la cooperación les surge con toda naturalidad cuando se les presenta debidamente la alternativa.

Miró su copa con la expresión de quien da por sentadas —y le agradan— ciertas constantes de la vida.

—Lo del empleo para los veteranos. ¿Lo has pensado bien?

—Tengo una lista —dijo Cecily.

Detrás de ella, Elsie hizo un sonido que rondaba la tos y no resultaba en absoluto convincente como tal.

—Una lista con cierto sistema —corrigió Cecily, sin volverse.

La expresión de Lady Fenella indicaba que consideraba aquella distinción aproximadamente tan significativa como la diferencia entre dos variedades de clima gris, pero que estaba dispuesta a permitirla.

—El abogado de Higgins será lo más urgente —dijo—. Conozco a un hombre en Oxford. Cavendish, en St Giles. Intervino en varios casos después del Armisticio. Trauma de guerra y cosas por el estilo. Entenderá con qué está lidiando.

Cecily la miró.

Lady Fenella se mostró completamente imperturbable ante lo que expresara el rostro de Cecily.

—No soy solo un adorno —dijo con agrado—. He sobrevivido a tres maridos, a dos guerras de cerca y a más temporadas de clima inglés de las que debería exigírsele soportar a una sola mujer. Tengo contactos.

Se inclinó para ajustar el cojín de terciopelo de Duchess.

—Le escribiré a Cavendish esta noche. Puedes darlo por hecho.

—Gracias, Fenella.

—No te pongas sentimental por eso.

Volvió a tomar la copa y miró a Cecily por encima del borde con la mirada firme y directa de una mujer que ha decidido decir algo y no

va a dejarse desviar de decirlo.

—Ahora bien. Puesto que somos adultos civilizados y sostenemos una conversación como es debido, voy a decir algo que quiero que oigas con claridad y que no repetiré, y tú harás con ello lo que te plazca.

Hizo una breve pausa, meditada y calibrada con exactitud.

—El señor Penrose —dijo— es un hombre de carácter verdaderamente excepcional. También es, para cualquiera que tenga ojos en la cara, bastante apuesto de una manera discreta, lo cual, en mi experiencia, dura mucho más que la ostentosa.

Dejó la copa con el mismo pequeño clic preciso de antes.

—Lo menciono puramente como una observación factual. Lo que hagas con ello es asunto enteramente tuyo.

Cecily no dijo nada.

La expresión de Lady Fenella indicaba que aquello era respuesta suficiente.

Detrás del hombro de Cecily, Elsie parecía experimentar una necesidad súbita y apremiante de examinar con gran detalle la balaustrada de la terraza.

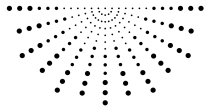
—Duchess lo aprueba —añadió Lady Fenella, a modo de remate—. Siempre ha tenido un juicio excelente sobre las personas. Su juicio lo considero definitivo.

Miró a la gata persa, que, al oír su nombre, había abierto un ojo y vuelto a cerrarlo con la calma imperturbable de una criatura cuya opinión ha sido correctamente transmitida y no requiere mayor elaboración.

Cecily miró los jardines y no dijo absolutamente nada, aunque era consciente de que su rostro traicionaba algo que no controlaba del todo.

29

EL RITMO ADECUADO



La cochera olía a aceite, a piedra fresca y a ese calor metálico particular y familiar de la maquinaria en la que se había trabajado hacía poco y con esmero. Un olor que Cecily asociaba, como suelen hacer los olores con las cosas importantes, con lo mejor de los meses anteriores en Ashcombe. El Bentley ocupaba el espacio principal bajo su cubierta de lona. El De Dion estaba en el segundo, y Miles, a su lado.

Se había quitado el uniforme formal y se había puesto el overol de lona. El que tenía manchas de aceite en la rodilla izquierda y en el puño de la manga derecha, y que ella se había ofrecido a mandar a lavar dos veces, oferta que él había rechazado dos veces, con el argumento de que era ropa de trabajo y la ropa de trabajo debía verse como lo que era. Estaba trabajando en el armado de la rueda delantera izquierda del De Dion.

La oyó entrar. Siempre la oía entrar, incluso cuando ella intentaba no hacer ruido, cosa que hoy no estaba haciendo especialmente. Alzó la vista un instante, y esa mirada dijo varias cosas en la especie de lenguaje abreviado que habían desarrollado a lo largo de meses de trabajo compartido en ese espacio.

—Podías haber entrado antes —dijo ella—. No hacía falta que esperaras.

—Lo sé —dijo él.

Volvió a prestar atención al armado de la rueda.

—Preferí esperar.

Ella se acomodó en el taburete bajo junto al compartimiento del motor del De Dion. Su taburete, por costumbre. El que había ido a parar a ese lugar preciso unas tres semanas después de que ella empezara a trabajar en el automóvil y nunca había vuelto de allí. Tomó la pequeña lámpara de mano y la dirigió hacia el motor, porque era lo más útil, y porque, en la cochera, tener algo que hacer con las manos era siempre la manera correcta de estar.

Trabajaron en silencio un momento. Era del bueno.

—La biblioteca —dijo ella—. ¿Cómo estás?

—Me alegra que haya terminado —dijo él.

Dejó la llave y tomó el trapo del banco de trabajo.

—Y me alegra que no se lo dejaras a Fenchurch.

Sonrió.

—Es un buen hombre. Habría hecho todo lo posible.

Asintió.

—Pero me temo que no habría bastado. Gracias.

—De nada —dijo Cecily.

Movió la lámpara apenas para iluminar el colector.

—Miles.

—Milady.

—Vas a tener que dejar de llamarme así aquí adentro —dijo con suavidad—. Esta semana ya revisamos este motor juntos tres veces. Creo que las circunstancias ya justifican suficiente informalidad para la cochera.

Algo se movió en su expresión. Se aclaró la garganta.

—Cecily —dijo.

Lo dijo con cuidado, como una palabra usada por primera vez con todo su peso.

Ella mantuvo la lámpara firme sin mirarlo.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó, porque había notado la forma cautelosa en que él se había mantenido de pie durante toda la reunión en la biblioteca y tenía intención de preguntárselo desde entonces.

—Aguanta —dijo él.

Era su respuesta habitual, lo cual le indicó que le dolía y que no veía ningún propósito útil en darle más importancia.

Ella movió un poco la lámpara y dijo al cabo de un momento:

—El Señor está cerca de los quebrantados de corazón.

Lo dijo en voz baja, como quien de verdad lo creía. Miró el motor.

—Volvía una y otra vez a eso esta semana. Cuando pensaba en Arthur. Cuando pensaba en...

No terminó del todo la idea, pero sostuvo la lámpara inmóvil, y la pausa dijo el resto.

Miles dejó el trapo. Luego dijo:

—Mi hermano solía decir que un Dios bueno tenía que ser el Dios de las trincheras o no sirve para nadie.

Lo dijo con el tono sereno y reflexivo de un hombre que lo había pensado muchas veces.

—Edward. Lo dijo la semana antes de Passchendaele.

Volvió a tomar el trapo.

—He pasado estos años decidiendo qué pienso de eso.

Miró el motor.

—Creo que tenía razón.

—Sí —dijo Cecily—. Yo también.

La lámpara entre los dos mantenía su luz firme sobre las superficies mecánicas limpias y pacientes del De Dion. Todas sus piezas conocidas en el orden que les correspondía; nada desmontado ni destrozado, nada hecho con fuerza bruta y desesperación. Simplemente buen trabajo, hecho correctamente, por personas que sabían lo que hacían y a quienes les importaba el resultado.

Ella movió la lámpara un poco. El dorso de su mano quedó posado cerca de la de él, sobre el borde del vano del motor.

No la apartó. Él tampoco la apartó.

No se miraron, y ninguno de los dos se movió. El momento era a la vez decoroso y cargado. Un umbral cauteloso entre dos personas que entienden que están aproximándose a algo y que, de común acuerdo, están eligiendo el ritmo adecuado.

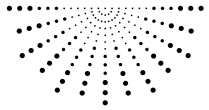
Al cabo de un momento, Miles dijo:

—El armado de la rueda necesita la llave de anillo de media pulgada. Lado izquierdo, segundo gancho.

—Lo sé —dijo Cecily.

Se inclinó por delante de él para alcanzarla, se la entregó, y volvieron al motor.

30
JUSTICIA REDENTORA



Más tarde, Cecily recorrió los lindes de la propiedad mientras la luz se inclinaba hacia el largo final del día, ribeteado de oro. Ahora la luz ámbar bañaba los jardines del oeste y, por un instante, convertía las casitas de los arrendatarios, junto al lindero, en algo que parecía más hermoso de lo que su estado justificaba.

Seguían desmoronándose. Eso no había cambiado. El revoque seguía desprendiéndose del hastial del fondo en la número tres, y el techo de la casita del extremo todavía tenía el parche de lona sobre la esquina este, el mismo que estaba allí desde febrero.

Pero el rally había recaudado fondos. No suficientes. Nunca eran del todo suficientes, y siempre había más por hacer de lo que los recursos disponibles podían abarcar. Cecily había descubierto que esa era, sencillamente, la aritmética permanente de una gran propiedad con recursos insuficientes y de la responsabilidad que acarreaba. Pero bastaban para empezar. Bastaban para empezar con la número tres, con el techo y con dos de las paredes húmedas de la número siete, de las que la señora Crewe había sido demasiado educada para quejarse desde octubre.

Se detuvo en la verja del lindero, miró las casitas y pensó en los hombres que harían ese trabajo. Los veteranos, los mecánicos, los

hombres que habían vuelto de la guerra y habían descubierto que su sustento se había esfumado y su utilidad había sido descartada. Rennie, con sus dos dedos restantes, su pericia y su experiencia en el Somme. Geddes, y los otros cuyos nombres todavía no conocía, pero conocería. Buen trabajo, trabajo honrado, hecho en condiciones decentes y con salarios justos, en una propiedad que necesitaba exactamente la clase de atención cuidadosa y especializada que ellos podían ofrecer. No era una gran solución. No era la solución para todo. Pero era una solución real, y las soluciones reales, según su experiencia, valían considerablemente más que las grandiosas, y eran considerablemente más raras.

Inclinó la cabeza.

No puso lo que decía en un lenguaje formal, porque nunca había considerado necesario un lenguaje formal para rezar, y estaba bastante segura de que Dios prefería su versión real a la versión arreglada. Dijo lo que era verdad: que estaba cansada, y agradecida, y consciente de que el trabajo que tenía por delante era más de lo que podría lograr sin ayuda, y que estaba pidiendo —de manera directa, práctica, como siempre lo hacía— la ayuda concreta que necesitaba. El abogado. Las autoridades. Los veteranos. Las casitas. Arthur Higgins, en lo que viniera después para él, en el cuarto en que estuviera esa noche.

Levantó la cabeza y miró las casitas, la propiedad y el considerable trabajo que le esperaba al día siguiente, y no les tenía miedo.

Pensó, por un momento, en la cochera. En una lámpara sostenida con firmeza sobre un motor limpio. En un momento cuidadoso, sin prisa, al borde de algo que todavía no tenía nombre.

Pensó en Lady Fenella, que no se había repetido y no había necesitado hacerlo.

Pensó en Pip, que casi con seguridad seguía dormido en algún sitio cálido y cómodo y habría que mover antes de que la señora

Fotheringill lo encontrara allí. Una tarea que prometía ser su propia crisis pequeña y perfectamente manejable.

Se volvió y echó a andar de regreso hacia la casa, y la luz ámbar se extendió a su espalda sobre los prados de Ashcombe Hall, cálida y sin prisa, hasta que el día llegó a su fin.

Las cartas no iban a escribirse solas.

Cecily había establecido aquello como principio de funcionamiento muy al comienzo de su gestión en Ashcombe Hall. Junto con el principio afín de que las cuentas de la propiedad no iban a cuadrarse solas, ni los techos de las casitas de los arrendatarios a repararse solos, y que las cosas que había que hacer requerirían, en todos los casos, que fuera ella quien las hiciera. La cuestión era que se sentó al escritorio con un lápiz recién afilado y se puso a hacerlas.

Llevaba sentada al escritorio desde antes de que llegara la bandeja del desayuno. Elsie había aparecido con la bandeja y se había quedado un momento en la puerta del estudio con la expresión de una mujer que se esperaba exactamente eso y estaba levemente decepcionada de haber acertado. Su amiga, pensó, estaba demasiado ocupada. La bandeja estaba ahora en una esquina del escritorio. El té de la taza estaba a una temperatura que delataba que lo habían servido unos veinte minutos antes y que había esperado con paciencia, y con un optimismo cada vez menor, a que Cecily se dignara notarlo.

El sistema —el sistema de Elsie, para ser exactos, aunque Cecily había aportado la lista original y consideraba que eso le daba derecho a parte del mérito— estaba dispuesto ante ella en cuatro columnas ordenadas sobre una hoja del papel crema de la propiedad. Los encabezados de las columnas decían, respectivamente: Urgente. Esta semana. Tan pronto como sea posible. Y, en letra de Elsie y no en la suya, al comienzo de la cuarta columna: *No, Cecily, esto no puede esperar hasta el mes que viene*. Cecily había pensado en objetar esa caracterización y luego había

revisado el contenido de la cuarta columna, para decidir que Elsie, como ocurría con frecuencia, había dado en el clavo.

La primera carta era para Cavendish, St Giles, Oxford. El abogado de Lady Fenella.

La había redactado mentalmente de regreso de la verja del lindero la noche anterior, y la había repasado una vez más durante una hora de la noche no del todo cómoda. La carta era clara, objetiva y específica. El nombre, las circunstancias, los antecedentes pertinentes de la adquisición por parte de Vance del garaje de la familia Higgins, las condiciones de la fábrica, los sucesos del rally y la naturaleza de la representación legal que buscaba. No editorializaba. Los hechos, ordenados en su debida secuencia, decían todo lo que hacía falta decir.

Iba por la mitad de la copia en limpio cuando algo frío le presionó el tobillo izquierdo.

Bajó la vista.

Pip estaba sentado debajo del escritorio con la expresión de un perro que llevaba ya un buen rato en la habitación y consideraba una grosería que aún no le hubieran hecho caso. Su nariz, que había prestado un auténtico servicio a la justicia, estaba apoyada contra su tobillo con la presión suave pero elocuente de un animal que quería dejar clara su presencia.

—Buenos días.

La cola de Pip indicó que aquello era aceptable, aunque tardío.

Luego se puso de pie, giró una vez en el espacio limitado bajo el escritorio, evaluó la situación y, con la determinación resuelta de un terrier que ha detectado una oportunidad, puso las patas delanteras sobre el borde del cajón del escritorio e intentó abrirlo.

—Ahí guardo las plumillas de repuesto —le dijo Cecily—. No quieres las plumillas de repuesto.

La expresión de Pip sugería que eso lo decidiría él.

Cecily lo devolvió al piso y volvió a la carta para Cavendish.

Pip se retiró a la alfombra junto a la chimenea, apoyó la nariz sobre las patas y la observó con los ojos vivaces e interesados de un perro que había decidido vigilar la situación desde una postura de digna contención, al menos por el momento.

Selló la carta para Cavendish y la dejó en la bandeja de salida.

La segunda carta, dirigida al oficial superior de la Policía del Condado respecto al señor Silas Burbage, la sucursal bancaria de Little Codding y ciertas irregularidades financieras que los recursos del agente Fenchurch no estaban del todo preparados para manejar a la escala requerida, tenía un tono más formal y era más exhaustiva en los detalles. La escribió en el estilo directo y sin adornos de alguien que ha pasado tiempo en un puesto de enfermería de voluntarias VAD y aprendió que la claridad es la opción más amable disponible cuando los hechos son serios y el tiempo de las personas que los reciben es limitado. Enumeró cada hecho relevante. Señaló los documentos relevantes. Los libros de cuentas retenidos con el acuerdo de Fenchurch en espera de la respuesta del oficial superior. Declaró con claridad que esperaba una investigación completa y que cooperaría con ella por completo, y que la cooperación del señor Burbage había sido, desde la tarde anterior, asegurada.

Estaba muy consciente de que la palabra *asegurada* hacía bastante trabajo en esa oración. Esto no la inquietaba.

La tercera carta, dirigida al Board of Trade, sobre las condiciones en las fábricas consolidadas de Vance en Oxfordshire, era la más larga y en ciertos aspectos la más importante. Había pasado la noche anterior tomando notas, y había hablado con Elsie, que a su vez había consultado a un primo que había trabajado brevemente en una fábrica similar en Coventry; las notas eran minuciosas. Describió la falta de protecciones en la maquinaria. La ventilación inadecuada. Las horas y los salarios y el caso específico de Rennie, el cabo

Rennie, de los Ox and Bucks, que había sobrevivido al Somme con ambas manos intactas y que había perdido dos dedos en una sola mañana en una prensa sin resguardo porque un hombre en Londres había decidido que las medidas de seguridad reducían su margen de ganancia. No usó la palabra *vergonzoso* porque era insuficiente para los hechos y porque una carta al Board of Trade que dependiera de adjetivos en lugar de pruebas era una carta que podía archivarse sin más. Se apoyó en la evidencia. Tenía una gran cantidad de ella.

Esta carta la firmó con su nombre completo, título incluido. No porque generalmente sintiera la necesidad de invocar el título, sino porque en esta ocasión sería leída con más atención por tenerlo, y los hombres cuyas circunstancias describía merecían ser leídos con atención.

Secó la tinta con el secante, selló la tercera carta y se echó hacia atrás en su silla.

Extendió la mano hacia su té.

Estaba, como quizás había esperado, completamente frío.

Lo bebió de todos modos, porque no era el tipo de persona que desperdicia una taza de té por una cuestión de principios, y porque había algo vagamente apropiado en el té frío al final de una pila de cartas terminadas. Se permitió una breve sonrisa seca, dejó la taza y fue a buscar a Burbage.

Había elegido deliberadamente el saloncito.

La biblioteca no era apropiada, no hoy. Había contenido algo ayer que aún no se había asentado del todo, y Cecily había aprendido en Ashcombe, como había aprendido en Francia, que ciertas habitaciones requieren un período de recuperación entre un uso significativo y el siguiente. El saloncito era funcional y luminoso y no conservaba nada del peso del día anterior. Tenía cortinas amarillas y una pequeña mesa redonda y cuatro sillas que estaban ligeramente desparejadas de una manera que la señora Fotheringill encontraba

desagradable y Cecily encontraba más bien encantadora. Era, en definitiva, la elección correcta para una conversación que necesitaba ser clara y no estar lastrada por resonancias.

Burbage llegó a las diez en punto, con precisión. La puntualidad de un hombre que ha comprendido, durante la noche, que ya no está en posición de fijar los términos de ninguna situación y ha decidido que el cumplimiento es la única estrategia disponible. Llevaba su levita. Los quevedos estaban ligeramente torcidos. El pañuelo con monograma ya estaba desplegado en su labio superior con la frecuencia automática de un hombre cuyo sistema nervioso había llegado a un acuerdo permanente con sus glándulas sudoríparas.

El libro de cuentas de cuero no lo traía consigo. Cecily notó esto. Era la primera vez que lo veía sin él.

—Señor Burbage —dijo—. Por favor, siéntese.

Se sentó con la actitud particular de un hombre que obedece una instrucción, no que toma una decisión. Simplemente esperaba a que le dijeran qué le exigiría la situación a continuación.

Cecily se sentó enfrente, juntó las manos sobre la mesa y lo miró con la atención firme y directa que no es cruel pero no permite evasión, y que quien la recibe generalmente encuentra considerablemente más difícil de soportar que la ira.

—Va a hacer un relato completo y escrito —dijo— de cada préstamo que reclamó bajo la dirección del señor Vance. Cada negocio. Cada propietario. Cada fecha, cada monto y cada instrucción que recibió de Vance con anterioridad al reclamo. Presentará este relato al oficial superior de la policía, a quien se le ha informado que lo espere. No omitirá nada, y no esperará a que le pregunten por detalles específicos que usted haya pasado por alto. El relato será completo porque usted lo hará completo. —Hizo una pausa—. ¿Está claro?

El pañuelo de Burbage se movió.

—Milady, yo... es decir, hay ciertas... es que... las complejidades de lo financiero...

—Señor Burbage —dijo Cecily con paciencia—, no tengo intención de pasar más de esta mañana de lo estrictamente necesario en esta conversación en particular. He escrito a la Policía del Condado esta mañana. También he escrito al Board of Trade. He retenido los libros de cuentas recuperados del incinerador, y actualmente están en un lugar que no necesita conocer. La complejidad a la que se refiere ya ha sido, en considerable medida, resuelta por la evidencia disponible. —Dejó que esto se asentara por un momento—. No le estoy ofreciendo opciones sobre si esto ocurre. Le estoy ofreciendo la opción de cooperar plenamente, con un relato escrito, lo que se tomará en cuenta como una muestra tangible de arrepentimiento, o no cooperar, lo que se tomará en cuenta de una manera completamente distinta. —Una pausa breve y final—. Esas son todas las opciones disponibles.

La tez de Burbage, que había sido de un gris ansioso al llegar, adquirió un tono considerablemente más cercano a la tiza. Miró la mesa. Miró sus manos. Miró, brevemente, desesperadamente, hacia la puerta, que estaba cerrada.

—Lo haré —le dijo Burbage a Cecily—. El relato. Escrito. Completo. Lo haré. Yo... sí.

—Bien —dijo Cecily.

Habiendo dado a Burbage sus instrucciones, que eran específicas y no dejaban nada a la interpretación, lo despidió con la cortesía rápida y eficiente de una mujer que ha cumplido el objetivo de una reunión y no ve razón para extenderla más allá de ese punto. Salió por la puerta principal con aire encogido y disminuido. Por fin comprende, en toda su extensión, el peso moral de lo que ha estado cargando, y ha optado, aunque tarde y bajo coacción, por soltarlo.

Cecily se quedó en el escalón de entrada un momento después de que el sonido del automóvil se desvaneciera, miró el jardín y pensó

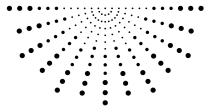
que una de las cualidades subestimadas de la justicia era el alivio específico y nada dramático que traía. No la satisfacción de resolver un misterio, sino la más simple y silenciosa de ver cómo una injusticia empezaba a corregirse. No terminado. No limpio. Pero en la dirección correcta.

—Bien hecho —le dijo a Pip, que la había seguido al escalón del frente y estaba sentado junto a ella con la nariz levantada hacia el aire de la mañana.

Él pareció recibir esto como completamente merecido.

31

A SU DEBIDO TIEMPO



El correo de la tarde llegó cuando Cecily había vuelto al escritorio. Thomas, el lacayo, lo llevó en una pequeña bandeja de plata con la solemnidad propia de un miembro del servicio doméstico que ha decidido que la correspondencia de su empleadora merece cierta gravedad ceremonial. La carta del señor Edmund Cavendish, abogado, de St Giles, Oxford, estaba encima del pequeño montón, y Cecily la abrió con el abrecartas antes incluso de haber decidido hacerlo del todo conscientemente.

Era breve, precisa y, se permitió considerarla buena.

Escribía que había leído la comunicación de Lady Fenella con considerable interés. Desde el Armisticio, había llevado varios casos relacionados con excombatientes y con las complejidades legales particulares derivadas de traumas de guerra, y consideraba que esos casos se contaban entre la labor más importante que tenía hoy por hoy su profesión. Estaría en Little Codding el jueves siguiente. Agradecería recibir por adelantado toda la documentación disponible. Concluía diciendo que le alegraba que alguien con la posición pertinente hubiera pensado en actuar, y que esperaba con interés la reunión.

Cecily leyó la carta dos veces. Luego la dejó sobre el escritorio y permaneció sentada un momento en la quietud del estudio. No tomó el lápiz ni el bloc de notas ni pasó al siguiente punto del sistema.

Pensó en Pablo —*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera* — y luego se corrigió, con el rigor honesto que aplicaba a todo, incluso a su propia lectura de la Escritura. Eso lo escribía un hombre al final de su camino, y el suyo estaba lejos de haber terminado; apropiárselo ahora era, además de prematuro, un poco teatral. El versículo que quería era el anterior, más práctico: *No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque a su debido tiempo segaremos, si no desmayamos.*

A su debido tiempo. Todavía no. Pero la tierra estaba preparada, y la semilla estaba sembrada.

Tomó el lápiz, marcó con una tilde Abogado — Cavendish en la primera columna del sistema y fue a buscar a Miles.

En la cochera, el Bentley estaba bajo su lona en la plaza principal. El De Dion estaba en la segunda, y Miles se encontraba a su lado.

Levantó la vista cuando ella entró.

—Necesito tu consejo —dijo, acomodándose en su banquito. Tomó la lámpara de mano por costumbre.

—De verdad. No por cortesía.

—¿Los veteranos? —preguntó. Se notaba que había estado pensando en ello.

—Sí.

Orientó la lámpara hacia el motor.

—Tengo doce hombres en mi lista preliminar. Siete identificados a partir de los libros de cuentas de Burbage. Negocios a los que les exigieron el pago de los préstamos. Los otros cinco surgieron a través de la investigación en la fábrica. —Hizo una pausa—. No

conozco todas sus aptitudes más allá de lo mecánico. Necesito tu evaluación de lo que realmente necesita el programa de reparaciones de la finca. No mi lista, que es general. La tuya, porque conoces la finca, el trabajo y a varios de estos hombres de una manera que yo no.

Miles dejó el trapo que tenía en la mano.

—Rennie —dijo—. Estuvo en mi sección durante seis semanas, en el dieciséis. Antes del Somme. —Hizo una pausa—. Es un buen hombre. Cuidadoso. Del tipo que se fija en cosas que a otros se les escapan. —Otra pausa—. Dos dedos menos no van a cambiar eso.

—No —convino Cecily—. No va a cambiar eso.

Miles lo pensó un momento.

—El hastial este de la cabaña tres. Eso es trabajo en piedra. Hará falta un albañil para la cara de piedra, pero el recalce es trabajo de concreto, y eso es distinto. Si alguno de esos hombres ha hecho reparaciones de construcción además de trabajo mecánico, ahí los pondría. El techo de la cabaña del extremo es más sencillo. El tapajuntas de plomo se desprendió de la unión; hay que cambiarlo y volver a rejuntar. Cualquier hombre acostumbrado al trabajo manual y con paciencia para el detalle puede aprender eso en una mañana con la guía adecuada.

Siguió hablando así durante unos minutos: específico, medido, técnicamente preciso, recorriendo las necesidades de reparación de la finca con la soltura de un hombre que claramente llevaba observando el estado de las cabañas mucho más tiempo del que nadie le había pedido, y que ya se había formado un criterio. Tenía opiniones sobre las paredes húmedas del número siete que apuntaban a que el sistema original de drenaje había sido instalado incorrectamente hacia 1887, y expresaba esas opiniones con la sobria convicción de un hombre que consideraba que el ingeniero de drenaje de 1887 había hecho un trabajo deficiente, pero prefería no hacer un drama de eso.

Cecily tomó notas. Habilidades específicas, tareas específicas, hombres específicos. Cuando terminó, miró lo que había escrito y luego miró a Miles.

—Esto es más útil que cualquier otra cosa de la lista —dijo.

—Es útil porque es exacto —respondió él, que era la manera de Miles de recibir un elogio: desviar la atención hacia la calidad de la información en sí, no hacia sí mismo. Ella había aprendido a oír la aceptación dentro de la desviación, y la oyó.

—Hay algo que quiero decir —dijo ella—, y quiero que quede claro.

Él esperó.

—Lo que te hicieron esta semana. La detención, la suposición, toda la manera en que procedió Fenchurch — estuvo mal. Fue una injusticia, agravada por el hecho de que tú, en tu posición, no podías objetarla con toda la fuerza que merecía. Soy consciente de eso, y lo lamento, y aunque no puedo deshacer la semana en sí, me aseguraré de que conste con absoluta claridad que eres completamente inocente. —Le sostuvo la mirada—. No lo digo por decir. Es un compromiso, y ya está en marcha.

Miles permaneció inmóvil un instante.

—Siempre supe que lo encontrarías.

—¿Las pruebas?

—La verdad misma.

—Tu hermano —dijo Cecily al cabo de un momento, con suavidad, porque no estaba segura de tener derecho a sacar el tema y quería darle la opción de no recibirlo, si el momento no era el adecuado—. Edward. Lo que dijiste anoche, sobre que un Dios bueno es el Dios de las trincheras. He estado pensando en eso desde entonces.

—Le habría gustado estar aquí —dijo Miles, después de un momento —. A Edward le gustaban los motores. Y le gustaba la gente que iba

de frente con él. —Hizo una breve pausa—. Habría pensado muy bien de usted.

Cecily miró el colector, consciente de un movimiento silencioso e involuntario en el pecho. Se excusó con un agradecimiento breve, pero sincero, y regresó a la casa.



Clara Bowes apareció en la puerta del saloncito a las tres y media con la expresión de quien ha tomado una decisión incómoda y está decidida a actuar de todos modos.

Seguía con el abrigo de cuero para conducir. El rally había terminado ya, para fines prácticos, pero Clara Bowes no parecía el tipo de persona que se cambiaba el abrigo hasta haber decidido que la ocasión había concluido por completo y a su entera satisfacción. Llevaba las gafas de aviadora subidas sobre la cabeza. La bufanda de seda estaba anudada con la ligera asimetría, algo despeinada por el viento, de una mujer que se arregla por funcionalidad antes que por apariencia. Se quedó en el umbral el tiempo suficiente para comprobar que estaba en el lugar correcto, después de que el señor Digby St John, el mayordomo, le indicara el camino, y luego entró.

—Quería preguntarle algo —dijo, sin preámbulos, porque Clara Bowes evidentemente no era una mujer que considerara útil perder el tiempo en preámbulos.

—Entonces siéntese —dijo Cecily.

Clara se sentó, no del todo cómoda. Miró a Cecily con la mirada directa y evaluadora de quien pregunta de verdad, no por simple cortesía.

—El rally —dijo—. ¿Cómo lo organizó? El espacio para la categoría femenina. El programa paralelo. El hecho de que todo se tomara en serio. —Hizo una pausa, y algo en su expresión cambió—. Nadie se

toma en serio el programa de mujeres. Vance, desde luego, no. Pensaba que todo aquello era decorativo. La mayoría de los hombres aquí pensaban lo mismo, incluso los que se mostraban corteses al respecto. —Miró a Cecily con firmeza—. ¿Cómo lo consiguió?

Cecily lo pensó un momento, no porque la respuesta fuera complicada, sino porque quería darle a Clara una respuesta verdadera, no una respuesta pulida; y esas a veces tardan un instante en aparecer.

—Soy la dueña de la finca —dijo—. Eso significa que los prados son míos, y el programa también, igual que las condiciones en que se permite entrar. Me valí de eso. —Hizo una pausa—. Y dejé absolutamente claro, desde el principio, que la categoría femenina no era una categoría aparte y de menor interés, sino una categoría igual con especificaciones distintas. Por escrito, en el programa. Quien no estuviera de acuerdo con esas condiciones podía asistir a otro rally.

—Es más fácil cuando una tiene una finca así —dijo Clara.

—Sí —dijo Cecily, con franqueza—. Lo es, y no voy a fingir lo contrario. —Hubo una pausa—. Lo que sí diría es que el principio no requiere una finca. Requiere claridad y la disposición a mantenerse firme cuando alguien intenta echarla abajo. Y eso usted lo tiene, por todo lo que he observado esta semana, en considerable abundancia.

Clara guardó silencio un momento. Miró la mesa y luego volvió a alzar la vista.

—Vance me habría vetado de todos los circuitos de Oxfordshire de aquí a octubre —dijo, tras sopesarlo sin inmutarse—. Tenía el dinero y los contactos, y ningún escrúpulo en usarlos.

—Lo sé —dijo Cecily—. Ahora ya no podrá hacerlo.

Clara Bowes no era una aliada natural de nadie. Cecily lo veía con toda claridad. Las personas que han sobrevivido, ante todo, sin necesitar aliados desarrollan un instinto de autosuficiencia que, con

el tiempo, se convierte en su propia forma de aislamiento. Pero había algo en la expresión de Clara mientras miraba a Cecily.

—El próximo rally —dijo Cecily, movida por un impulso que le pareció del todo acertado—. Ashcombe está planeando otro para septiembre. Si le interesara participar en la planificación, no como competidora sino como organizadora, valoraría mucho la opinión de alguien que de verdad compite al volante.

Clara la miró. Durante un momento no dijo nada.

—Lo pensaré.

lo que, viniendo de Clara Bowes, equivalía casi a un sí

—Bien —dijo—. Le escribiré.

Clara se puso de pie, se acomodó la bufanda de seda con un aire apenas desafiante de una mujer que volvía a su elemento natural, y se marchó hacia su automóvil. Cecily escuchó arrancar el motor. Ese encendido limpio y decidido que era, pensó, casi una declaración de carácter, y se dio cuenta de que esperaba septiembre con bastante interés.

No era habitual que la oficina de la finca albergara a tantos hombres corpulentos a la vez.

Era un cuarto perfectamente adecuado para lo que debía servir. Un espacio sólido y sin pretensiones, junto al corredor principal, con un escritorio de tamaño suficiente, dos archivadores que la señora Fotheringill había organizado según un sistema de un rigor tan exhaustivo que Cecily a veces sentía que necesitaba una presentación por escrito para acceder a su propia correspondencia, y tres sillas dispuestas frente al escritorio para uso de arrendatarios, proveedores y cualquiera que se presentara por asuntos de la finca. Las sillas eran de buen roble macizo, de esa clase que comunica permanencia y trato justo sin necesidad de que nadie lo diga, lo cual a Cecily le parecía exactamente el tono correcto.

Aquella mañana había añadido una cuarta silla, traída del comedor por Digby, que la había llevado por el corredor con la solemnidad resuelta de un hombre ocupado en una tarea de genuina importancia. También había añadido un plato de galletas de mantequilla de la señora Fotheringill, en la convicción de que el trato justo y unas buenas galletas no eran incompatibles, y de que a un hombre al que se le ofrecía un trabajo honrado había que ofrecérselo en un cuarto que no pareciera la sala de espera de algo peor.

Miles ya estaba allí cuando Cecily llegó, de pie al fondo del cuarto, de espaldas a la ventana. Había llevado una pequeña libreta de cuero, del tipo que usaba para especificaciones de motores y planes de reparación, y la sostenía con la misma autoridad fácil y habitual.

—Están en el corredor —dijo—. Rennie, Geddes y los hermanos Marsh. Finch mandó avisar que llegará quince minutos tarde. Cadena de bicicleta.

—Claro —dijo Cecily.

Se sentó detrás del escritorio y destapó su estilográfica. El sistema estaba sobre el secante frente a ella. Los encabezados de columna de Elsie y su propia lista se habían combinado en algo que, pensó, realmente servía para lo necesario.

—Empezaremos con Rennie.

Miles fue hacia la puerta.

Regresó con un hombre que, a primera impresión, era de esos a quienes una habitación tiende a subestimar. Silencioso en sus movimientos, cuidadoso en la forma de ubicarse. Tendría quizá cuarenta años, o tal vez era más joven y parecía mayor, como ocurría tan a menudo con la generación del Somme. Tenía un rostro franco y directo, y las manos que mantenía a los costados eran grandes y marcadas por el trabajo; en la derecha le faltaban los dos primeros dedos por encima del segundo nudillo.

Se quedó de pie ante el escritorio y miró a Cecily con la cautela de un hombre que ya había estado frente a escritorios, escuchando ofertas de quienes se sentaban tras ellos, y que había aprendido, a un costo considerable, que una oferta y lo que realmente contenía no siempre eran lo mismo.

—Señor Rennie —dijo Cecily—. Tome asiento, por favor.

Se sentó. Con cuidado, con la rectitud de un hombre que no quiere parecer demasiado cómodo antes de haber establecido en qué, exactamente, va a acomodarse. No tocó la galleta de mantequilla.

—Seré directa —dijo Cecily, porque estaba claro que él lo preferiría —. Tengo un programa de reparaciones para las casas de los arrendatarios de la finca. Requiere hombres capacitados, capaces de evaluar estructuras, hacer reparaciones prácticas de construcción y realizar esa clase de trabajo cuidadoso y metódico que queda bien hecho a la primera, en lugar de hacerse una y otra vez y mal. El señor Penrose me dice que usted es exactamente ese tipo de hombre, y el señor Penrose me ha asegurado que sus evaluaciones son acertadas.

Rennie lanzó una breve mirada hacia Miles, de esa manera fugaz y de reojo con que un hombre comprueba si ha oído bien. Miles hizo un pequeño gesto de asentimiento. Confirmaba un hecho, no haciendo gala de generosidad.

—Las condiciones —continuó Cecily— son estas: un salario justo; es decir, la tarifa del condado más un chelín, porque la tarifa del condado es insuficiente y no tengo la menor intención de ser insuficiente con los salarios cuando tengo medios para no serlo. Horario regular —de ocho a cuatro, con una pausa de comida como corresponde, y se tomará—. Si tiene sugerencias sobre el trabajo que a mí no se me hayan ocurrido, espero oírlas, porque usted conocerá las exigencias prácticas mejor que yo, y prefiero saberlas que no saberlas.

Dejó la pluma sobre el escritorio.

—Esto no es caridad. El trabajo hay que hacerlo y usted está capacitado para hacerlo. Esos son los únicos dos hechos que importan.

Rennie guardó silencio un momento.

—Los dedos —dijo con franqueza, en vez de esperar a que los demás anduvieran con rodeos—. Para parte del trabajo...

—El señor Penrose ha evaluado las tareas específicas en función de su caso —dijo Cecily—. Entiendo que hay ciertas operaciones que requerirán adaptación. Las adaptaremos. El hastial este de la casa tres necesita trabajo de piedra que no depende de un agarre completo, y el rejuntado del techo de la casa del extremo es un trabajo de detalle que exige paciencia y buen ojo más que fuerza. Me han dicho que usted tiene ambas cosas.

Hizo una pausa.

—Ningún hombre que haya servido como usted sirvió y haya vuelto todavía capaz de trabajar va a encontrar en esta finca un lugar donde se menosprecie su capacidad por lo que perdió en ese servicio.

Rennie miró el escritorio. Luego alzó la vista.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó.

—Mañana por la mañana —dijo Cecily—. A las ocho. El señor Penrose le mostrará el hastial este.

Rennie se puso de pie. Tomó una pieza de galleta de mantequilla del plato, con la decisión de un hombre que ya había tomado una decisión y no veía más razón para mantenerse apartado de unas galletas al alcance de la mano.

—Buenas galletas de mantequilla —dijo.

—A la señora Fotheringill le alegrará saberlo —dijo Cecily—. Considera que es un asunto de la más alta seriedad profesional.

Él asintió hacia Miles al salir, y Miles le devolvió el gesto.

La mañana transcurrió de modo similar. Cada hombre llegaba con su propia mezcla de cautela, esperanza y pragmatismo cuidadosamente sostenido, y se marchaba con las condiciones claras, una fecha de inicio y, en la mayoría de los casos, una galleta de mantequilla tomada con la determinación de quien se concede algo que casi había decidido no merecer.

A los hermanos Marsh, Jim y Walter, que antes de que Vance y Burbage desmantelaran el arreglo habían sido propietarios de un pequeño pero competente taller de reparación de vehículos en la carretera de Woodstock, se les asignaron, respectivamente, el tapajuntas de plomo del techo y el recalce de concreto.

A Geddes, que había conducido ambulancias en la Menin Road y sabía meter mano a casi cualquier cosa mecánica, se le asignó la investigación del drenaje que Miles había identificado en la casa siete.

Geddes hizo una pausa al llegar al umbral, con la galleta de mantequilla sostenida casi con timidez en su mano callosa. Miró de Miles a Cecily, y su mirada se detuvo un momento en la forma en que estaban juntos, no como señora y sirviente, sino como compañeros en el silencioso trabajo de restaurar las cosas.

—Es cosa rara, milady —dijo Geddes, con la voz baja y áspera de un hombre que había visto demasiado.

Miró de nuevo hacia los portones, donde la sombra de la influencia de Vance por fin empezaba a disiparse.

—Vance tenía una manera de hacer que un hombre se sintiera como si no fuera más que otra pieza, para usarla hasta dejarla gastada. Pero aquí... es más que el trabajo. Se siente como si, por fin, la tierra fuera a quedarse quieta bajo nuestros pies otra vez.

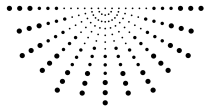
Miles respondió con un asentimiento lento y firme. El saludo silencioso de un veterano a otro. Cecily sintió una repentina y aguda

opresión en la garganta ante la simple dignidad de aquella confesión.

Era, pensó Cecily, el arreglo más apropiado posible.

32

LAS AUTORIDADES COMPETENTES



El trayecto hasta Little Codding duró doce minutos en el De Dion. Menos de lo habitual, porque los caminos estaban secos y Cecily había puesto el motor a punto esa mañana. Marchaba con ese particular contento bien mantenido de una máquina a la que habían atendido como es debido.

La comisaría ocupaba un edificio de la calle principal que, en una vida anterior, había sido una sedería, y aún conservaba el tenue fantasma de su antiguo propósito en la forma de las ventanas del frente: demasiado grandes y dispuestas con un optimismo excesivo para un edificio oficial, lo que daba al interior un aire ligeramente sobresaltado, como la de una habitación que no terminaba de adaptarse a sus nuevas responsabilidades.

El superintendente Hargreaves, que había llegado esa mañana desde la oficina del condado con la expresión de un hombre que había recibido una carta exhaustiva de fuentes impecables, ya estaba allí. Era un hombre corpulento y pausado, con ese aire de alguien que piensa bien antes de hablar y que, en general, considera que ese método da mejores resultados que cualquier otra opción. Le estrechó la mano a Cecily con el respeto profesional y enérgico de un oficial superior que trata con una fuente civil que, a juzgar por las pruebas disponibles, había aportado mejor material del que su

propio departamento habría conseguido, y que tenía demasiada conciencia profesional para no reconocerlo.

El agente Fenchurch también estaba allí.

Estaba de pie a unos sesenta centímetros detrás del superintendente Hargreaves, con la postura erguida y resuelta de un hombre muy dueño de su lugar en el equipo superior; una impresión que se esforzaba muchísimo por dar, observó Cecily, con la callada laboriosidad de alguien que apila ladrillos a toda prisa. Tenía la libreta abierta y el lápiz listo, y cuando entró Cecily le dirigió una mirada de reconocimiento profesional que daba a entender que siempre había considerado el asunto del señor Burbage una línea de investigación valiosa.

Cecily se lo concedió.

No le costaba absolutamente nada, y cuando le agradeció, de manera directa y específica, la preservación de la escena bajo su responsabilidad y su investigación ejemplar, su postura alcanzó algo que ella calculó en unos tres grados por encima de su máximo natural. Él anotó algo en la libreta. No intentó leer qué había escrito.

—Su carta es exhaustiva —dijo el superintendente Hargreaves—. El señor Burbage deberá presentarse en la oficina del condado el viernes. Hemos estado en contacto con la oficina central del banco en Oxford, que está... —hizo una breve pausa, de las que encierran una buena dosis de comentario profesional contenido— extremadamente interesada en cooperar.

—No me cabe duda —dijo Cecily.

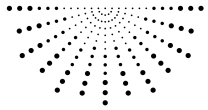
—La carta del Board of Trade sobre la fábrica se tramitará por separado, pero me han dicho que espere una inspección dentro de la quincena. —La miró con una mirada firme y serena—. Ha hecho un trabajo minucioso, Lady Cecily. Muy minucioso.

—Varias personas hicieron el trabajo minucioso —dijo Cecily—. Yo solo reuní los resultados.

Fenchurch anotó algo más en la libreta. su postura, en todo caso, se cuadró aún más.

33

ACTUAR CON JUSTICIA



La caminata por el lindero de la finca había sido sugerencia de Miles: que quizá al hastial este del cottage tres le vendría bien una segunda revisión antes de que Rennie empezara mañana, por si en la inspección inicial se había pasado algo por alto. Era una observación muy práctica y muy razonable, y también era, Cecily había llegado a entender, la manera que tenía Miles de proponer un paseo. Había llegado a encontrar tanto ese sentido práctico como aquella manera indirecta de plantearlo completamente característicos de él, y bastante entrañables, aunque no lo decía.

La tarde tenía ese punto álgido de la primavera tardía. Ese calor generoso que llega a media tarde y convierte el campo inglés, por un momento, en exactamente eso que quienes aman Inglaterra afirman que siempre es. Los setos a lo largo del sendero del lindero estaban en su momento de mayor empeño por crecer, y los prados, ya despejados de toda la infraestructura del rally, una vez terminado el trabajo de los jardineros, habían vuelto, con notable rapidez, a parecer ellos mismos. La larga y uniforme extensión de hierba cuidada hacía que Ashcombe Hall pareciera, desde el ángulo adecuado, exactamente tan permanente y ordenado como aspiraba a ser.

Caminaban sin prisa, cosa que convenía tanto a la inspección como a la propia tarde. Miles llevaba su libreta. Cecily tenía el plano de la finca, doblado por la sección pertinente, y lo sostenía con ese despreocupado descuido de quien conoce el paisaje lo bastante bien como para no necesitar que el mapa esté orientado con exactitud. Él se dio cuenta y no dijo nada; esa era una de las cosas que ella apreciaba de él. No comentaba si ella era competente en algo o no. Simplemente trabajaba a su lado con la atención serena y respetuosa de un hombre que ha reconocido en la persona con la que trabaja a alguien digno de toda su atención, y se la brinda en consecuencia.

En el cottage cuatro, se detuvo y miró largo rato la pared frontal, del mismo modo en que miraba piezas de motor que no funcionaban como debían.

—Hace falta rejuntar toda la cara sur —dijo—. No es urgente, pero antes del invierno.

Cecily tomó nota.

—¿Geddes?

—Geddes —confirmó él—. Tiene buena mano para el trabajo fino.

Siguieron caminando. Cecily era consciente, de esa manera en que una llega a ser consciente de las cosas que sencillamente están ahí y son constantes y por eso es fácil dar por sentadas, de que caminar al lado de Miles Penrose resultaba particularmente cómodo. Él llevaba un paso que se acompasaba con el de ella, en vez de marcarlo. Miraba las cosas con la misma atención pausada y completa que dedicaba a los motores. Y cuando decía algo, era porque tenía algo que valía la pena decir, lo que significaba que el silencio entre una observación valiosa y la siguiente nunca era incómodo, sino fácil, el que se acumula entre personas que no necesitan que la otra esté actuando sin descanso.

—Conocías bien a Rennie en la sección —dijo ella.

—Seis semanas —dijo Miles—. Era la clase de hombre que mantenía tranquilos a los demás cuando no tenían ninguna razón particular para estar tranquilos.

Hizo una pausa.

—Esa clase de hombre vale más de lo que jamás se le podrá pagar. Pero deberíamos intentarlo.

—Lo haremos —dijo Cecily.

Al final del sendero, donde la puerta del lindero se abría a la vista del hastial este del cottage tres, vieron que Rennie ya estaba allí. No estaba previsto que fuera hasta el día siguiente, pero había ido esa misma tarde de todos modos. Estaba de pie frente al hastial, con las manos en los bolsillos y la cabeza apenas ladeada, mirando la mampostería, evaluando lo que iba a hacer y pensando cómo hacerlo bien.

Los oyó acercarse y se volvió. Si le sorprendió encontrar a Miles con ella, solo lo mostró en la leve inclinación adicional de cabeza que hizo. Una inclinación que iba más allá del saludo habitual.

—El mortero se ha perdido hasta la segunda hilada en la esquina norte —dijo, a modo de saludo—. Habrá que picar más hondo, no solo lo de arriba. Pero la piedra en sí está bien. Caliza de la zona. Dura, si se la trata como corresponde.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Miles.

Rennie lo pensó.

—Dos semanas para el hastial, si aguanta el tiempo. Tres si no. —Volvió a mirar la pared—. Entonces sí va a aguantar. Como es debido.

—Bien —dijo Cecily.

Rennie la miró, ya sin rastro de cautela.

—Quería verlo hoy —dijo, con la simple sinceridad de un hombre que se explica sin pedir disculpas—. Mientras la luz estuviera bien.

—La luz es excelente —dijo Cecily—. Quédate todo el tiempo que te resulte útil.

Él se volvió otra vez hacia la pared.

Cecily y Miles se quedaron un momento junto a la puerta del lindero. El dorso de la mano de ella, colgando a su costado, estaba quizá a unos siete centímetros de la de él.

Ninguno de los dos se movió. Ninguno de los dos habló.

Era, pensó ella, precisamente lo necesario.



Cuando Cecily volvió a la casa, Lady Fenella estaba en la terraza. Duchess estaba sobre el cojín de terciopelo.

Cecily subió los escalones de la terraza y la persa, sin dar señal alguna de reconocer que estaba haciendo nada en absoluto, parpadeó despacio y con deliberación.

—Te aprueba —dijo Lady Fenella, sin alzar la vista—. Debo señalar que esta es apenas la tercera vez que le concede esa cortesía en particular a una persona viva en toda esta década. Deberías sentirte debidamente distinguida.

—Me siento profundamente honrada —dijo Cecily, y lo decía en serio, porque había vivido junto a Duchess lo suficiente para entender que las aprobaciones de la gata no se concedían a la ligera y que eran, por lo que podía verse, bastante más fiables que las de la mayoría de los seres humanos.

Se sentó. La tibieza de la tarde calentaba la piedra de la terraza, y la finca, más abajo, seguía con sus quehaceres de siempre, asentados y sin prisa.

—Burbage —dijo Lady Fenella.

—El viernes —dijo Cecily—. En la oficina del condado.

—Siempre tuvo la firmeza moral de una galleta mojada —dijo Lady Fenella con agrado—. No me sorprende en absoluto que una presión bastante moderada bastara para provocar un colapso estructural completo.

Tomó un sorbo medido.

—¿El programa para veteranos?

—Cinco hombres ya colocados hasta esta mañana. Otros tres la semana que viene, en cuanto hayamos evaluado por completo el calendario de reparaciones que queda. Rennie ya está en el hastial este.

—Bien.

La expresión de Lady Fenella indicaba que aquella era exactamente la respuesta correcta y que no esperaba menos, pero que le resultaba satisfactorio verla confirmada.

—Cavendish es un buen hombre. Trabajará duro para Higgins.

Hizo una pausa y miró hacia los prados con la mirada serena y firme de una mujer que ha resistido muchísimas situaciones y no ve motivo para no resistir también esta.

—No será un caso sencillo. Pero los casos sencillos son para situaciones más sencillas, y esto nunca fue eso.

—No —convino Cecily—. No lo fue.

Hubo un silencio. Cómodo, como solían ser los silencios con Lady Fenella, una vez que uno había pasado suficiente tiempo en su compañía para comprender que no hacía falta llenarlos.

—Esta tarde el señor Penrose recorrió contigo los linderos —dijo Lady Fenella en medio del silencio, como quien deja caer un tema de

conversación en agua quieta y observa las ondas.

—Así fue —dijo Cecily—. Conoce las necesidades de reparación de la propiedad mejor que nadie.

—Naturalmente —dijo Lady Fenella.

No añadió nada más. No hacía falta. Alzó apenas su ginebra con tónica y volvió la mirada a los prados con la satisfacción serena de una mujer que da el asunto por zanjado.

Cecily extendió la mano y ofreció el dorso de los dedos a Duchess.

La persa plateada contempló la oferta un instante, con la calma de una criatura que evalúa si vale la pena aceptarla. Luego giró la cabeza y la presionó, despacio y con deliberada certeza, contra los dedos de Cecily.

Cecily no dijo nada. Simplemente se quedó sentada, con el calor del final de la tarde a su alrededor y el peso bueno y silencioso del trabajo del día a sus espaldas, y encontró que eso bastaba.

La biblioteca había vuelto a ser ella misma.

Eso fue lo primero que advirtió Cecily cuando entró después de la cena de la casa. La habitación había recobrado su carácter de siempre, la compostura particular y asentada de un espacio devuelto a su uso legítimo. Las sillas estaban en sus lugares. Los estantes estaban ordenados. En la chimenea ardía un fuego pequeño y sereno, porque la noche había refrescado y la señora Fotheringill manejaba los fuegos de la casa con la misma certeza territorial que llevaba a todo lo que consideraba bajo su autoridad oficial.

La mesa de evidencias estaba despejada.

Cecily se acercó y apoyó la mano abierta sobre la superficie. La madera estaba lisa y tibia por el fuego. No había nada encima.

Enderezó una de las sillas cercanas y luego se quedó un momento de pie, pensando en Arthur Higgins.

No sabía, exactamente, dónde estaba esa noche. Conocía los hechos generales. Bajo custodia, en el condado. Cavendish llegaría el jueves. El proceso legal empezaba, con todo lo que eso contenía. Meses, muy probablemente, y un juicio, y un desenlace cuyas condiciones ella podía influir, pero cuya naturaleza no podía cambiar. Había hecho cuanto podía hacerse. Lo que quedaba no estaba en sus manos, y había aprendido, en Francia y en los años transcurridos desde entonces, que las cosas que no estaban en sus manos eran precisamente las que más requerían entregarse en oración: el acto deliberado y honesto de decir *esto está más allá de mí, y lo pongo donde corresponde*.

Inclinó la cabeza.

—Ah —dijo una voz desde la puerta—. Lady Cecily. Yo... perdóneme. No me di cuenta... es que vi la luz bajo la puerta y pensé...

Canon Bott estaba en el umbral, con el sombrero maltrecho entre las manos, la libreta bajo el brazo izquierdo y la expresión de un hombre que ha irrumpido en un momento privado y está resolviendo, con considerable rapidez, cuál es la reacción correcta.

—Por favor, pase, canónigo Bott —dijo Cecily.

Él entró con la expresión cálida, ligeramente avergonzada, de un hombre que está experimentando algo muy parecido al alivio.

—Entonces ya está hecho —dijo. No de manera dramática. Simplemente.

—Sí —dijo Cecily.

—Bien. —Hizo girar una vez el sombrero entre las manos—. Debo decirle —y me doy cuenta de que quizá este no sea el momento, y le pido disculpas de antemano si no lo es, aunque me parece que disculparse de antemano resulta bastante menos útil que simplemente decirlo y disculparse después, si hace falta—.

Se detuvo, se recompuso y continuó:

—He estado tomando notas. Para la novela de Bellweather. Durante toda la semana. Los aspectos vehiculares, los detalles mecánicos, la estructura del asunto. Y quería que supiera que Silas Bellweather va a resolverlo —dijo, con una gravedad que sugería que aquello era un punto de genuino principio literario— de una manera que le hace plena justicia al original. —Hizo una pausa—. Siendo usted, en este caso, el original. Naturalmente, cambiaré el nombre.

—Eso espero —dijo Cecily.

—Además lo resuelve bastante antes que usted. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo —dijo Cecily—. Ya se lo dije la semana pasada. Me interesará leerlo.

—Lo encontrará absorbente —dijo con calidez—. Tengo grandes esperanzas puestas en el capítulo once. Hay una escena con una llave. Y un terrier. —La miró por encima de los quevedos con la expresión tímida y sincera de un hombre consciente de que ha extraído tanto de la realidad y al que eso le resulta al mismo tiempo incómodo y completamente maravilloso—. —Es un perro maravilloso, lady Cecily. De verdad. Descubro que estoy —yo, que por lo general no soy hombre de sentimientos intensos hacia los perros— profundamente convencido de que el animal tiene un sentido del deber moral. —Lo pensó un momento—. Voy a ponerlo en la dedicatoria.

Cecily miró a Canon Bott, a su rostro bondadoso y franco, a su sombrero maltrecho y al cuaderno metido bajo el brazo, siempre el cuaderno, y descubrió que la biblioteca, que había albergado tanto a lo largo de la semana anterior, resultaba ahora perfectamente apropiada para aquello. Un hombre de fe honesta y comicidad involuntaria diciendo algo que, por debajo de lo cómico, era sencillamente y con toda sinceridad cierto.

—Creo —dijo— que se pondría muy contento.

—Magnífico —dijo Canon Bott.

Se volvió hacia la puerta y luego se volvió otra vez, con la expresión de un hombre que acaba de recordar una cosa más y la considera la más importante de todas.

—Ustedes han sido, ya sabe —dijo, con una franqueza serena y sincera—, esta semana —toda la casa, todos ustedes— un verdadero ejemplo de cómo es la justicia en manos de quienes entienden que importa. —Hizo una pausa—. Me ha parecido muy instructivo. Para el libro, por supuesto. —Otra pausa, más breve—. Y para el sermón del domingo.

Se fue. La puerta hizo clic suavemente tras él.

Cecily se quedó un momento más en la biblioteca y pensó que *instructivo* era, quizá, la palabra más honesta para todo lo que había ocurrido, y que las palabras honestas, escogidas con cuidado, valían muchísimo.

Por la ventana podía ver la cochera resplandeciendo, cálida, al fondo del patio de las caballerizas, las casitas del lindero visibles como formas oscuras contra el último resto de luz en el cielo, los prados pálidos y silenciosos.

En algún punto a media distancia, una ventana estaba abierta, y el sonido tenue, chillón e irreprimible de un gramófono llegaba flotando desde una de las casitas de los peones de la finca. Algo rápido y vivaz, no exactamente un charlestón, pero cercano a él en espíritu: el sonido de alguien que ha terminado la jornada y se siente inclinado a celebrarlo.

Ashcombe Hall, pensó Cecily, con sus muros cubiertos de hiedra y su biblioteca ya despejada y sus casitas ruinosas que ahora por fin empezaban a repararse como es debido. Ashcombe Hall estaba haciendo lo que debía hacer.

Apoyó por un instante la mano contra el vidrio frío de la ventana, miró la finca iluminada por las lámparas y la embargó una profunda

gratitud.

Practica la justicia. Lo había intentado.

Ama la misericordia. Pensaba seguir intentándolo.

Camina humildemente con tu Dios. Un paso, y luego otro, y luego el siguiente, que era, había descubierto, toda la definición posible de la fidelidad, y era enteramente suficiente.

~

THANK YOU FOR CHOOSING A PUREREAD BOOK!

Esperamos que haya disfrutado la historia, y como agradecimiento por elegir PureRead nos gustaría enviarle gratis esta edición especial de cozy mystery, además de otras divertidas recompensas para lectores…

[![Sunny Cove Sleuths](images/sunny-cover-2.jpg)](http://PureRead.com/cozy)

Haga clic aquí para descargar gratis su cozy mystery PureRead.com/cozy

Gracias de nuevo por leer.

¡Hasta pronto!